

00482

4
2ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO



DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

BENJAMIN CONSTANT:
LA FRAGILIDAD POLITICA

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTORA EN CIENCIA POLITICA

PRESENTA LA MAESTRA

LOURDES QUINTANILLA OBREGON

L

DIRECTOR DE TESIS: DR. JULIAN MEZA

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

CIUDAD UNIVERSITARIA.

1999

27061A-9



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Lourdes Quántanilla Obregón

Benjamin Constant: the political fragility

Any serious anatomy of french liberalism requires particular attention to Benjamin Constant. Born in Lausanne (1767) he began his political career in France during the Directory (1795-1799) and during forty years -died in 1830- he defended the principles of the french revolution.

The relation of the individual and private citizens to the opinion of society and the powers of government is one of the chief modes by which political themes of Constant are to be distinguished. Liberal politics is fundamentally a safeguard of the inner capacities of the human being and their outward projection as expressive rights. In fact for Constant the exercise of intellectual liberty serves as a bridge between the individual and the society and believed on the effectiveness of the social transmission of ideas (lumières). He recognized therefore an independent power of opinion.

Constant criticized Napoleon's despotism as an illegitimate form of rule in his famous De l'esprit de conquete et de l'usurpation. Government is essentially to be regarded as a protective agency committed to preserving the orderly and just conduct of private affairs and to the common defense. All powers must be limited. In this respect Constant shares the liberal's opinion.

Constant main contribution was the defense of liberty and his conviction that she is natural and our own property. Liberty must be seen as a metahistorical value. During his long political career he defended again and again the principles of the french revolution against the so called "terror" and during the usurpation and mainly in the press and a great number of brochures.

This paper is based in the two major books of Constant "Principes de Politique" (1806) and "Fragments d'une constitution républicaine dans un grand pays". One item on religion and Constant as a publisher and as deputy in the french parliament.

Titulo de la tesis:

Benjamin Constant: la fragilidad política

Grado y nombre del tutor o director de tesis:

Doctor Julián Meza

Institución de adscripción del tutor o director de tesis:

Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM)

Resumen de la tesis: (Favor de escribir el resumen de su tesis a máquina, como máximo en 25 renglones a un espacio, sin salir de la extensión de este cuadro.)

Benjamin Constant: la fragilidad política. Se trata de estudiar con la mayor precisión el pensamiento político de un clásico del liberalismo político francés en la etapa posrevolucionaria (1795-1830). Constant publica en esos años "Principios de Política aplicables a todas las formas de gobierno". Allí defiende los principios de la revolución francesa y ataca severamente los simulacros que a nombre de la voluntad general sumieron a Francia en el "terror" y más tarde a la usurpación napoleónica. Esta última puesta al desnudo en "El espíritu de conquista y de la usurpación" en 1814. Más tarde colabora con Napoleón en los Cien Días y redacta el Acta Adicional del imperio y publica "Principios de Política" en 1815 en gran parte extraídos de una obra anterior "Fragmentos de una constitución republicana en un gran país". Se analiza su labor como publicista y como diputado durante la Restauración borbónica así como un breve análisis de su obra sobre religión. En la tesis se trata de poner en evidencia la fragilidad de las formas constitucionales siempre sujetas a la opinión en el mejor sentido liberal. Constant defiende a ultranza los derechos individuales que constituyen el verdadero límite a todos los poderes y confía en la razón -como todos los liberales de su tiempo- para establecer dentro de lo posible un estado de derecho que se conquista todos los días pues depende de la fragilidad de los actores políticos mismos. En ningún momento descuida la dimensión simbólica de la política así como su empirismo. Defendió durante cuarenta años la libertad y pensó que la libertad política esto es la resistencia a la opresión permitiría lograr algún día un estado liberal garante de los derechos soberanos y defensa al mismo tiempo contra peligros exteriores.

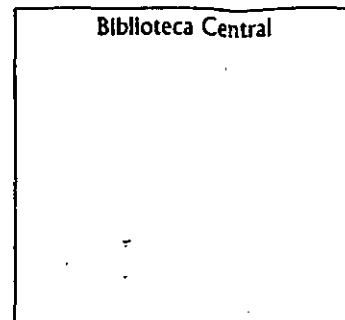
LOS DATOS ASENTADOS EN ESTE DOCUMENTO CONCUERDAN FIELMENTE CON LOS REALES Y QUEDO ENTERADO QUE, EN CASO DE CUALQUIER DISCREPANCIA, QUEDARÁ SUSPENDIDO EL TRÁMITE DEL EXAMEN

Fecha de solicitud: 2-febrero 1999


Firma del alumno

Acompaño los siguientes documentos:

- Nombramiento del jurado del examen de grado
- Aprobación del trabajo escrito por cada miembro del jurado
- Copia de la última revisión de estudios
- Comprobante de pago de derechos por registro del grado



A Lourdes, Sofia y Edgar

Mil gracias:

Julián Meza, por tu brillante asesoría y por animarme a realizar este trabajo.

Augusto Isla, por tus lúcidos comentarios.

Artemio Abarca, por tu generosa ayuda.

Daniel González Marín, el “hacedor” del texto corregido una y mil veces.

Siempre habrá un rey que quiera aumentar su prerrogativa. Siempre la ambición de convertirse en diputado; la gloria y los miles de francos ganados por Mirabeau quitarán el sueño a las personas ricas de las provincias: lo llamarán ser liberales y amar al pueblo. Siempre el deseo de convertirse en pares o en gentileshombres de la Cámara atraerá a los ultra. Sobre el navio del Estado todo el mundo querrá ocuparse porque está bien pagado. ¿No habrá jamás una plaza pequeña y pobre para el simple pasajero?

Stendhal, *Le rouge et le noir*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
ADVERTENCIA METODOLÓGICA.....	9
I. Principios de política aplicables a todas las formas de gobierno.....	10
1. Todo comienza.....	10
2. La mirada de Constant.....	15
3. Los <i>Principios</i> (1806).....	24
4. Los centinelas turban el reposo.....	31
5. El gobierno necesario.....	35
II. Constant y Napoleón.....	39
1. <i>El espíritu de conquista y de usurpación</i>	39
2. Los Cien Días.....	46
3. <i>Principios de política</i> (1815).....	57
III. La Restauración.....	67
1. Benjamin Constant “publicista”.....	68
2. Benjamin Constant, diputado por La Sarthe.....	79
3. <i>La libertad de los modernos comparada con la de los antiguos</i>	90
IV. Política, moral y religión.....	98
1. Primeros pasos.....	99
2. Los <i>Principios</i> de 1806.....	103
3. Años difíciles.....	107
4. La Restauración.....	110
5. Cristianismo.....	112
V. <i>Mélanges de littérature et de politique</i>: la <i>summa constantiana</i>.....	118
1. Notas sobre el industrialismo.....	118
2. De los efectos del Terror.....	124
3. La marcha progresiva de la especie.....	126
EPÍLOGO.....	134
APÉNDICE.....	148
BIBLIOGRAFÍA.....	160

FALTAN PAGINAS

De la: **1**

A la: **2**

INTRODUCCIÓN

Benjamin Constant nació en Lausanne, Suiza, en 1767. Su padre lo confió a preceptores más o menos competentes para ser educado. Vivió en su país natal, en Bruselas e Inglaterra. Llegó a Edimburgo en 1783 y estudió seriamente durante dieciocho meses. Fue chambelán en la pequeña corte alemana de Brunswick hasta 1794. En Suiza, otra vez, conoce a Germaine de Staël. Tenía 27 años.

Durante el gobierno del Directorio comienza en realidad la carrera política de Constant, dentro del salón de Madame de Staël. De 1795 a 1799 defendió el régimen republicano que, en su opinión, constituía la mejor forma de gobierno en las difíciles circunstancias de la época cuando tenían lugar las pugnas entre realistas y jacobinos. Al mismo tiempo, comparte el interés de sus contemporáneos por fijar límites a todos los poderes y advierte del problema contrario: un gobierno débil, desorientado e inseguro es incapaz de mantener el orden social. Antes de que un gobierno pueda ser limitado debe existir o bien habrá que construirlo o reconstruirlo.

Comienza la compleja historia de las relaciones entre Constant y Napoleón cuando en 1799 el primer cónsul lo nombra miembro del tribunal adscrito al legislativo. Allí prosigue la lucha constantiana por limitar al poder venga de donde viniere, hasta que se agota la paciencia de Bonaparte y retira a Constant del cargo.

Durante la década siguiente, de los 35 a los 47 años, Constant va de un lado a otro. En Coppet, residencia de Madame de Staël cerca de Lausanne, escribe sus *Principes de politique* y *Fragments d'un ouvrage abandonné sur la possibilité d'une constitution republicaine dans un grand pays*. Ambos escritos contienen la esencia del pensamiento político constantiano que, con matices y ligeras modificaciones, persistirá a lo largo de toda su obra. Escribe, asimismo, *Sur la perfectibilité* probablemente hacia 1804 y publicado hasta 1829 en las *Mélanges de littérature et de politique*. Constant confiaba en las facultades espirituales del hombre para proseguir la marcha progresiva de la especie.

La libertad, al fin y al cabo, reside en las posibilidades de superación y particularmente en el sacrificio de errores y prejuicios en aras del triunfo de la razón. Constant escribe su diario, que después se conocerá como los *Journaux intimes*, al igual que *Le cahier rouge* y *Cécile* por esos años, y en 1816 aparece *Adolphe*: comentarios sobre la independencia del individuo bajo la tiranía de Ellinore, el personaje femenino principal de la novela, quien cuando por fin logra romper las cadenas, siente el vacío y el dolor del otro.

Más tarde desarrolla sus Investigaciones sobre la historia de las religiones. La “religión interior” de la que habla separa la vida individual, donde se despliega la libertad del sujeto, de la libertad del cuerpo social, cuyo papel es solamente asegurar las garantías de esa autodeterminación tan querida para Constant. Al hacerlo, intenta separar política, moral y religión. Su búsqueda sobre el tema prosigue en Göttingen, lejos del tumulto de las guerras napoleónicas.

Constant abandona su “claustro” y se lanza de nuevo a la política. En noviembre de 1813 se entrevista con Bernadotte en Hanover y escribe *De l'esprit de conquête et de l'usurpation* apoyado por sus *Principes*. El éxito es inmediato. Luis XVIII asciende al trono de Francia en la primavera de 1814 y Constant retorna a París. En respuesta a las leyes de censura a la prensa emitidas en aquella época, publica dos importantes *brochures* y días antes de la publicación de la *Charte* aparecen las *Réflexions sur les constitutions*. Sus escritos deben ser comprendidos en el contexto de un franco retorno al conservadurismo que dominaba a Francia y, en general, a toda Europa tras el Congreso de Viena.

Pero Napoleón regresa. Constant apoya a Luis XVIII y critica duramente al emperador. Huye a Gante la corte borbónica mientras Napoleón invita al pensador a elaborar el Acta Adicional con el fin de imprimir a la constitución imperial de un aire liberal. Durante los llamados Cien Días, y antes de Waterloo, publica sus *Principes de politique* de 1815, basados en gran parte en los *Fragments d'un ouvrage abandonné sur*

la possibilité d'une constitution republicaine dans un grand pays. Posteriormente, en 1819, justificará su adhesión a Bonaparte en sus *Mémoires sur les Cent Jours*.

Vuelve Luis XVIII, Constant regresa a París y desde 1816 se consagra enteramente a la política, las letras y sus estudios sobre religión. Su actividad en la prensa es deslumbrante: *Le Mercure*, *La Minerve Française*, *La Renommé*. Más tarde colabora en el *Courrier Français*, el *Constitutionnel* y *Le Temps*. En la prensa lucha Constant cotidianamente contra toda tentativa de regresar al antiguo régimen, muestra lo que debe ser una monarquía constitucional y un régimen liberal que extraiga su razón de ser de los derechos individuales y que deba traducirse en un pluralismo tolerante, abierto y generoso. En suma, la escuela liberal para todo público.

En 1819, Constant es elegido diputado por el departamento de La Sarthe, después por París en 1824 y en 1829 por el Bajo Rin. Sus célebres discursos se prologan en la prensa y con su profundo respeto por la *Charte* y sus representados, dicta cátedra acerca de lo que supone un estado de derecho. Al mismo tiempo aparecen sus libros sobre religión, su obra más querida al decir de él mismo. El complejo problema de su publicación y las mil veces que corrigió los textos pueden estudiarse en la correspondencia que mantuvo con su prima Rosalie. En 1830 sube al trono Luis Felipe, quien llama a Constant al Consejo de Estado. Para entonces ya era un hombre enfermo y murió al poco tiempo.

Las diversas obras de Constant pueden dividirse en: obras políticas, escritos literarios, historia de las religiones y escritos íntimos, así como su vasta y admirable correspondencia. Sólo es posible comprender su pensamiento y actuación si se estudian las partes que conforman el todo constantiano. (véase Apéndice)

Mucho se ha escrito sobre Benjamin Constant y su importancia en el liberalismo francés, particularmente durante la Restauración. Intento otra mirada: leerlo a la luz de la fragilidad política que se oculta en las convenciones legales que los hombres establecen

para la siempre compleja tarea de su organización política. En sus numerosos libros y ensayos Constant va más allá de la representación, busca lo que se oculta en la oblicua realidad, sabe que vivimos en un plano inclinado y, sin embargo, la fe en la razón y en la marcha progresiva de la especie no le abandona a lo largo de su intensa actividad política.

No me ocupo de influencias en el pensamiento constantiano. Sin duda era un ilustrado, conocía muy bien a autores antiguos y modernos. Sus *Principios* tienen luz propia, aunque grande es su condescendencia al panteón racionalista. Sus opiniones coinciden y se oponen. Rectifica siempre los juicios de la inteligencia abstracta con las experiencias y los acontecimientos que le tocó vivir y que enriquecieron su propia visión del mundo, observa a la monarquía constitucional pero no se olvida del Antiguo Régimen, ataca vivamente a Napoleón y en algún momento coincide con él. Está al corriente de los problemas de la Europa de su tiempo.

La aventura de la Ilustración le acompañó, pero el viaje pudo ser más o menos rápido. Durante los largos años que vivió en Francia, verdadero laboratorio de observación histórica y sociológica, sobre todo política, advierte que las teorías se deshacían de la noche a la mañana. Sus reflexiones se esconden, se diluyen, se retoman. Es su opinión. La igualdad y la libertad son abstracciones que se pierden en la complejidad social, pero hay que insistir en ellas.

La Revolución francesa es el tema central y cuando sus principios se olvidan, el estado actual de Francia sobrecoge a propios y extraños. Confusión en el orden del pensamiento y para la evidencia racional un desafío permanente. La muerte del privilegio no murió de un solo golpe y los trastornos se suceden. Imposible regresar. La fragilidad reinaba y los actores políticos subían y bajaban del escenario. Francia a la deriva y, en medio del desorden, la fragmentaria accidentalidad de la existencia se veía amenazada por las contradicciones histórico-políticas. ¿Cómo pensar la política?

Mirar hacia el pasado que heredamos no es una mera nostalgia ni se trata tampoco de preservar los archivos como quería Edmund Burke. Sólo preguntar si son válidas nuestras representaciones. Problemas diferentes, es cierto, pero también similares. En nuestro mundo se han desvanecido antiguas certidumbres, ninguna organización política está garantizada. Mundo azaroso el nuestro, buscamos reglas dentro de lo aleatorio. Así fue el tiempo de Benjamin Constant.

Liberalismo: sólo once signos, ¡qué fácil se presenta el manejo del universo! En cada país, en cada pensador, en circunstancias diversas hay contradicciones y matices. Agreguemos un signo más: liberalismos. Se autodefinen entre triunfos y derrotas, revueltas y revoluciones, contra el despotismo y la anarquía; por un gobierno eficaz y limitado; participación de los ciudadanos en el quehacer político; derechos y garantías individuales. El término “liberal” aparece a principios del siglo XIX y para buscar su origen se puede ir tan lejos como se quiera.

Pregunto a Benjamin Constant, un clásico del saber político. Regresar a los caminos de la Ilustración, tan lejanos a nosotros, y que arrogante o ingenuamente sometió a las instituciones del pasado a la crítica más radical. Trato de desvelar sus secretos, sus dudas y sus prejuicios. Tal vez algunos consejos nos sean útiles. Hombres distinguidos en torno a Constant: Sièyes, Talleyrand, Napoleón. Los ultra, monarquistas y radicales le combatieron. Los antiguos jacobinos le consideraron demasiado moderado. Amigos y enemigos, pasiones exacerbadas. Viejo y enfermo no abandonó la tribuna, escribió sin cesar, defendió la independencia de los griegos y publicó sus libros sobre religión, cuando murió en 1830, los estudiantes acompañaron el féretro por *tout Paris*. Era un héroe nacional.

Pregunto desde otro tiempo y elijo, busco respuestas olvidadas, represento. En suma, sigo la continuidad que prevalece a pesar de aparentes rupturas, el por qué de los

imposibles, las constantes que tejen el tapiz de la historia en ese antiguo presente donde los tiempos se entrecruzan.

Pregunto sobre la Revolución francesa, sus principios, tema capital en la obra constantiana. Las contradicciones entre libertad y poder, tradición y progreso, voluntarismo y legitimidad, razón y sinrazón. Mitos y sueños se confunden. ¿Es el poder siempre igual a sí mismo? ¿Es posible fijar límites a su ejercicio, es posible un estado de derecho? Pregunto a Constant, al que vivió en medio del torrente, testigo, juez y víctima de las circunstancias.

Pregunto al notable estudioso de las religiones y también al escritor: ¿se puede aceptar una libertad que impone cadenas? Para Constant, la política era un acto de invención permanente, una responsabilidad. Los modernos necesitaban libertades nuevas, pero la libertad es originaria, única y verdadera propiedad.

En cuarenta años de historia sucedieron muchas cosas, por lo cual se han impuesto límites en lo que a la bibliografía se refiere: sólo algunas obras de Constant y comentarios de algunos estudiosos.* El análisis, por lo tanto, se centra en los *Principes* de 1806; un capítulo para *El espíritu de conquista y de usurpación* y la posterior alianza de Constant con Napoleón durante los Cien Días; otro para la labor parlamentaria y periodística durante la Restauración; un comentario sobre *De la religion*, y, al final, las *Mélanges de littérature et de politique*, *summa* de la obra constantiana.

*Para una revisión bibliográfica del estado actual de las obras publicadas en los últimos años sobre el pensamiento político de Constant, consúltese la acotación respectiva al final de la bibliografía del texto.

ADVERTENCIA METODOLÓGICA

La savia principal de la que se nutre este trabajo es la propia obra de Constant. Para evitar distraer la atención del lector con el frecuente cortejo de citas extraídas del mismo libro en algunos casos, adopté una nomenclatura abreviada que permitiera distinguir el origen de las referencias como sigue: las siglas formadas por las tres primeras letras distintivas del título del libro y el número de la página. Así, por ejemplo, si la cita proviene del primer volumen de la edición crítica a cargo de Etienne Hofmann de *Les principes de politique* de Constant, se identificará como [PRI, p. 539]. Para el lector interesado en conocer los datos completos, puede consultar la bibliografía al final del texto.

En el caso de las notas provenientes de los analistas de la obra de Constant o de otros, la cita se establece a pie de página con los criterios tradicionales. A continuación se desglosa la nomenclatura adoptada, en el orden de aparición a lo largo del libro:

- [ADO] Benjamin Constant, *Adolphe, Le Cahier Rouge, Cécile*.
- [PUB] Ephraïm Harpaz (edición crítica), *Benjamin Constant publiciste*.
- [PRI] Etienne Hofmann (ed.), *Les principes de politique de Benjamin Constant*, tomo I.
- [PRII] *Ibid*, tomo II.
- [LIB] Marcel Gauchet (ed.), *De la liberté chez les modernes*.
- [MEL] Benjamin Constant, *Mélanges de littérature et de politique*.
- [ROS] *Benjamin et Rosalie Constant, correspondance 1786-1830*.
- [REC] Ephraïm Harpaz (ed.), *Benjamin Constant. Recueil d'articles*, Le Mercure, La Minerve et La Renommée.
- [GOY] Ephraïm Harpaz (ed.), *Benjamin Constant et Goyet de la Sarthe, correspondance 1818-1822*.
- [ESP] Patrice Thompson, *Benjamin Constant. Deux chapitres inédits de l'esprit des religions, 1813-1804*.

I. PRINCIPIOS DE POLÍTICA APLICABLES A TODAS LAS FORMAS DE GOBIERNO

1. *Todo comienza*

Constant llega a París el 6 Prairial, año III (25 de mayo de 1775), acompañado de Germaine de Staël y durante el gobierno del Directorio (1795-1799). “En la primavera de 1795, la seguí a Francia. Con toda la impetuosidad de mi carácter, con una mente más joven que mi edad, me lancé a favor de las opiniones revolucionarias. me dejé llevar por la ambición y ya no viví en el mundo más que para dos cosas: ser ciudadano de una república y estar a la cabeza de un partido.” [ADO, p. 201]

Madame de Staël abre su salón y allí brilla el talento de ese joven suizo totalmente desconocido que entusiasma a su auditorio y publica sus primeras obras. Se reúnen los moderados; entre ellos Talleyrand, lúcido espíritu político, y otros notables. Se llama al orden, al imperio de la razón en medio de los excesos jacobinos y realistas, y se jura fidelidad a los principios del 89.

El Directorio —pariente pobre de la historiografía francesa— se sitúa entre dos aventuras: Robespierre y Bonaparte, entre Thermidor y el Consulado. Cinco directores gobiernan, guerras con el exterior, Babeuf y la conspiración de los iguales, golpes de Estado, inestabilidad, discursos, demagogia. Las *honnêtes gens* thermidorianas tienen en sus manos la política.

Los “ultra”, antiguos realistas llamados así por Madame de Staël, lanzaban sus dardos y conspiraban contra la revolución, criticaban la racionalidad, negaban el progresismo. Joseph de Maistre publica en 1797 sus *Considérations sur la France* y desbarata el discurso revolucionario con una lógica implacable. “De cualquier lado que se dirija la mirada —escribe Constant años después— se ven salir como si brotaran del

suelo unos prejuicios que se creían destruidos.”¹ La filosofía de las luces vista como responsable de la revolución y de su caudal de errores.

Constant recuerda en *Souvenirs historiques*, escritos en 1830:

El Directorio gobernaba como podía, amenazado por los realistas y aun por los patriotas [...] Un gran número de personas consideraba imposible una república en Francia [...] parecía a muchos una quimera, fuente de desordenes [...] otros examinando de cerca la nación veían en la base de la jerarquía social una masa ignorante, exasperada por las vejaciones del Antiguo régimen, odiando más a los tiranos que a la tiranía [...] sobre esas masas impetuosas y ciegas, veían clases vanidosas, unas irritadas, otras corruptas, debilitadas por el lujo, ávidas de placeres [...] discursos llenos de entusiasmo, a veces sinceros, pero que no llegaban a la opinión y parecían cohetes que se elevan, iluminan y estallan para dejar de nuevo a los espectadores en la oscuridad. [pub, p. 198]

La república que se quería establecer en Francia se apoyaba sobre bases muy frágiles y se añoraba la monarquía. El terror era reciente, una herida abierta.

Benjamin Constant era un recién llegado. No estuvo durante la revolución; la vio de lejos y no sufrió los efectos del Terror. Tampoco era francés, aunque comprara bienes nacionales. Sin embargo, se lanza apasionadamente a la política. La revolución del 89 es el modelo que se arroja sobre el presente azaroso, porque está ahí, no se ha ido, es el camino y el puerto para alcanzar la libertad en el tiempo sucesivo. El Terror parecía inconcebible en el discurso de la razón y rompía el optimismo de la cultura iluminista: los valores de la revolución fueron principios que defendió Constant a lo largo de toda su vida. En cuatro brillantes *brochures* comienza a romper con la ambigüedad en que se hallaba inmerso el 89, después del “despotismo de la libertad”.

Constant se reúne con los “amigos de la libertad”, enemigos del Antiguo Régimen y del terror, y publica en 1798 *De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s'y rallier*. Escribe: “lejos de nosotros el piloto incierto que navega en un mar tempestuoso y frente al puerto pregunta a la tripulación si por azar no valdría la pena

¹ CITADO POR Paul Benichou, *La coronación del escritor*, p. 105.

recomenzar el camino.” [PRI, p. 116] Quiere fortalecer el gobierno republicano, terminar con la anarquía y con los ires y venires del Directorio que impedían cumplir las metas. Le preocupaba una restauración monárquica o un retorno al jacobinismo exacerbado y predicaba la tolerancia en medio de los excesos, buscaba la moderación. Pero un gobierno débil no gobierna, se necesitaba unidad en torno a él y, al mismo tiempo, limitarlo en el mejor sentido liberal.

En *Des réactions politiques* y ante el enemigo mortal, el monarquismo ultra o moderado, llama Constant al gobierno a cumplir con sus obligaciones. Insiste en fijar límites a su ejercicio y recurre a una metáfora: “río que hay que canalizar para evitar que se desborde”. Llama también a los escritores y a los publicistas de entonces a la moderación. De no hacerlo, fomentan el descontento y el gobierno se obliga a la arbitrariedad. Constant tiene mucho cuidado con el discurso, le preocupa el valor de las palabras, su sentido. Desconfía cuando los monárquicos o los jacobinos hablan de libertad o de igualdad y de la vanidad de los escritores que arreglan en el escritorio los problemas y lanzan consignas incendiarias. Esta preocupación persistirá a lo largo de su obra.

En 1797 aparecen *Des effets de la terreur*: “ausencia de reglas, de definiciones, en una palabra, la ausencia de todo lo que es preciso.” [*Ibid*, p. 138] El Terror no fue un mero accidente como pretendían algunos, fue un gobierno arbitrario antitético a la razón. Quiere demostrar que fue ajeno a la revolución, quiere dejarlo fuera y, al mismo tiempo, fortalecer los principios elementales de la libertad.

Por último, *Des suites de la contre-révolution de 1660 en Angleterre* compara la Francia de su tiempo con la “gloriosa revolución”. Conoce muy bien el pasado y juega con comparaciones durante el Directorio y más tarde durante la Restauración. Los tiempos se entrecruzan.

El 18 Brumario pone fin al Directorio. Las dificultades políticas se agudizan entre jacobinos y realistas. Bonaparte aparece entonces como el héroe y el salvador de la revolución y junto con el abate Sièyes inicia el Consulado. “El verdadero sentido de Brumario, dice François Furet, escondido bajo el pretendido complot, fue la coronación de la revolución. Es cierto que nadie sabía entonces que Bonaparte era Napoleón.”²

Constant admite el 18 Brumario a condición de que desemboque en una nueva legalidad. Durante los primeros años del Consulado, Bonaparte parecía contar con el consenso general. No sabemos si gracias a Sièyes, a los buenos oficios de Madame de Staël con José Bonaparte o a la intervención de Talleyrand, el hecho es que se designa a Constant miembro del tribunal adscrito al poder legislativo, y cuya función era discutir las leyes y representar los intereses de los individuos y de la mayoría.

La función meramente deliberativa del Tribunal le permite convertirse en el órgano por excelencia de la libertad de expresión. La nueva Constitución del 24 frimario, año VIII (15 de diciembre de 1799), redactada por Sièyes, dejaba la confección de leyes a tres órganos: el Consejo de Estado, el Tribunal y el Cuerpo Legislativo.

Si bajo el Directorio el gobierno era la única defensa del republicanismo contra realistas y jacobinos, bajo el Consulado se proyecta una sombra: la dictadura. Un tribunal que ilumine el poder por una sabia opinión, a la manera inglesa, estaba de acuerdo con la ideología de Sièyes, pero era totalmente ajena a Bonaparte, cuya influencia opacaba a los otros dos cónsules y gozaba del beneplácito general. El Primer Cónsul no tolera la crítica. Constant ejerce en el Tribunal su derecho ciudadano, denuncia la arbitrariedad y retoma su célebre metáfora: “río que hay que canalizar para evitar que se desborde.” No es una oposición a Bonaparte; se trata de limitar el poder al margen de donde venga, “sin la independencia del Tribunal no habría ni armonía ni constitución, no habría más que servidumbre y silencio”. [PRI, p. 208]

² François Furet; Denise Richet, *La révolution française*, p. 503.

Los adeptos al régimen atacan en la prensa las posiciones constantianas. Queda desierto el salón de Madame de Staël, pero Constant no claudica. Vale la pena reproducir algunos fragmentos de su primer discurso:

Para examinar [el proyecto de ley] hay que considerar el abuso que la autoridad puede hacer de él. La suposición de que la autoridad abusaría es la única que motiva el examen. Fuera de esta hipótesis, todo examen sería inútil. Razonar esta hipótesis no es atacar el gobierno [...] una constitución es ella misma un acto de desconfianza, puesto que pone límites a la autoridad y sería inútil prescribir límites si se le creyera investida de sabia infalibilidad y de moderación eterna. [*Ibid*, p. 216]

El 25 de enero de 1801 Constant se opone decisivamente al establecimiento de tribunales criminales especiales con el pretexto de la inseguridad en los caminos de Francia; estos delitos deben ser sometidos a la jurisdicción de tribunales ordinarios y rechaza toda medida de excepción que interpone como excusa imponer el orden. Constant ataca la arbitrariedad, opuesta a las garantías y a los derechos individuales.

Constant fue eliminado del tribunal el 27 Nivose, año X (febrero de 1802).

Era miembro del Tribunal, escribe, que trató durante algunos meses poner límites a la potencia despótica que las convulsiones de una república vergonzosamente gobernada habían dejado establecer y los peligros que amenazaban a los miembros del Tribunal, no favorecían a la dictadura que se preparaba [...] La lucha que sosteníamos contra un poder inmenso era muy desigual y terminó en desventaja para nosotros. Fui, junto con otros colegas, excluido de una asamblea que, después de dejarse mutilar se dejó destruir, y retornaría entonces a la vida privada. [ADO, p. 203]

En 1802 comienza la vida errante de Benjamin Constant: Coppet, residencia de Madame de Staël, desterrada por Napoleón, en Suiza; Ginebra, Lausanne; visita a Goethe en Weimar; otra vez Coppet. No obstante que anda siempre de un lado a otro, tiene tiempo para redactar sus *Principios de política* (1806) y comienza su novela *Adolphe*, publicada en 1816, además de emprender la investigación y los escritos preliminares sobre su historia de las religiones. En los *Principios* resume diez años de experiencia política y sus reflexiones sobre el hombre y la sociedad. Todo gira alrededor de los principios revolucionarios.

2. *La mirada de Constant*

¡Tout se tient!, dice Constant. Todo se sostiene en nuestras numerosas sociedades, mil lazos nos unen con nuestros semejantes, todas las facultades del hombre se sostienen, todo tiene sus causas y sus efectos.

Bajo la mirada constantiana, las artes y las ciencias, los antiguos y los modernos, la política y la religión, el comercio y la industria se hallan íntimamente unidos. El individuo, a su vez, se encuentra con relaciones de autoridad, de parentesco, de amistad. Todos los hilos de la inmensa telaraña conducen a un centro: al hombre libre y soberano y, al mismo tiempo, fragmentario y sujeto al dolor y al tiempo, al azar y a la necesidad. Las contradicciones histórico-políticas afectan su intimidad, su sacrosanto recinto individual. Conexiones subterráneas, inaprehensibles correspondencias en ese todo concreto donde las partes y los tiempos se entrecruzan.

La *chaîne* —la cadena— es el símbolo por excelencia en los escritos constantianos. Todo ordenado mantiene en su sitio los diversos elementos que contiene y encierra en su interior y forma con ellos un cosmos. Une todos los estados de la existencia entre sí y con su propio nudo vital, su principio, donde actúan las fuerzas que determinan la cohesión. Las modificaciones contingentes cambian y pasan; sólo permanece lo que está unido al principio, en relación con él todo se ordena y se asegura en forma ininterrumpida la transmisión.

La concatenación tiene un carácter causal y supone simultaneidad, no sucesión, ya que en una relación causa-efecto los dos términos no pueden invertirse. En el fondo el vínculo causal constituye el verdadero sentido de lo que simbólicamente se traduce por las apariencias en una sucesión cíclica, respondiendo siempre al punto de vista de la simultaneidad de un orden de realidad más profundo que el de la sucesión. La cadena puede ser recorrida de modo continuo, como un rosario, una y otra vez.

Si todo se encadena, el pasado está en el presente y también en el porvenir. El presente verdadero no está aislado; es aquél donde el espíritu, libremente, sigue una dirección recibida de antemano. Basta mejorarla y prolongarla hacia el mañana gradual y paulatinamente, sin lastimar el tiempo. El paso de las tinieblas —caos— a la luz —cosmos— debe ser insensible, natural. Toda ruptura —si se rompe un nudo de la cadena, o si arbitrariamente se sustrae— es peligrosa porque desata los elementos y es difícil atarlos otra vez.

Lo esencial es que la cadena permita la transmisión sin contratiempos en la duración, se preserve el principio, se rompan las trabas y el nexo de lo que encadena o de lo que une alcance dicho principio. La vía que conduce a esa meta, por la cual transita Constant, es que el presente soporte y comunique lo que hereda, y garantice la continuidad. En el cosmos constantiano *¡tout se tient!*

Cadena y tiempo se corresponden. Quien quiera retardar o sobrepasar el ritmo del tiempo fracasa, porque sólo él regula y repara. Tiempo simultáneo y lento, su alteración sería perjudicial. Obedecerlo, hacer cada día lo que cada día requiere. La preocupación de Constant puede explicarse por la azarosa vida de Francia. Todo podía suceder de la noche a la mañana, pero, en el fondo, lo que le interesa es el tiempo de la vida y no el tiempo cronológico. Tiempo donde el pasado no se borra sin dejar huellas, y evoca fuerzas y energías que dotan de sentido al proceso y preparan el mañana. Comprender el mundo y comprendernos en el espejo del tiempo, en el hilo finísimo de la memoria que teje la cadena, se transfigura y se difunde.

Para leer a Constant hay que seguir el encadenamiento de sus ideas en los distintos tiempos que le tocó vivir. Todo comienza con la Revolución francesa, el Terror, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Primera Restauración, los Cien Días, Segunda Restauración y, finalmente, la monarquía de julio. La tarea es difícil porque el autor expone sus ideas una y otra vez en diversos escritos. Hay que tratar de seguir la cadena, ir

y venir tras sus ensayos políticos y sus estudios sobre religión, sus novelas, su correspondencia, sus *Journaux intimes*. Conocer, en suma, el todo constantiano para analizar las partes que, a su vez, se confunden con el todo.

La naturaleza, imagen recurrente y fundamental, no es algo oscuro, misterioso o impenetrable por el entendimiento, sino que se compone de reglas que este puede descubrir por sí mismo. La naturaleza, como principio de vida de todo lo que existe y que retoma Constant, es antigua y venerable. Una naturaleza creadora, ordenada, regular, que atiende a los seres en que se manifiesta. Orden necesario, movimiento, relación causal, cíclica. Es cierto que tiene inconvenientes, pero es esencialmente conservadora y provee y repara.

¡Tout se tient! y la naturaleza “creando al hombre no consultó a la autoridad, quiso que nuestras facultades tuvieran entre ellas una *liaison intime* y que ninguna pudiera estar limitada sin que las otras se afectaran”.³ El orden de la naturaleza no se puede interrumpir y subvertir. Con una metáfora lo explica Constant: “Si le fuera posible al hombre introvertir una sola vez el orden de las estaciones, cualquier ventaja que pudiera obtener de este privilegio, en una circunstancia particular, no dejaría de ser una desventaja incalculable, ya que no podría reposar sobre la sucesión uniforme y la invariable regularidad que sirve a sus trabajos”. [PRII, p. 539]

La naturaleza aparece como todopoderosa y la libertad se confunde con ella en ese orden universal. La independencia del pensamiento es necesaria a las artes y a las ciencias como el aire a la vida física. La libertad es natural, se respira. Resignémonos entonces a la *nature des choses*. “Los hombres quieren transigir con la libertad, salir de su círculo por un día, por un obstáculo, por un individuo, por un objeto determinado. La naturaleza se opone. Tan complejo y regular es el sistema de libertad que una sola desviación lo destruye; como en un cálculo aritmético, el error de una cifra o de mil falsea igualmente el resultado.” [PRI, p. 495] La cadena, el tiempo y la naturaleza,

³ Georges Poulet, *Benjamin Constant par lui-même*, p. 161.

íntimamente relacionados en el todo constantiano, están en estrecha conexión con el sistema de libertad.

El racionalismo del siglo XVIII confiaba en la naturaleza humana y no quiso advertir lo irracional, las jerarquías inevitables en las relaciones humanas. La Revolución francesa multiplicó las ambiciones y los obstáculos. Las viejas apariencias recubrían las nuevas.

Una vez destruido el derecho divino de los reyes —cortesanos y súbditos—, la lucha de facciones se convirtió en el único elemento estable de la inestabilidad. No fueron los principios del 89 los que engendraron la rivalidad, sino los intereses. Los actores mismos intercambiaban roles y amenazas. El espectáculo era siempre igual y siempre diferente, la oposición a veces vacía, a veces feroz. Los hombres libres e iguales querían todo; los límites no bastaban. ¿Cómo preservar entonces la excelencia de la naturaleza humana? En el orden puramente humano el universo se tambaleaba.

Constant estaba profundamente convencido de la fragilidad. Basta leer el texto que permea todos sus escritos: *Sur la perfectibilité*, publicado en 1829 y redactado, probablemente, hacia 1804. El antecedente inmediato se encuentra ya en Turgot y particularmente en el célebre ensayo de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*: “la naturaleza no ha marcado límite al perfeccionamiento de las facultades humanas, la perfectibilidad del hombre es realmente indefinida [...] los progresos de esta perfectibilidad, desde ahora ya independiente de toda fuerza que quiera detenerla, no tiene más fin que la duración del globo en que nos ha arrojado la naturaleza [...] marcha más o menos rápida pero jamás retrógrada.”⁴

Influencia, sin duda, de Condorcet en el ensayo de Constant, pero con su propia y particular reflexión. Su experiencia política, sus estudios sobre religión, sus ires y venires le llevaron a pensar la *perfectibilité* a la luz de la conflictiva realidad de su tiempo, pero

⁴ Julián Marías, “Condorcet”, en *La filosofía en sus textos*, p. 631.

más allá de las querellas de los partidos o de los intereses. Hay que calar más hondo en las representaciones constantianas, en el apoyo secreto de los contrarios, en la fragilidad de la especie que intenta la marcha progresiva, en la orgullosa razón que al enfrentarse con el infinito descubre su pequeñez.

La idea de perfectibilidad —explica— es “el enigma de nuestra existencia”. Bien sabemos que los enigmas se solucionan con otros enigmas. “Es la dirección independiente de los hombres” [LIB, p. 581], y si no creyéramos en ella, agrega, cerremos los libros y renunciemos a la especulación. Se refiere Constant a los conocimientos que forman un todo, un conjunto de pensamientos encadenados a lo largo de los siglos, y que han permitido la comunicación entre generaciones. Bajo la mirada ilustrada de Constant, la humanidad ha avanzado independientemente de las inevitables vicisitudes.

Hay en el hombre una tendencia particular a la perfectibilidad. Las sensaciones son pasajeras o aisladas, las ideas son recuerdos de sensaciones, o la combinación de varias y son susceptibles de unión y duración. Si el individuo se gobierna por sus ideas asegura su perfectibilidad, porque aun cuando fueran falsas “llevan un germen de combinaciones siempre nuevas”. Es un hecho, dice, que si el hombre se rigiera únicamente por sus sensaciones no progresaría. [*Ibid*, pp. 582-583]

Al gobernarse por las ideas sacrifica sensaciones pasadas a sensaciones futuras. Constant gusta de los temas mitológicos y por ello lo ilustra con un ejemplo: “Cuando Leandro atravesaba el mar a nado para reunirse con Hero, soportaba un dolor real con la esperanza de un placer futuro; de hecho, sacrificaba una sensación a una idea.” [*Ibid*, p. 584] Independientemente del egoísmo o de la generosidad, nadie escapa al sacrificio. “por lo tanto, concluye, existe en la naturaleza humana una disposición que le da la fuerza de inmolar el presente al futuro.” [*Ibidem*] Sorprende la insistencia de Constant en el sacrificio y el dolor. Tal parece que exige una espiritualidad individual y social, como

si el yo y el todo no pudieran existir sin un orden sacramental que transfigurara la especie.

Porque en la lucha cotidiana y permanente, dispuesto al sacrificio, el hombre se convierte en señor de sí mismo, logra su independencia moral y su dignidad. Muy lejos del deísmo filosófico del siglo XVIII, la excelencia humana está en la superación para transitar por el camino estrecho y difícil que conduce a la perfectibilidad.

La perfectibilidad es, al mismo tiempo, sinónimo de pasión, porque no basta ser libres, hay que ser fuertes, dice Constant.

La voluntad del hombre constituye al yo como todopoderosa sobre la naturaleza física. Sus órganos, sus sensaciones, son los primeros instrumentos. Pero con esta naturaleza domina los objetos externos y los torna en instrumentos secundarios; empero, antes es necesario que se asegure de conquistar sus primeros medios y posea el imperio absoluto. Debe ser dueño de sí mismo antes de serlo en el exterior. [*Ibid*, p. 586]

Las pasiones pueden y deben ser “instrumentos de la voluntad”. Los licores fuertes hay que saber digerirlos, los espirituosos son recomendables para reanimarnos. La voluntad es dominio absoluto de sí mismo, renuncia y combate. Insiste Constant: “en la sola facultad de sacrificio se encuentra el germen indestructible de la perfectibilidad y el hombre debe cada día adquirir un más alto grado de rectitud.” [*Ibidem*]

Y el perfeccionamiento individual se comunica a la especie. Lucha permanente, abnegación, disposición a ser razonables —razonar es sinónimo de sacrificio— para no sucumbir ante los maleficios del todo concreto donde la igualdad no engendra armonía sino competencia y multiplica los deseos y la vanidad. ¿Se puede, acaso, alcanzar la igualdad si la razón es una fuerza discriminante? Constant pone el acento sobre el individuo que interioriza la perfectibilidad en la profunda soledad del yo para vivir en el heroísmo cotidiano, en el microcosmos, en el centro de la frágil telaraña que le rodea. Confía en que ciertas verdades repetidas una y otra vez se impongan paulatinamente, y una vez reunidas y aceptadas por todos, “de la costumbre de los sacrificios que estas

verdades les gravan, se forme una razón común”. [Ibid, p. 587] La tarea prosigue al infinito porque ninguna razón se establece de una vez y para siempre, o dejaría de ser razonable.

El espiritualismo de Benjamin Constant está muy lejos del alegre optimismo ilustrado. Se podría pensar que corresponde al desencanto provocado por la revolución y sus secuelas. Otra vez hay que ir al fondo. Su reflexión sobre la naturaleza humana es escéptica porque conoce la fragilidad del “centro”, su precariedad y su ondulante razonar. Sabe que pasar de estados inferiores a estados superiores supone el sacrificio cotidiano y fe para no desmayar.

A lo largo de su vida, Constant defendió principios, eslabones que sostienen la cadena. En los *Mélanges de littérature et de politique*, escritos en 1829, dice:

He defendido cuarenta años el mismo principio, libertad en todo, en religión, en filosofía, en literatura, en industria, en política: y por libertad entiendo el triunfo de la individualidad, tanto sobre la autoridad que pretende gobernar en el despotismo, como sobre las masas que reclaman el derecho de someter la minoría a la mayoría. El despotismo no tiene ningún derecho. La mayoría tiene el de obligar a la minoría a respetar el orden, pero todo lo que no turba el orden, todo lo que no es interno como la opinión; todo lo que, en la opinión manifiesta no molesta a otros, sea provocando violencias materiales, sea oponiéndose a una manifestación contraria; todo lo que en el caso de la industria, deja a la industria rival ejercitarse, es individual y no podría ser sometido legítimamente al poder social. [MEL, p. vi]

Constant entiende por principio “el resultado general de un cierto número de hechos particulares. Todo en el universo tiene principios, es decir, todas las combinaciones, ya de existencias, ya de acontecimientos, llevan el mismo resultado siempre y cuando las combinaciones sean las mismas. Este resultado se llama principio”. [PRI, p. 141]

Ideas y principios son el resultado de combinaciones, aquéllas evolucionan, marchan; los principios se encadenan unos con otros, son los eslabones, los nudos vitales y cada uno es distinto. Principios secundarios o intermedios aseguran la unidad de los mismos. Las ideas en mutación lineal y continua aparecen unas, otras caducan. Los

principios permanecen y se combinan en una estructura cada vez más compleja a medida que uno nuevo se admite sin suprimir al ya establecido. Un principio nunca está aislado, *¡tout se tient!*

Constant quiere demostrar que hay principios sólidos, única garantía contra la arbitrariedad, muy por encima de las circunstancias. Los modernos pueden dudar de la existencia de dios pero no de los principios, precisamente porque la especie humana no avanza a ciegas (sigue una ruta bien trazada guiada por esos principios que son verdades), llegará naturalmente a la igualdad y a la libertad.

En el largo peregrinar la verdad no marcha sola, se encadena inevitablemente con errores, prejuicios y arbitrariedades. La dicotomía verdad/error, lucha de contrarios permanente, debe ser confrontada con la oblicua realidad. Son los hechos concretos y no las abstracciones los que demuestran si una teoría es válida o no. “La teoría no es otra cosa que la práctica reducida a reglas por la experiencia y la práctica es teoría aplicada.” [*Ibid*, p. 321] No es un mero afán positivista, adecuar las ideas a los hechos es bastante más complejo.

El argumento de Constant es inobjetable desde el punto de vista de la lógica, pero en la práctica hechos y teorías difícilmente concuerdan. De aquí la importancia del lenguaje, del vocabulario preciso, del razonamiento justo. La opinión —guardiana de las libertades— vigila, porque todo error falsea el espíritu e impide la marcha progresiva de las ideas.

El arma meticulosa de la crítica, en el mejor sentido ilustrado, es fundamental para el buen funcionamiento del todo. Los publicistas, como se decía entonces, tienen una enorme responsabilidad y una tarea que cumplir en el camino de la perfectibilidad. Constant no se hizo ilusiones, sabía que la opinión no tenía porqué tomarse la molestia de acercarse a la verdad y era al mismo tiempo fuente de confusión. Maestro en el arte de la

palabra escrita, despedazó los discursos de los notables con razonamientos impecables, al exponer sencillamente los hechos.

El obstáculo fatal que se opone al encadenamiento de los principios se encuentra en los poderes, abusivos por naturaleza. Hay que canalizarlos y limitarlos porque impiden que penetren las luces, pretenden dirigirlas, estorban su curso. En el corazón de sus escritos: límites. Le preocupan esos poderes *contra natura* porque alejan de los principios, son el mal que impide unir los elementos entre sí, rompen la simultaneidad de ese todo concreto que mantienen las cosas en su lugar y permite la cohesión, son el caos que impide el orden natural de la cadena. Constant quiere rodearlos de murallas, pero son frágiles, los materiales se derrumban o se cuarteán, los vigías no son suficientes. Nadie puede dormir tranquilo.

“Se necesita, dice, algo que sea más razonable que la fuerza y menos abstracto que la razón.” [LIB, p. 594] Y los hombres inventan convenciones legales. Artificiales, sin duda, no naturales ni inmutables, sino *factices*, susceptibles de cambio. Constant utiliza frecuentemente el término *factice* que literalmente significa artificial, pero que en sentido figurado quiere decir incapacidad de sentir y de crear. Hoy, confiados en la razón, nos obligamos a perfeccionar y limitar esas convenciones, puesto que no pueden permanecer ajenas a las necesidades actuales. Frágiles y provisionales, como todo acuerdo humano, es lo único que tenemos. Debemos impedir abusos, denunciar errores, limitarlos, en suma, para que la cadena se deslice sin contratiempos y se preserven los principios.

Se heredan, se perfeccionan y se transmiten los principios, y algún día, piensa Constant, la verdad debe obtener un triunfo completo. Pero la responsabilidad está en el aquí y el ahora. La dicotomía progreso/retroceso no se rompe en el futuro. Dispuesta a la perfectibilidad, esto es, al sacrificio, la humanidad avanza lentamente a pesar de retrasos accidentales.

La fe de Constant no pide milagros, pero pensó que era posible dar un sentido espiritual a la razón aún en medio de las tinieblas de los tiempos contrarrevolucionarios, que volvían a antiguas certidumbres. Pero su convicción toma partido por la universalidad, que es robusta y vigilante, sin ilusiones. Se niega a aceptar la fatalidad de la servidumbre *contra natura*, que impide la superación y anula la dignidad humana. Constant va más allá de la política y si participa en ella es para que la frágil telaraña se sostenga y la libertad pueda llegar al centro.

Porque el sistema de libertad tiene sus riesgos. La razón combina y se afirma, pero tiene el derecho a equivocarse. Los individuos libres y concretos dependen en muy alto grado de los otros, de las relaciones en que se hallan inmersos y que son jerárquicas inevitablemente, sociales en una palabra.

El orden constantiano pone el acento en la razón, la naturaleza y el tiempo para tratar de encontrar el “repose” que no quiere decir tranquilidad, es el centro espiritual por excelencia.

Constant no descuida los hilos de la trama que no se encadenan fácilmente, se apartan y se quiebran al menor soplo del viento. Es necesario acompañarlo paso a paso, ir más allá de la representación; muchas cosas se ocultan en sus metáforas, en el elegante manejo del lenguaje, en la pasión con la que expone sus convicciones y sus dudas en torno al individuo libre y soberano rodeado de contradicciones inmensas, pero con su libertad originaria. Sabía que no era fácil llegar a “puerto”, pero había que intentar alcanzarlo, porque cuando desfallecía se abandonaba como una barca se abandona a la tormenta. El “yo sin yo” de Constant se negaba a aceptar la libertad que impone cadenas.

3. Los Principios (1806)

Quien se acerca a los *Principios*, según el texto establecido en los manuscritos de Lausanne y de París, encuentra los temas que desarrolló Benjamin Constant a lo largo de su intensa actividad política: limitación a la soberanía, derechos individuales, la acción de los gobiernos sobre las luces, antiguos y modernos, religión, educación, industria, entre otros. Todo se encadena y las ideas van y vienen, se diversifican, se ramifican en torno a un centro: el individuo. Constant considera necesario volver al principio fundamental de Rousseau, la voluntad general, que ya ni siquiera se discute, simplemente se repite y se aceptan las opiniones dominantes sin someterlas al arma meticulosa de la crítica.

La limitación de la soberanía o “autoridad social”, la llama Constant, es de la más alta importancia. Algo esconde la voluntad general y tras su apariencia democrática ofrece todo lo que puede dar. Por lo general, el conocimiento de lo aparente es optimista y práctico. Se transmite la abstracción, no experiencias. La voluntad general es vista como la voz de la razón y se eleva al cielo de los principios. El poder no tiene su fundamento en lo arbitrario ni en el privilegio, sino en el consentimiento.

Si la razón individual discrimina, polemiza y conquista, puede conseguir ciertos fines mediante el uso de esta, pero es difícil convertirla en razón universal. ¿Cómo se expresa? En leyes codificadas por los representantes de la voluntad general. El universo político planteado por Rousseau en pleno absolutismo desacralizaba el poder monárquico y sacralizaba la voluntad general. Y a menos que se sostenga el derecho divino de los reyes, tenemos que aceptarla como el único principio válido, aunque en la práctica concreta genere muchas desgracias. Dice Constant, “no hay en el mundo más que dos poderes; uno ilegítimo, la fuerza; otro legítimo, la voluntad general” [PRII, p. 23]

Ninguna voluntad general puede querer el despotismo o la anarquía. Sin embargo, durante el Terror, el Comité de Salud Pública y el Tribunal Revolucionario gobernaron con un poder ilimitado y el uso arbitrario de la fuerza. De un principio sagrado, la voluntad del pueblo, sumieron a Francia en el despotismo antitético a la razón. De una

verdad incontestable, Rousseau establece un segundo axioma: “la alineación de cada asociado, con todos sus derechos, a la comunidad.” Es decir, a una abstracción, porque al delegar nuestros derechos, éstos simplemente desaparecen y se ponen a la disposición de uno o varios, no importa. “Dándose por entero ya no se está en condición de igualdad para todos, puesto que algunos aprovechan el sacrificio del resto y ellos deciden.” [*Ibid*, p. 34] El principio racional y legítimo por excelencia supone sacrificio para los asociados. Puede tratarse de un gobierno popular pero ello no garantiza nada e incluso es posible ejercer la tiranía a nombre de la voluntad general.

¿Se puede limitar la autoridad social, es decir, al pueblo soberano? Para Constant, el Mal está en el poder ilimitado que como una plaga se extiende por doquier y se coloca en manos del pueblo, de la mayoría a la minoría rodeada de subordinados hambrientos de poder. El círculo fatal parece imposible de romper, los hechos lo demuestran. La teoría de la voluntad general se hizo pedazos durante el Terror, ¿cómo justificarla entonces?

La lúcida crítica constantiana a *El contrato social* rompe con las opiniones de los amigos de la libertad y es profundamente actual. Demuestra la fragilidad de las concepciones políticas que se deshacen apenas confrontadas con la oblicua realidad. La obra clásica de Rousseau es vista por Constant como “digna de escritores escolásticos del siglo XVI [...] funestas sutilezas teológicas que arman a todas las tiranías.” [*Ibid*, pp. 44-45]

Sólo un razonamiento justo puede cancelar el error. A Constant no le interesa tanto discutir con Rousseau; de hecho no discute, se limita a señalar las incongruencias y las cita como quiere, es el discurso de moda y hay que señalar los errores. Le preocupan los excesos a los que puede llevar el uso indiscriminado de la abstracción, son errores políticos que se pagan muy caro puesto que quienes gobiernan a nombre de la voluntad general pueden legítimamente imponer la tiranía. Porque crítica y polémica es la razón que puede y debe limitar al poder venga de donde viniere. También la voluntad general es

razonable y quienes la representan tienen más razón todavía. Eterna contradicción entre libertad y poder, la voluntad general es el tablero de los modernos, principio legítimo por excelencia, mientras no inventemos otro.

Los límites a la autoridad social se encuentran en los derechos individuales: “Hay una parte de la existencia humana que, por necesidad, es individual e independiente, que por derecho está fuera de la competencia social.

La soberanía no existe más que de una manera limitada y relativa. En el punto donde comienza a independizarse la existencia individual se detiene la jurisdicción de esta soberanía. Si la sociedad franquea esta línea es tan culpable de tiranía como el déspota que no tienen más título que la espada exterminadora.” [*Ibid*, p. 50]

¿Cómo separar tan radicalmente individuo y sociedad si el hombre es social por naturaleza? El individualismo extremo de fines del siglo XVIII buscaba la armonía en la suma de los individuos que componen la sociedad, en los principios de la Revolución francesa, en las bondades constitucionales. La idea de comunidad a lo Rousseau era holística en el más pleno sentido de la palabra.

Constant analizaba el todo y, al hacerlo, aunque sabía que las fronteras eran imprecisas, trataba de conservar el yo en la frágil telaraña donde se encontraba. De la racionalidad de ese todo complejo dependía el “reposo”. Trataba de encontrar un orden dentro del caos inevitable, un cosmos dentro de la precariedad.

Por ello nuestro autor insiste en desenmascarar las abstracciones. La mayoría no es infalible, está sujeta a errores como toda asociación humana y a ella se somete la minoría. Debe hacerlo, es un “mal inevitable” el derecho del número y hay que resignarse. Es legal si se atienen a lo puesto en común. Pone un ejemplo: supongamos que algunos hombres se asocian para una empresa comercial y ponen una parte de su fortuna, lo demás es un bien privado. Si los socios pretendieran ejercer su competencia sobre la fortuna individual

sería una espantosa arbitrariedad. Confundir interés común e interés de todos es, dice, fuente de errores. El primero pertenece al cuerpo colectivo, el segundo es el interés de cada uno considerado en su conjunto. Se trata de defender a ultranza esa porción individual frente a todos los poderes. Defensa desesperada, es cierto, pero lo único que realmente es nuestro, el límite absoluto. Sabemos que el derecho de la mayoría es el del más fuerte, pero sería injusto que la mayoría se sometiera a la minoría. Resignación a la *nature des choses*.

La organización del gobierno es secundaria, lo importante es limitar la autoridad social. La división de poderes tan alabada por los modernos es una mera apariencia, sólo evitaría que aumentara un poder a expensas de los otros, pero si juntos ejercen un poder ilimitado, “lo que importa es que mis derechos individuales no puedan ser violados por tal poder sin la aprobación del otro, sino que esta violación se prohíba a todos”, afirma Constant. [*Ibid*, p. 54]

Si no se limita la autoridad, la división de poderes que se constituye en principio como garantía de libertad, se convierte en un peligro. Constant va a los hechos: los que tienen el poder ejecutivo tienen mil maneras de escapar a la acción de las leyes. Y en el legislativo se dictan leyes sin preocuparse de los males que ocasionan. “Más valdría, mil veces, que el ejecutivo hiciera las leyes. Por lo menos apreciaría las dificultades y el dolor de su ejecución.” [*Ibid*, p. 59]

Limitar al poder en abstracto es fácil, se puede hacer desde el escritorio. Pero cómo lograr que se combinen los intereses de los diversos depositarios del poder y que se creen instituciones durables asegurándose de que cada cual actúe dentro de estrictos límites. Parece imposible, pero Constant se atiene a los *principios*, verdades que se sostienen. Recorre la historia y ve que algo se ha avanzado en medio de inmensas dificultades y la cadena prosigue. Han sido los poderes todos los que han impedido que la marcha se

sucedan. Es el Mal necesario, pero hay que limitarlo y obligarlo a que se circunscriba a su esfera propia: controlar los desórdenes internos y resistir las agresiones del exterior.

Limitar a todos los poderes porque son falibles, y si aumentan su campo de acción será a costa de los gobernados; el hecho de que el pueblo los haya elegido no prueba nada. Las funciones de gobierno pueden ser ejercidas por hombres educados y esperamos que se limiten a mantener el orden y a proteger la nación de peligros exteriores. Pero tienen el poder y quien lo detenta lo ejerce; su discurso, además, es profundamente engañoso. “Se necesita, se debe, no se debe. Verbos impersonales que han confundido a los escritores políticos y parecen haber convencido a nuestros filósofos de que había otra cosa distinta a los hombres en el ejercicio de la autoridad.” [*Ibid*, p. 69] Y los errores de los gobiernos son funestos, se fortalecen con la ley y nos obligan a la obediencia. El hombre común sí tiene el derecho a equivocarse y exige respeto por parte de la autoridad.

Multiplicidad de leyes lleva necesariamente a la corrupción. Tal parece que existe una enfermedad incurable: querer legislar todo. Al hacerlo, se multiplican al mismo tiempo los agentes de la autoridad y con ello la arbitrariedad. ¿Quién los controla entonces? Porque, afirma Constant, “toda ley escrita es susceptible de ser violada”. [*Ibid*, p. 86] Esta es una verdad tan vieja como la historia y cuando la voluntad general quiere oprimir dicta más y más convenciones que perjudican a los gobernados. Salir de la esfera de la acción es arbitrariedad, simple y llanamente abuso de poder, y en términos estrictamente políticos corrupción que se cuele por todos los intersticios de la sociedad.

Las leyes, además, no son la expresión de la voluntad general. Vale la pena reproducir el texto de Constant:

Las leyes son la declaración de las relaciones de los hombres entre ellos. Desde el momento en que la sociedad existe, se establecen entre los hombres ciertas relaciones; y estas relaciones son conformes a su naturaleza, puesto que si no fueran conformes a ella, no se establecerían. Las leyes no son otra cosa que dichas relaciones observadas y expresadas. No son la causa de estas relaciones anteriores a las leyes las que confirman su existencia. Son declaración de un hecho. No crean, determinan, ni instituyen nada, son formas que garantizan lo que ya existía antes de su institución. De aquí se sigue

que ningún hombre, ninguna fracción de la sociedad, ni aun la sociedad entera, puede propiamente hablando y en sentido absoluto atribuirse el derecho de hacer leyes [...] nadie puede hacer una ley nueva, sólo una declaración nueva de lo que ya existía precedentemente. [*Ibid*, p. 531]

Constant refuerza su argumento, como siempre, con un ejemplo: “el legislador es para el orden social lo que el físico es para la naturaleza. Newton mismo no pudo más que observarla y declaramos las leyes que reconocía o que creía reconocer. Nunca se imaginó, sin duda, que fuera el creador de estas leyes.” [*Ibidem*] El furor de legislar pone en peligro las instituciones, las relaciones se tornan *factices* y ya no hay espacio para la verdadera naturaleza de las leyes. La confusión y la arbitrariedad se abaten sobre la sociedad.

Y lo arbitrario no sólo es un error, golpea la moral. “Cuando un pueblo contempla fríamente una sucesión de actos arbitrarios, cuando ve, sin murmurar, llenarse las prisiones, multiplicarse los exilios; cuando todos se callan, se agitan y tiemblan”, la degradación de un pueblo se da por añadidura. “Hay remedio, sin embargo, dice Constant, porque el odio a la opresión no se apaga y siempre habrá hombres para quienes la justicia es una pasión. La naturaleza ha querido esta sucesión, nadie ha podido interrumpirla, nadie ha tenido jamás ese poder.” [*Ibidem*]

Si hay principios, verdades que se sostienen, guías en la marcha progresiva, aunque se quiera actuar contra ellos, la naturaleza se opone. Lo importante es señalar los errores para que la cadena no se interrumpa. El afán de novedades conduce inevitablemente a aumentar la confusión.

En las constituciones modernas, aparentemente impecables, se añaden palabras innecesarias y el resultado es funesto. Desconfía Constant de novedades que introducen legisladores no competentes. Porque el tiempo hace a las constituciones, ingresa gradualmente, de una manera imperceptible. Lo esencial es preservarlas. “Todas las

constituciones que existen y que han existido es porque no habían sido hechas, ¿por qué entonces buscar principios constitucionales?” [*Ibid*, p. 120]

Sólo se constituye lo que es y lo que ha sido. Ya Montesquieu hablaba de condiciones particulares en cada pueblo. Joseph de Maistre criticaba las constituciones sucesivas que se presentaban en Francia como obras de teatro. El tiempo constituye, de hecho, las costumbres, la tradición, y se perfecciona gradualmente. No se puede destruir con el pretexto de reformas. Sólo se legisla en cuanto a la asociación se refiere porque los derechos individuales son sagrados. La “mano temblorosa” de Montesquieu se adivina en los análisis constantianos.

Una vez hecha la crítica implacable contra el uso inmoderado de abstracciones que permiten simulacros ajenos totalmente a los hechos, Constant demuestra que basta una sola arbitrariedad para anular las garantías del conjunto. ¡*Tout se tient!* sin límites, el abismo. Para sostener la frágil telaraña, la política tendría que ser pensada y puesta en práctica como un mecanismo de orfebrería, tan sutil y de tal delicadeza que exigiría artistas consumados.

No bastan constituciones donde una palabra puede cambiar su sentido, leyes que nacen para ser violadas o se multiplican innecesariamente, división de poderes ilimitada, voluntad general sacralizada. Y los gobernantes son humanos, demasiado humanos. Si bien se mira, las convenciones legales son tan frágiles como la vida misma. El orden es efímero, no hay un cosmos racional que permita suprimir el caos; el orden y el desorden se suceden. pero Constant apuesta por la fragilidad, es lo único que tenemos.

4. Los centinelas turban el reposo

Ni la anarquía ni el despotismo permiten la marcha progresiva, pero observar el apego más estricto a la legalidad y a las garantías requiere de una “valerosa persistencia”. A veces, el encadenamiento inevitable de las causas provoca contratiempos porque los

gobiernos confunden medios y fines, y “cualquier atentado a la libertad individual llama a otro”. Y en esta vía, ¿quién los detiene? El “furor de los escritores” pretende convertirse en árbitro y la confusión aumenta. El pueblo no participa: cuando se rompe la comunicación entre gobernantes y gobernados y el poder se muestra vivo, es porque la nación está muerta. ¿Qué hacer?

“Los gobernantes —dice Constant— son centinelas colocados por los individuos que se asocian para que nada turbe su reposo ni los molesten en sus actividades. Si van un poco más lejos, ellos mismos son causa de contratiempos”. [*Ibid*, p. 384] Pero ¿cómo cuidarnos de los centinelas todopoderosos que hemos colocado precisamente para que nos cuiden? Si se aumenta la fuerza de la autoridad social, algunos individuos tendrán más poder que otros y el despotismo amenaza. Tal parece que no hay salida porque el interés individual, más iluminado que el poder colectivo, no puede hacer absolutamente nada.

A Constant le preocupan particularmente las ideas peligrosas que engolosinan a todos los poderes: uniformidad, estabilidad y deseo inconsiderado de mejoras prematuras. La uniformidad es *contra natura*, nivelar el sueño de los déspotas. Someter a porciones diferentes de un pueblo a leyes iguales es violencia, nadie quiere “una superficie unida para que el ojo soberbio del poder se pasee en libertad”.

Sacrificio de sentimientos, recuerdos, convenciones locales a nombre de la unidad, el autor piensa en un federalismo de intereses individuales. El gobierno debe limitarse a ser un centro entre los centros, lazo de unión. Los grandes estados inmolan a ideas exageradas de uniformidad la diversidad del conjunto y son un azote para la especie humana. Recomienda renunciar a la perfección ideal y restringir dentro de lo posible al “pequeño estado” donde se agitan todas las ambiciones, mientras el resto permanece “inmóvil, inerte, descolorido”. [*Ibid*, p. 387]

La manía de nivelar ha conducido a un sistema singular por lo que se refiere a las asambleas representativas. El interés general: transacción que se opera entre todos los intereses individuales; aunque es distinto, sin duda, no es contrario a ellos. Los intereses combinados deliberan y muy pronto se dan cuenta que “son indispensables sacrificios respectivos. Hay que esforzarse por disminuir lo más posible la extensión de estos sacrificios y la necesidad acaba siempre por reunirlos en una transacción común”. [*Ibid*, p. 391]

Pero las asambleas representativas tienen una inclinación fatal al espíritu de cuerpo y se aíslan de la nación. Lejos de sus representados se libran a ideas generales de uniformidad y de simetría. ¿Qué sucedería si estos órganos de la voluntad general se relacionarían únicamente con el cuerpo situado en la cima del edificio social? Porque un cuerpo electoral que delibera en el vacío y totalmente ajeno a los intereses que lo conformaron, es un flagelo para los gobernados. Hay que tener cierta confianza, sin embargo. La libertad penetrará gradualmente en el espíritu del pueblo aunque se exprese a veces en formas tempestuosas. Es natural.

No importan accidentes imprevistos, lo esencial es que la nación no se torne indiferente porque el poder rompería todos los límites. Constant sueña con hombres virtuosos apoyados por el buen sentido popular y que las luces calmen las pasiones, porque no hay autoridades dignas de fe y hay que vigilarlas sin descanso.

Para las instituciones es deseable la estabilidad. Las costumbres son tan naturales como la libertad. El tiempo —elemento esencial— nos permite comprender la noción de estabilidad a la manera constantiana. Tradición y progreso no se oponen, se corresponden y se apoyan en esa lucha secreta de los contrarios. Tradición es transmisión de principios y las instituciones se modifican lentamente al paso de las ideas. Son útiles cuando coinciden con las luces a las que inevitablemente conduce el razonar.

Los gobiernos deben preocuparse de conservar las garantías individuales, no molestar la seguridad física de los ciudadanos. El tiempo se encarga de lo demás, porque a nombre de la costumbre se sacralizan a veces tradiciones obsoletas y es el pretexto para ejercer la autoridad. Los conflictos estallan inevitablemente pero sólo se conserva lo que es digno de conservarse. El mejor medio de evitar trastornos “es prestarse a los cambios insensibles que son inevitables tanto en la naturaleza moral como en la naturaleza física”. ¡Obedezcamos, pues, al tiempo!

Se comprende la crítica constantiana a las ideas exageradas de estabilidad. Se veía con horror una revolución que había derrumbado verdades convencionales y se pretendía recobrar las “memorables” virtudes del antiguo régimen. Al mismo tiempo, ataca a los radicales que pretendieron destruir y cambiar todo. Una nación desgraciada no suspiraba entonces más que por la estabilidad y envidiaba a los pueblos con tradiciones eternas.

En China, dice Constant, no pasa nada. Se diría que allí la estabilidad de las instituciones es el fin y el sacrificio para la especie. Recomienda respetar costumbres y tradiciones. La generación presente se beneficia y prepara la siguiente. La continuidad no se rompe porque la juventud auxiliada por la invención avanza, la vejez no se opone, el cambio se da y se convierte en costumbre y así sucesivamente. El tiempo es el gran reformador y los tres tiempos se reencuentran en el presente. Aquí se juega la marcha progresiva.

El poder es el problema principal: violenta el tiempo y se subdivide en millones de subordinados que se benefician de las desgracias de los gobernados. “Habría que suponer la existencia de cien o doscientas mil criaturas angélicas muy por encima de todas las debilidades y de todos los vicios de la humanidad.” [*Ibid*, p. 467] Cronos devora a sus hijos inevitablemente, sólo queda establecer límites y más límites y encerrar a los centinelas bajo siete llaves. Sin embargo, se deslizan errores en la prosa del mundo.

5. El gobierno necesario

El problema político que se plantea entonces será: ¿cómo limitar el poder político sin destruirlo? El gobierno fuerte conduce al despotismo, el débil a la anarquía y ambos usurpan funciones que no les corresponden. Constant pone en evidencia el poder *contra natura*, estacionario, arbitrario, que pone en peligro los principios, obstaculiza el deslizamiento de la cadena, violenta al tiempo, impide propagar las luces. Es el causante de las tinieblas —caos— y el cosmos racional no se anuncia. Trata de encontrar una solución:

[...] los límites precisos no debilitan a la autoridad, por el contrario, la fortalecen. Le dan la sola y verdadera fuerza que puede tener. Se debe limitar escrupulosamente la autoridad social, organizarla de tal manera que nunca sea capaz de alcanzar rápida y completamente todos los objetivos de su competencia. La libertad gana si el gobierno está severamente enmarcado en su esfera legítima, pero no gana nada si en este recinto es débil. [*Ibid*, p. 462]

Un gobierno no se autolimita graciosamente, tiene el poder y lo ejerce, tiene la fuerza y la aplica si le conviene, utiliza los medios para sus propios fines y todo a nombre de la voluntad general. En el análisis constantiano, para limitar ese “mal necesario”, los hombres ilustrados tienen un papel decisivo al ejercer su libertad política que no está dispuesta a sacrificarse y constituye “parte de los goces individuales que la naturaleza ha dado a los hombres”. [*Ibid*, p. 464] Sin ella, no hay salvación.

El verdadero *bonheur* se encuentra en el desarrollo de las facultades individuales, en la perfectibilidad, en la libertad política “que sirve de base al poder y al mismo tiempo es su apoyo. Lo guía en el camino, lo sostiene en sus esfuerzos, lo modera en sus excesos, le da valor en sus momentos de apatía.” [*Ibid*, p. 405] Al hacerlo, reúne los intereses de todos y preserva las garantías. Sin libertad política el gobierno vacila y abusa inevitablemente. Si bien se mira, los verdaderos centinelas del edificio son los hombres ilustrados.

La superación de la especie, esto es, el sacrificio que conduce a la perfectibilidad y a la razón, siempre capaz de combinaciones nuevas y de refutar errores, atenta a los principios, es la *conditio sine qua non* del triunfo de las luces, de la posibilidad de un orden racional. Sólo hombres ilustrados, libres y políticamente responsables pueden exigir límites a la autoridad y dispuestos al cumplimiento del deber impedirán que esos poderes *contra natura* obstaculicen la marcha progresiva.

“La educación del pueblo, afirma Constant, no es obra de un día, la tarea es larga.” [Ibid, p. 496] Y “en los hombres ilustrados, insiste una y otra vez, reposa la esperanza de la raza humana.” [Ibid, p. 503] Una élite, una aristocracia espiritual, misionera iluminada y muy por encima de los vicios y las debilidades del común de los mortales, permitirá pasar de etapas inferiores a etapas superiores para que la cadena se deslice gradual y paulatinamente en torno a los principios sagrados de la libertad.

Difícil preservar las luces en medio de la tormenta, pues surgen los fanatismos, la moral se destruye, se rompe el encadenamiento de las causas y los efectos y cada “quien en su barca que se hunde, se apodera de una tabla y rechaza a su compañero de infortunio que quiere unirse a él. Cada quien abjura de su vida pasada, se aísla para defenderse”. [Ibid, p. 459] El interés egoísta permite sobrevivir en ese todo complejo donde el individualismo a ultranza se deshumaniza. Constant parecía adivinar el porvenir y desesperaba, llamaba inútilmente a la razón.

Por ello, los hombres fuertes y abnegados saben que la lucha no termina nunca, es para toda la vida. Nuestros antepasados y nuestros herederos nos contemplan y exigen sacrificios para que prosiga el encadenamiento luminoso. Constant confía en encontrar consenso “en la mejor parte de la especie humana”. [Ibid, p. 504] Siempre hay un deber que cumplir, “yo cumplo con el mío, llegará un momento en que todo el mundo hará lo que debe”. [Ibid, p. 625]

Al mismo tiempo, advierte a los poderosos:

Deben aprender que el gobierno es un puesto de trabajo y de pena, que es a nosotros gobernados a quienes pertenecen el reposo y la libertad, a ustedes el de estar sujetos a la inquietud y al trabajo [...] La sociedad que los ha colocado en sus puestos los somete a una vigilancia infatigable. A ustedes les corresponde observar el cielo y los vientos para evitar escollos, dirigir la maniobra, tomar firmemente el timón y no inquietar a los pasajeros para favorecer el sueño del piloto. [*Ibid*, p. 536]

Constant, en los *Principios* de 1806, no se preocupa por la organización del poder. Mantiene vivos los principios del 89 contra el olvido en pleno imperio napoleónico, contra los ultra y los radicales. Quiere encontrar el justo medio y preservar la frágil telaraña donde el yo se encuentra sujeto a la arbitrariedad, sin garantías, sin presente, sin posibilidad alguna de perfectibilidad. Confiaba en que algunos vieran claro a través de las tinieblas, se negaran a convertirse en siervos, desearan la libertad. Sabía con claridad lo que perseguía, no era ningún ingenuo: el apego a los principios que permitirían romper las trabas que impedían la transmutación de lo que encadena y une. Su objeto tiene límites, es cierto, pero la lucha proseguiría hasta el infinito. Sólo quedaba desenmascarar los simulacros y oponer principios, verdades que se sostienen.

Constant está muy lejos del principio de utilidad a la manera de Bentham y no le interesa el progreso desde el punto de vista material, aunque no lo descuida. Sus fines eran más altos: espirituales por excelencia o, si se quiere, de un intelectualismo ético. Porque en la inmensa complejidad social la vida sólo tiene sentido si se pone el acento en la superación y en el deber, la razón supone sacrificio. Un cosmos racional, a la manera constantiana, estaría basado en la ética. De lo contrario, nunca se disiparían las tinieblas.

Pensadores tan opuestos como Constant y Edmund Burke tienen analogías sorprendentes a primera vista. Recordemos que para este último, lo importante era preservar "la comunidad de los muertos, de los vivos y los que están por nacer". Quiso preservar la tradición, buscar en su propia historia para resolver los problemas del presente, era su responsabilidad. Concepción orgánica del mundo, se dice. En el fondo, el tiempo simultáneo y no lineal une a estos pensadores.

Constant se encargaría de recordar que la Revolución francesa podía ser repudiada, pero también que había vencido y sus principios eran sagrados. Los eslabones vitales de la cadena debían ser preservados e iluminarían el mundo como los nuevos dioses de la modernidad. Algún día nos llegarían sus dones; sólo había que ser dignos de recibirlos, perfeccionarlos y transmitirlos.

II. CONSTANT Y NAPOLEÓN

1. El espíritu de conquista y de usurpación

1813: el imperio napoleónico se derrumba y a nombre de la libertad de los pueblos, Rusia, Austria, Inglaterra y Prusia se preparan para invadir Francia. Intrigas entre amigos y enemigos del emperador. Bernadotte, príncipe heredero de Suecia, aspira al trono francés y llama a Benjamin Constant como consejero. Aparece *El espíritu de conquista y de usurpación* el 30 de enero de 1814. El éxito es inmediato. El 6 de abril del mismo año, Napoleón abdica en Fontanebleau. “Los milagros de la Restauración de 1814, los más grandes todavía del retorno de Napoleón en 1815, los prodigios de la nueva huida de la casa de Borbón y de su segundo regreso, esta fase —escribe Balzac— sorprendió a todos.”¹

Constant se lanza apasionadamente a la política en esta etapa turbulenta, después de haber dedicado largos años al estudio de las religiones. Los *Principios* de 1806 permanecían inéditos y en ellos anuncia sus reflexiones sobre las instituciones constitucionales o medios de garantía escritos probablemente hacia 1810. El reencuentro entre el pensamiento de la víspera y los juicios sobre el presente dan sentido a sus principios y explican la importancia de Constant en la historia del pensamiento político francés.

El espíritu de conquista trata del despotismo napoleónico, anacrónico en los tiempos modernos y posible siempre y cuando se ignoren las reglas fundamentales del quehacer político. Constant revela el simulacro hasta en sus mínimos detalles. Sólo puede explicarse el imperio como el encadenamiento fatal de los trastornos revolucionarios, la incapacidad del Directorio para formar una república representativa y los errores del Consulado. Bonaparte se convierte en el amo absoluto de Francia. El espíritu de conquista destruye la moral de los vencedores y de los vencidos.

¹ Honoré de Balzac, *Los decadentes*, p. 32.

La guerra no es un mal en sí misma, afirma Constant. Cuando un pueblo es invadido injustamente, sus derechos amenazados, la defensa se constituye entonces en la única respuesta posible, que puede crear sentimientos de unidad y fomentar virtudes cívicas. Pero los modernos no tienen por qué recurrir a la violencia, sería contrario a su naturaleza.

La visión ilustrada permitía afirmar que las luces romperían los lastres del pasado. Constant va, como siempre, a los hechos y demuestra lo contrario. La fuerza se manifiesta en formas inesperadas y cancela las ilusiones revolucionarias en la paz y en el *bonheur*. La discordia reina en Europa y nuevas formas de conflicto se suceden. La violencia elevada a condición de principios políticos propicia el desorden por doquier.

El espíritu de conquista salió de los trastornos de la Revolución francesa más impetuoso que nunca. El amo envilece a la nación sometida al largo monólogo del poder y el espíritu de cuerpo se coloca por encima de ella, exige honores y recompensas. Fastidiosas arengas, pomposas celebraciones que terminan en ceremonias fúnebres. El servicio militar obligatorio, leyes que no se cumplen, códigos violados una y otra vez. El interés se impone y el egoísmo y la indiferencia son su consecuencia.

Los conquistadores de la antigüedad satisfechos de una obediencia casi general dejaban a los pueblos en el fondo de sus lejanas provincias, entregados a sus usos y costumbres. Los conquistadores de nuestros días imponen la uniformidad, "*le grand mot*" de la modernidad.

Constant vuelve a su obsesión ya analizada en los *Principios*: la uniformidad ajena a la imaginación y a la memoria quiere reemplazar los patriotismos locales con ideas abstractas y destruye tradiciones.

"La admiración real de algunos espíritus limitados y afectada por muchos espíritus serviles se recibe como un dogma religioso." [LB, p. 148] Se rompe la herencia, tesoro

incalculable para un pueblo y con ella la moral. El espíritu de conquista quiso imponer la violencia uniformadora en nombre de la razón. Constant se erige entonces en el abogado de los vencidos y del pasado:

Tengo por el pasado, lo confieso, mucha veneración; y cada día, a medida que la experiencia me instruye y la reflexión me ilumina, esta veneración aumenta. Lo diré con gran escándalo de nuestros modernos reformadores [...] si yo viera un pueblo, al cual se le hubieran ofrecido las instituciones más perfectas, metafísicamente hablando, y que las rechazara para permanecer fiel a las de sus padres, yo estimaría a este pueblo, y lo creería más feliz por su sentimiento y por su alma, bajo instituciones defectuosas, que lo que pudiera ser por todos los perfeccionamientos propuestos. [*Ibid*, p. 149]

Ya lo había advertido Constant en sus *Principios*: “el hombre se pliega a las instituciones establecidas como a las reglas de la naturaleza.” Cualquier modificación ajena a ese lento transcurrir del tiempo es perjudicial y la moral tiene necesidad de duración. Las luces penetran paulatinamente cuando se razona justamente, se refutan errores y la transmisión se efectúa sin contratiempos. Sólo lo que es injusto desaparece. ¡Obedezcamos al tiempo! La *nature des choses* impide el retroceso. Napoleón, con el pretexto de llevar los ideales de la revolución a los pueblos “atrasados”, atropelló derechos y tradiciones con el beneplácito de sus pretorianos y de sus aduladores.

“La variedad es organización; la uniformidad es mecanismo. La variedad es la vida; la uniformidad, la muerte.” [*Ibid*, p. 151] Imperio o nación son nociones abstractas cuando se las considera separadas de sus provincias. “Defendiendo los derechos de las fracciones se defienden los intereses de la nación entera, pues ésta se encuentra repartida en cada una de sus fracciones.” [*Ibidem*] Cuando se impone el sacrificio de una porción al gran todo con innovaciones inesperadas y con reglamentos arbitrarios, se actúa *contra natura* y el llamado carácter nacional se convierte en una masa inerte. Drama de la historia moderna que Constant veía con claridad.

Constant compara monarquías y repúblicas con la usurpación napoleónica. No intenta analizar formas de gobierno, simplemente explicar lo que constituye un régimen regular y otro que no lo es. Rinde homenaje a las monarquías de su tiempo y sorprende su

extraña manera de hacer publicidad contra el regreso del pasado. El más auténtico *ancien regime* se opone a la usurpación, la apariencia histórica antigua en una nueva estructura de relaciones entre los hombres.

“En las monarquías, dice, reina la confianza recíproca [...] instituciones moderadas por el tiempo, cuerpos intermediarios las apoyan y las limitan.” Seguramente piensa en el modelo inglés. “El monarca no es un individuo [...] sino una suerte de ser abstracto [...] se ve en él una raza entera de reyes, una tradición de varios siglos [...] una supremacía consagrada de antemano.” Tienen por aliados el pasado y pueden existir al lado o a la cabeza de una nobleza antigua, “es como ellas rica en recuerdos”. [*Ibid*, pp. 164-165] Al mismo tiempo, Constant alaba a las repúblicas que “subsisten por el sentimiento profundo que cada ciudadano tiene de sus derechos, por el *bonheur*, la razón, la calma y la energía que el goce de la libertad procura al hombre”. [*Ibid*, p. 171] Monarquías y repúblicas, cuando han existido largo tiempo, tienen una herencia rica en tradiciones y costumbres.

Y Constant insiste en que sólo la tradición y el tiempo legitiman a las instituciones “porque hay algo misterioso en la conciencia de la legitimidad. Una *heredité* que se quiere edificar sin que repose en una tradición respetable y casi misteriosa, no domina la imaginación.” [*Ibid*, p. 166] Contra el derecho divino de los reyes, Constant opone el misterio. Tiene razón: no es fácil explicar la *legitimité* que se pierde en las aguas pantanosas del origen de todas las monarquías que en el mundo han sido y que se han consolidado en medio de violencias y desorden. Convención frágil por excelencia, la legitimidad se esgrime como la pócima mágica para tratar de solucionar los problemas todos y garantizar la estabilidad de cualquier forma de gobierno.

La legitimidad muere, resucita o se afirma, pero paradójicamente sólo legitima el tiempo. Si las luces avanzan y se reparten por igual, como dice Constant, no hay supremacía alguna entre los individuos a los que se pueda adjudicar la legitimidad. “Cada

época espera a un hombre que le sirva de representante. Esto no quiere decir que lo encuentre. Cuanto más avanza la civilización, más difícil es representar.” [*Ibid*, p. 177]

Desgraciadamente, a cada época la amenaza un peligro, porque no basta la voluntad general —principio legítimo de los modernos— para garantizar el orden. “Puede ocurrir que una nación civilizada sea invadida por los bárbaros, que una masa ignorante penetre en su seno [...] y se detiene la marcha progresiva [...] una clase sin luces y el retroceso.” [*Ibidem*] Sucedió en Francia después del 89 y triunfó la usurpación, fuerza que se impone por la voluntad de un solo hombre. Se puede autodenominar monárquica, pero imposible hacer tabla rasa del pasado, partir de cero e instituir en medio de la civilización. Baste recordar a Grecia y a Roma asoladas por los bárbaros.

La *legitimité* puede ser un principio *factice*, pero sin él la usurpación va sola, desnuda y despojada, y recurre entonces a la espada y a la arbitrariedad. La fuerza misteriosa de la legitimidad esencial para todos los gobiernos no puede explicarse simplemente con la teoría política.

Constant quiere demostrar que todas las instituciones prestigiosas no son producto jamás de la voluntad. La razón pone en duda la “legitimidad del azar”. El emperador tuvo que legitimarse con campañas militares y, al hacerlo, abandonó los caminos civilizados que, a juicio de Constant, son los únicos por los cuales deben transitar los modernos. *Contra natura*, contra el tiempo, contra la razón, el Imperio era un anacronismo vergonzante.

Napoleón tuvo que recurrir al simulacro para dominar la imaginación. El “gendarme corso”, lo llamaba Joseph de Maistre, se vistió de emperador y fue consagrado en Notre Dame. Era “una comedia convenida, dice Constant, que hacía largo tiempo debía haber sucumbido bajo los trazos del ridículo. pero el ridículo ataca todo y no destruye nada.” [*Ibid*, p. 173] Parodia, espectáculo, la fuerza pública oprímia y envilece el espíritu público. Constant se desespera “pensando en los usurpadores famosos que nos presumen

de siglo en siglo, una sola cosa me parece admirable, es la admiración que se tiene por ellos.” [Ibid, p. 174]

Antiguos y modernos se confunden en la servidumbre voluntaria, se identifican con los tiranos, depositan en ellos sus esperanzas, lloran con sus desgracias y la manada humana se une bajo sus pies. El misterio de la obediencia ha recorrido la *chaîne* a lo largo de los siglos. El “alma de Napoleón” —la llamaba Leon Bloy— todavía hoy suscita controversias, pero nadie la ignora.

El emperador se rodeó de *parvenus*, formó nuevas dinastías y ennoblecó a su familia sólo por su voluntad; el ridículo era evidente en la corte. Constant toca el tema de la propiedad: “los antiguos propietarios son los apoyos naturales de una monarquía legítima y para que un poder sea moderado, este y la propiedad deben estar de acuerdo”, si se separan hay lucha. Ahora bien, “se pueden crear nuevos ricos pero no nuevos nobles.” Constant se adelanta a la crítica: “no quiera Dios que piensen que yo digo que la riqueza es un privilegio.” [Ibid, p. 170]

Pero todo tiene su lugar en la organización social. No sorprenden las afirmaciones de Constant, pues todos los liberales de su tiempo las suscribían; la crítica iba dirigida a esos *parvenus*. Tiene razón el escritor: una aristocracia no se improvisa; también es fruto del tiempo. Probablemente pensaba —siendo tan ajeno el privilegio— en esa nobleza ilustrada, en esa coincidencia espiritual y social de los grandes señores del siglo XVIII que tanto celebró Tocqueville, antes de que la nobleza se convirtiera en clase y después en partido, es decir, antes de que rivalizara con la burguesía.

Antiguos y modernos, pasado y presente, se confrontan en el análisis constantiano desde los *Principios*, donde se pronuncia a favor de unos u otros pero no los separa jamás. El secreto apoyo de los contrarios se hace evidente en *El espíritu de conquista*.

Los antiguos hacían la guerra, los modernos el comercio, “cálculo civilizado” para que la riqueza de las naciones se diera por añadidura. Todo cálculo engendra violencia, aunque sea calculada. ¡Vana ilusión! “Hemos perdido, dice, en imaginación lo que hemos ganado en conocimientos, somos incapaces de exaltación durable; los antiguos estaban en la juventud, nosotros en la madurez, puede ser que en la vejez. Tememos aparecer engañados, los antiguos tenían sobre las cosas una convicción plena, nosotros apenas una convención débil y ondulante y buscamos en vano aturdirnos.” [*Ibid*, p. 185] Se ha roto la cadena con la sabia antigüedad, herencia inefable que el presente tormentoso ignora. La mirada constantiana va y viene por el antiguo presente que une todos los elementos de la *chaîne*. Si bien se mira, los modernos están en franca desventaja respecto a sus antepasados ilustres.

Constant entendía por despotismo, “un gobierno donde la voluntad del amo es la sola ley”. [*Ibid*, p. 196] Y lo arbitrario persigue a los hombres. Una sola injusticia degrada a la nación, *¡tout se tient!* en nuestras asociaciones numerosas, en medio de nuestras relaciones tan complicadas. En el despotismo *¡todo se calla!*, *¡todo se debilita!*, *¡todo degenera!* La fragilidad se pone de manifiesto en el imperio y el simulacro no logra cubrir las apariencias. Un gobierno moderado se apoya en la regularidad y en la justicia, la usurpación en la ilegalidad. Francia languidece tras doce años de despotismo. “A un usurpador temeroso sobre un trono ilegítimo como una pirámide solitaria nada lo sostiene.” [*Ibid*, p. 196] La gloria militar ha terminado. Voluntarismo, ilegalidad, sinrazón es lo único que queda del imperio.

Todo poder inmenso lleva en sí mismo el germen de la destrucción. Napoleón fue derrotado en Moscú y en España, no fueron los franceses quienes propiciaron su caída. Los aduladores del Emperador eran multitud. “Durante los años de 1804 y 1805, dice Balzac, los dos tercios de las familias emigradas regresaron a Francia. Varios aristócratas se pusieron al servicio de Napoleón, ya en sus ejércitos, ya en su Corte; otros se asociaron a ciertos advenedizos.

Todos los que entraron en el círculo imperial reconstruyeron sus fortunas.”² Es cierto que el emperador tenía apoyos sólidos y, entonces, “si no hay más que interés en el corazón del hombre, bastaría asustar a la tiranía o seducirla para dominarla”. [*Ibid*, p. 258]

Pero aunque Napoleón pretendiera cancelar la herencia de las generaciones ilustradas que nos precedieron, afirma Constant, siempre habrá hombres para quienes la justicia es una pasión, porque el odio a la opresión ha cubierto los siglos. La naturaleza así lo ha querido en su curso regular, y no habrá futuro para el despotismo. Las luces sólo podrían ser reconstruidas —después de la noche napoleónica— en una sociedad moral y culturalmente apta para recibirlas. El imperio había sumido a Francia en etapas inferiores e impedía la transmisión de los principios que hacen posible un estado superior. Por ello pide Constant el auxilio de los antiguos, de la razón, para transitar por los difíciles caminos de la *perfectibilité*. Conserva la ilusión en la naturaleza humana, capaz de sacrificio y de combate como la única fuerza opuesta al despotismo. De lo contrario, el abismo.

Constant creía firmemente en los sacrosantos derechos garantizados por la Declaración de 1789, considerada como la nueva Biblia de la humanidad. Todas sus reflexiones políticas giran en torno a un centro: el individuo, y la inmensa telaraña napoleónica lo anulaba frente al honor imperial. La crítica implacable a Napoleón no puede ser vista como una mera oposición ni como un simple oportunismo, si se han leído previamente los *Principios* de 1806. “Mi individuo, escribía Constant, ha seguido la marcha general [...] un acto de deber y de conciencia.” [ROS, p. 189] *El espíritu de conquista y de usurpación* es un clásico del pensamiento político francés.

2. Los Cien Días

Napoleón abdica y los aliados deciden dar a Francia un régimen constitucional que no signifique un peligro para Europa y sea aceptado “libremente” por los franceses. Luis

² *Ibid*, p. 25.

XVIII, heredero de una monarquía desposeída desde hacía veinticinco años, se presenta ante el senado imperial con una *Charte* redactada de prisa y a nombre de la voluntad nacional se compromete a gobernar. La *Charte* subrayaba *l'octroi*, concesión graciosa del rey a un régimen liberal.

La monarquía restaurada era un sueño artificial en un país profundamente jerarquizado y heredero de una revolución: generales, altos funcionarios imperiales, diputados elegidos por las élites de los departamentos, todos los notables que pretendían hablar a nombre del pueblo protestaron ante el arreglo. La nobleza consideraba, por su parte, que era una exigencia ajena a los franceses, y a los bonapartistas les pareció un código de esclavos. Con el rey regresaban los emigrados dispuestos a recuperar sus antiguos privilegios, pero por primera vez en Francia había un régimen constitucional. Partir de esa fragilidad para lograr la paz en medio de la desconfianza generalizada y bajo la vigilancia de los vencedores era lo único que quedaba a los vencidos.

Constant apoyaba a la monarquía tras largos años de despotismo. El 20 de marzo de 1815 Napoleón regresa de la isla de Elba y cuando desembarca en el golfo Juan, Constant escribe dos artículos en el *Journal de Débats*:

Después de haber arrojado todos los azotes en la patria [...] de repente se presenta y promete a los franceses libertad y paz [...] El que durante 14 años la destruyó [...] el pueblo tan desgraciado para servirlo será el objeto del odio europeo, su triunfo sería el comienzo de un combate a muerte contra el mundo civilizado [...] No tiene nada que ofrecer, nada que reclamar, ¿a quién podría seducir? La guerra civil, la guerra externa. He aquí el presente que nos brinda.³

Otro artículo fulmina:

Napoleón es Atila, es Gengis Khan, más odioso y más terrible porque tiene los recursos de la civilización. Yo he querido —dice Constant— la libertad bajo todas sus formas. He visto que es posible bajo la monarquía. He visto al rey unido a la nación. No iré como miserable tráfuga de un poder a otro y cubrir la infamia con el sofisma, balbucear palabras profanas por llevar una vida vergonzante.⁴

³ Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, tomo II, p. 313.

⁴ L. Dumont-Wilden, *La vie de Benjamin Constant*, p. 159.

Napoleón llega a París. Constant cree con razón que su vida está en peligro y abandona Francia. No hay persecución alguna en su contra y regresa. El emperador pretende poner a su disposición al más brillante político del grupo liberal. En el fondo todo en apariencia es totalmente diferente, aunque hay cosas que comparten, entre Constant y Napoleón, en cuyo espíritu no hay quimeras como derechos individuales, libertad de expresión, garantías individuales. Constant pretende actuar según los principios. Bonaparte sólo conoce la ley de la utilidad, pero tienen algo en común: olfato político, un sentido muy agudo de la realidad y la comprensión de los acontecimientos y de las mentalidades. Constant olvida el odio y el desprecio y colabora con el emperador. Redacta el *Acta Constitucional* y publica sus *Principios de política de 1815*, dieciocho días antes de Waterloo.

Son múltiples y antagónicas las interpretaciones sobre estos tres meses turbulentos de la historia de Francia. Escuchemos a Constant, quien redacta la *Memoria* en 1815, que permanece inédita durante la Restauración. En 1819 publica diecisiete cartas en *La Minerve*, órgano del Partido Liberal, y explica el por qué de su adhesión al emperador, cuando atacado por tirios y troyanos era diputado por La Sharte y brillaba en el periodismo y la tribuna.

Las *Cartas* constituyen no sólo una defensa de los principios que sostuvo Constant a lo largo de su vida, sino un manual de política práctica porque, al fin y al cabo, la teoría depende de los hechos y no al revés. Las abstracciones se estrellan ante la oblicua realidad y se trataba de actuar rápida y eficazmente al servicio de Francia y de la libertad, meta suprema y última. Las Cartas aparecen como respuesta a las acusaciones de los ultra, quienes tachan a los liberales de bonapartistas y en medio de una lucha política feroz entre la reacción y los progresistas.

Constant parte de sus *Principios*:

He creído siempre y esta creencia ha sido la regla de mi conducta: que en hechos de gobierno hay que partir del punto en que se está, que la libertad es posible bajo todas sus formas, que ella es la meta y que las formas son sus medios, que hay derechos individuales, derechos sagrados, garantías indispensables que deben existir [...] ya en las repúblicas, ya en las monarquías, y sin las cuales ambas son igualmente intolerables y con las cuales unas y otras son igualmente buenas. En consecuencia, nunca he disputado contra una forma [...] Lo que existe tiene la ventaja de ser y para sustituir lo que no es a lo que es hacen falta sacrificios que siempre es bueno evitar. [REC, p. 975]

Ya lo había anunciado en los *Principios*. Constant enfatiza ahora la necesidad de partir de lo que existe y actuar en consecuencia.

El regreso de Bonaparte y la adhesión de casi toda Francia a su causa lo explica Constant por las graves fallas habidas durante la primera restauración. La llegada de Luis XVIII suscitó desconfianza e inquietud, pero “la estabilidad de un gobierno depende menos de la manera como se establece que de la manera de gobernar.” [Ibid, p. 942] La *legitimité*, lo había señalado Constant, sólo la confiere el tiempo. La *Charte* era *octroyée*, una concesión sin mayor respeto por la opinión, lastimaba ideas recibidas, pero “entramos en la Constitución”. El simulacro se impuso, avalado por el Senado. No bastaba una constitución para asegurar la libertad; los ciudadanos deben velar por ella y exigir que se respete. El rey llegó acompañado de los ultra y se restableció “naturalmente” la unión de los privilegios con el monarca. Desde la óptica de Constant, con esta situación comenzaban los problemas.

Luis XVIII cambia la sacrosanta bandera tricolor por la insignia real, atenta contra los miembros de la Legión de Honor, amenaza a los propietarios de bienes nacionales, algunos de ellos miembros de la cámara de representantes, restringe la libertad de prensa mientras los ultra, sobre todo en las provincias, reclaman antiguos privilegios. Descontento general. “Ninguna nación, dice Constant, está descontenta voluntariamente. Si hay miedo y desconfianza es que la autoridad no ha sabido dar garantías a los ciudadanos.

Cuando un pueblo se agita, aun antes de conocer sus quejas, no se puede afirmar que tiene razón, sino que su gobierno tiene la culpa.” [Ibid, p. 964] Si bien es cierto que durante la primera restauración había descontento, nadie pretendía derrocar al gobierno. Por ello, cuando llegó Bonaparte todos deploraron su llegada. Temor a la guerra, a las dificultades pecuniarias, a la anarquía. Nadie podía olvidar la presencia de las tropas extranjeras en Francia.

Analiza Constant uno a uno los grupos que conforman la nación. ¿Quiénes apoyaban a Bonaparte? Desde luego ni los ciudadanos ilustrados ni los verdaderos amigos de la revolución. Los propietarios de bienes nacionales desconfiaban del sistema militar. Tal vez la Armada recordaba sus sufrimientos en lejanas expediciones, aunque la nostalgia por los colores nacionales, símbolo de sus victorias, y tan imprudentemente relegados por el rey, podía apoyar a Napoleón, quien estaba rodeado de partidarios en sus momentos felices y ahora ante la adversidad llevaron su celo y su inteligencia al poder en turno sin ningún escrúpulo. Confiaba Constant en que “un sentimiento secreto advierte a los hombres que no hay garantías reales bajo el despotismo”. [Ibid, p. 985]

Según Constant, Napoleón a su llegada sólo tuvo el apoyo de los hombres del campo, quienes no habían sufrido los vicios de la administración imperial. Los *campagnards* llevaron al Emperador de triunfo en triunfo desde su regreso a París. Chateaubriand comenta: “llegó solo de Cannes a París y durmió tranquilamente en las Tullerías.”⁵ El mismo Napoleón dijo: “Vine sin inteligencia, sin concierto, sin ninguna preparación.” [Ibid, p. 1030] El vuelo del águila de campanario en campanario hasta Notre Dame fue un acto de audacia que sorprendió a todos.

Constant dirige todas sus armas contra la nobleza. Se había unido al emperador y aceptado puestos y prebendas. La ironía constantiana sobre la frágil convención legitimadora se acentúa: “La nobleza había revestido a Napoleón de lo que ellos llaman

⁵ Chateaubriand, *op. cit.*, p. 312.

legitimidad, porque cómo suponer ilegítimo al hombre al que habían servido todas las familias que, a su vez, habían servido a sesenta y seis reyes.” [Ibid, p. 985]

Bonaparte simplemente compró a la nobleza y tuvo buen cuidado de hacerle saber que lo hacía por su santa voluntad. Es cierto que la unión entre el nuevo amo y los servidores del antiguo nunca fue completa. Saludaron la caída del emperador y se apresuraron a apoyar a Luis XVIII. La legitimidad va y viene en esos años turbulentos. Ya nadie piensa en la voluntad general.

La nobleza aprovecha la llegada de Napoleón para destruir la primera restauración al exigir suspender garantías individuales, implantar medidas extraordinarias, establecer, en una palabra, la dictadura, es decir, la tiranía, en opinión de Constant. Ante esta situación sólo queda seguir una regla de conducta: “hacer en cada circunstancia lo mejor que se pueda, merecer el éxito aun si no se alcanza, escribe, partir de la derrota misma para poder ser útil todavía.” [Ibid, p. 993] Recomienda Constant sostener el trono, cambiar al ministerio, unir a todos los partidos a los destinos de Francia y pide al rey un imposible: hablar al pueblo con el lenguaje de la revolución.

Pero los ultra se interponen entre el rey y la nación y lo convencen de abandonar el país. Esos “veteranos del exilio”, los llama Chateaubriand, no eran más que “veteranos en la huida”, afirma Constant. Prefirieron dejar a Francia al borde del abismo, en manos de los aliados, para evitar toda posibilidad de régimen constitucional. Finalmente, la corte se refugia en Gante. Los amigos de la libertad tuvieron que afrontar la dictadura de Bonaparte y la guerra con el exterior. “Me han reprochado, escribe, no haberme dejado matar cerca del trono que yo había defendido el 19 de marzo. Pero es que el 20 alce los ojos, vi que el trono había desaparecido y Francia permanecía.” [Ibid, p. 1014]

Constant discierne muy bien las causas de la caída de la primera restauración, pero disminuye el mito napoleónico. Todo lo encamina a una directriz: la impericia y la traición de los ultra. ¿Qué podía oponer el débil Luis XVIII a la leyenda que

desembocaba en el golfo Juan? El genio incomparable del emperador ilumina el apoyo de los Cien Días. Hubiera podido aparecer como digno heredero del 89 y representante de la voluntad general y todos le hubieran creído. Pero Napoleón, con su agudo sentido político, aprovecha la *Charte* para legitimarse cuando en el Congreso de Viena Talleyrand defendía también la *legitimité* y correspondía con Luis XVIII en el exilio. ¿Dónde estaba realmente la legitimidad?, se pregunta un lector atento.

Había otros peligros que explican la adhesión liberal al emperador. La intervención extranjera y la amenaza creciente de la contra-revolución. Una imagen elocuente de Constant explica: “cuando el dueño de una casa está ausente en medio de un incendio, los que viven junto a él, hijos o esclavos, tienen todo el derecho de apagar el fuego lo mejor que pueden.” [*Ibid*, p. 1041] Si se defienden principios y se parte de lo que existe, los hombres en el poder son superfluos. Había que defender la *Charte* contra viento y marea.

A su llegada a París, el emperador recibe el homenaje de los notables e invita a Constant a las Tullerías. Acepta voluntariamente “porque, por muy incierta que sea, una oportunidad para la libertad de un pueblo no se debe rechazar”. [*Ibid*, p. 1054] El relato de los encuentros entre Napoleón y Constant es fascinante y de indudable interés histórico. Dice Constant:

He visto a Napoleón frecuentemente y por largo tiempo, libre y solo [...] lo vi uniendo y reanimando ciertas esperanzas, que su espíritu penetrante no exageraba a sus propios ojos; lo vi, cuando ensayaba con impaciencia plegarse a las formas que la libertad impone al poder; lo vi después de su derrota, cuando dudaba entre la resignación, la fatiga y los recursos de la desesperación; lo vi, en fin, después de su abdicación, cuando creyó que su último refugio se encontraba en la magnanimidad que le atribuía a la nación. [*Ibid*, p. 397]

Se refleja en las Cartas temor y admiración a Napoleón. “Me uní a él con desconfianza, no puedo disfrazar mi repugnancia ante esta reunión —se refiere Constant a la primera entrevista—, cómo limitar a una autoridad antes terrible y tratar de poner obstáculos al restablecimiento del antiguo despotismo.” Quiere dar a conocer el carácter del Emperador:

dotado por la naturaleza de facultades inmensas y de cualidades contradictorias, objeto de un odio merecido y de un entusiasmo no menos natural [...] Muy por debajo de los grandes hombres que no quiso tomar de modelo, muy por encima de sus esclavos que lo colmaron de adulaciones [...] depositario del *bonheur* del mundo y del suyo propio y funesto al mundo y a sí mismo. Las esperanzas de la libertad cruelmente lastimadas y una terca lucha contra la razón y las necesidades de su siglo [...] Francia ante los peligros de la contrarrevolución y el resentimiento de Europa. [*Ibid*, p. 938]

Muy hábilmente alterna Constant homenaje y crítica al emperador, cuya sombra en 1819 se desvanecía en Santa Helena.

La nación —dijo Napoleón— ha descansado doce años de toda agitación política y desde hace un año reposa de la guerra. Este reposo le ha dado deseos de actividad. Cree o quiere creer en la tribuna y en asambleas. No siempre lo quiso. Se arrojó a mis pies cuando llegué al gobierno. Fui menos autoritario de lo que se piensa [...] Ahora todo ha cambiado. Un gobierno débil contrario a los intereses nacionales, ha dado a estos intereses la costumbre de estar a la defensiva y de *chicanear* la autoridad. Parece estar de vuelta el gusto por la constitución, los debates, las arengas [...] Sin embargo, sólo los quiere la minoría, no se equivoque usted, dice a Constant. El pueblo, o si se prefiere, la multitud sólo me quiere a mí, vea usted al pueblo conmigo. Hay simpatía entre nosotros. No es como con los privilegiados [...] la fibra popular responde a la mía. Salí de las filas del pueblo, mi voz se agita en él [...] somos de la misma naturaleza [...] pero no quiero ser el rey de una *jacquerie*. Si hay manera de gobernar con una constitución, ¡enhorabuena! Haga lo que le parezca posible. Aporte sus ideas. Discusiones públicas, elecciones libres, ministros responsables, libertad de prensa, quiero todo esto [...] Si el pueblo quiere realmente la libertad, se la debo [...] Puede convenirme el reposo de una monarquía constitucional. [*Ibid*, p. 1054]

Tal vez tenía razón Napoleón: el mito se imponía por sí solo y bastaba conceder la libertad, otra vez, por su santa voluntad. Constant desconfía de los discursos de los poderosos, quienes siempre han pretendido encarnar la voluntad general. Para él, los derechos individuales deben ser garantizados por instituciones poderosas y no con meras declaraciones. Los hombres que tienen el instinto del poder absoluto rechazan las formas deliberantes.

Constant titubea pues era imposible unir a Napoleón con los principios. Pero “las causas justas aprovechan todo —dice—, buenas y malas intenciones, cálculos personales y devociones valerosas, la demencia y la razón”. [*Ibid*, p. 1057] Definición que integra todos los elementos para llegar a acuerdos, para sostener la frágil telaraña que rodea a los

derechos individuales en el mar proceloso de la política y tratar de llegar a puerto. Los enemigos del despotismo se aprestan a consagrar sus mejores esfuerzos para salvaguardar las libertades. En esa lucha difícil y violenta, Constant apoya al emperador consciente de que las garantías constitucionales no son una graciosa concesión del poder público —como quería Napoleón— sino el resultado de la participación y vigilancia de los ciudadanos.

Constant, junto con otros “amigos de la libertad”, redacta a toda prisa el *Acta Constitucional*. No bastaban declaraciones bien intencionadas sobre los derechos del hombre y del ciudadano sin alguna indicación sobre los medios para lograrlas y garantizarlas. Napoleón quería conservar su glorioso pasado y unir la nueva *Acta* con la antigua constitución. Constant creía que se necesitaba consenso, no recuerdos. Quería una asamblea independiente, una cámara de representantes que hiciera imposible el despotismo. La imperfección esencial del *Acta* fue esa amalgama en las leyes del imperio, pero se impuso la voluntad de Napoleón. Otro error: el silencio sobre la confiscación y conservar un *pairie* hereditaria y que era tanto como reconocer a una oligarquía *factice*.

Francia no estaba en paz. El *Acta* debía haberse presentado ante una asamblea representativa, y no había tiempo. Pasar de la dictadura a una monarquía constitucional por decisión del poder era inaudito, pero irremediable. Napoleón perdía la paciencia y en la última conferencia sobre el tema estalló:

Me llevan ustedes a una ruta que no es la mía. Me debilitan, me encadenan. Francia me busca y no me encuentra. La opinión era excelente, hoy es execrable. Francia se pregunta en qué se ha convertido el brazo viejo del emperador, este brazo que se necesita para someter a Europa. Aquí me hablan ustedes de bondad, de justicia abstracta, de leyes naturales. La primera ley es la necesidad, la primera justicia es la salud pública. A cada día su pena, a cada circunstancia su ley, a cada quien su naturaleza. La mía no es precisamente la de ser un ángel. Señores, les repito: se necesita que me reencuentren, se necesita que actúe el viejo brazo del emperador. [*Ibid*, p. 1108]

El *Acta Adicional*, desde el punto de vista moderno, no tenía nada de democrático. Dos cámaras, la de los pares nombrados por el emperador, y la de los diputados. Se

mantenía la *pairie* hereditaria, no se menciona la confiscación, pero contiene el máximo posible de libertades con un gobierno autocrático.

El problema para Constant era la representación nacional. “Si se somete o se pervierte, los principios escritos no sirven de nada. Se inventan palabras para las mismas cosas y circunstancias para todas las violaciones. Cuando, por el contrario, la representación nacional es imparcial, independiente y verdaderamente amiga de la libertad, puede proscribir la confiscación aunque la constitución calle sobre el tema.” [Ibid, p. 1109] Una representación nacional sometida es un azote para la nación, había señalado Constant en sus *Principios*, y un abuso flagrante del lenguaje.

La *pairie*, basada en la propiedad de la tierra, permitía una magistratura hereditaria que por su duración asegurara la estabilidad frente al ejercicio perpetuamente renovador de la elección popular y, al mismo tiempo, constituía una barrera para el poder. Constant pensaba que la influencia siempre creciente del comercio y de la industria transformaría gradualmente el concepto de propiedad. No pensaba poner en la balanza la presencia de los fuertes y la decisión del pueblo. Pero la *pairie* existía y podía subsistir hasta mejores tiempos. “La pasión por la igualdad, es triste reconocerlo pero imposible negarlo, se concilia en muchos hombres con el gusto por las distinciones que se les ofrecen y el régimen imperial había acostumbrado a muchos a tolerar los privilegios.” [Ibid, p. 1116] Hay que sopesar todos los escollos y hay “oposiciones de situación”. Sólo los principios ofrecen garantías.

Napoleón pensaba que una aristocracia le podía servir de apoyo y la favoreció ostensiblemente

porque ignoraba lo que el poder siempre ignora, que nada se crea por artificio. la fuerza creadora en política, como la fuerza vital en la naturaleza física, no puede suplirse por ninguna voluntad, por ninguna ley; el tiempo, las costumbres, las necesidades y la opinión son los únicos elementos de organización. La acción del poder es mecánica y sus productos son *factices*. No le está permitido instituir cosa alguna sin estos elementos, como no le está permitido al escultor crear un ser vivo a

fuerza de golpes en la materia. Se pueden escribir constituciones y esculpir estatuas: las constituciones permanecen inaplicables y las estatuas inanimadas. [*Ibid*, p. 1118]

Aquí está todo Constant, con su profundo sentido histórico, su comprensión de las mentalidades y de los tiempos; sólo así puede pensarse la política como fuerza creadora y como responsabilidad. Nada se improvisa, sólo los principios aseguran la transmisión y sucesión de la *chaîne* y la razón sacrifica ideas pasadas a nuevas combinaciones que iluminen el presente.

Durante los Cien Días, sin embargo, la opinión se manifestó libremente y quienes apoyaron a Napoleón cumplieron con su deber: “inmolaron ventajas inmediatas a consideraciones de orden público, moralidad y justicia”. [*Ibid*, p. 1196] El fin de todos sus esfuerzos era el reino de las leyes y la consolidación de las garantías. Waterloo... todo se quiebra. Constant permaneció fiel al emperador hasta el último minuto. Luis XVIII regresa protegido por las bayonetas extranjeras. La posteridad ha juzgado severamente a Constant, se diría que ha inventado la moralidad política. Todo su pensamiento político estaba orientado a la defensa a ultranza de los derechos individuales contra la minoría, la mayoría, el soberano, la nación. Pero las *Cartas* abren el proceso a la revolución y a las clases privilegiadas les atribuye Constant todas las desviaciones: han apoyado todos los despotismos.

A la nueva Francia amenazada por la contrarrevolución que vuelve por sus fueros durante la restauración borbónica, les recuerda Constant que la revolución no fue un mero accidente. Fue un vuelco social y político resultado de la opresión y de la violación de las leyes durante muchos siglos, y Francia no está dispuesta a permitir un retroceso. Los ultra ya no pueden interponerse entre el rey y la nación. Al abrir el *dossier* de la Primera Restauración y de los Cien Días, en 1819, los detractores se convierten en culpables de todas las desgracias bajo la pluma elegante de Benjamin Constant.

3. Principios de política (1815)

El *Acta Adicional* a las constituciones del Imperio estuvo acompañada de los *Principios de política*, obra elaborada con anterioridad y retocada para su publicación. Constant ya había señalado que elaboró un *Traité de Politique* que comprendía dos partes: una dedicada al fin supremo y último de la libertad —*Principios* de 1806—, la otra a los medios y garantías para alcanzarla.

Los fragmentos de una obra abandonada sobre la posibilidad de una constitución republicana en un gran país, del periodo napoleónico, consta de ocho tomos que se encuentran en la Biblioteca Nacional de París. El análisis de esta obra fundamental efectuado por Mauro Barberis⁶ permite comprender su pensamiento constitucionalista y su concepción del poder neutro o poder conservador. Sièyes parece ser la fuente cuando a fines del XVIII se ensayaron todos los medios posibles para preservar el fin de toda sociedad política: la libertad individual, a través de un régimen representativo en el que, al mismo tiempo, expresaran los ciudadanos toda su confianza en hombres que serían llamados de otra manera a gobernar: los notables. El rasgo más original de Sièyes era precisamente la organización de un poder conservador.

Constant ya había señalado en su discurso al Tribunal en 1802 que “una constitución es antes que otra cosa un gesto de desconfianza en la confrontación con el poder”, que depende de la opinión que lo limita y apoya. Las instituciones se modelan sobre las ideas que navegan en la sociedad y, por lo tanto, una constitución no se construye de una vez y para siempre; son obra del tiempo, a cuyo ritmo todo debe acordarse y responden a tradiciones y costumbres. El poder sería el árbitro de las opiniones individuales y producto del consenso de la sociedad. Ilusiones revolucionarias en la *perfectibilité* y garantías establecidas cuidadosamente, Constant reúne todos los elementos para crear un gobierno fuerte dentro de estrechos límites y proteger los derechos individuales de los gobernados.

⁶ Mauro Barberis, *Benjamin Constant, rivoluzione, costituzione, progresso*.

En los *Fragmentos* desconfía de la división de poderes a la manera de Montesquieu, porque no elimina el peligro de la arbitrariedad. Trata sobre *l'herédité*, la elección, la tortuosa tesis de la *pairie*, la responsabilidad de los ministros, y establece cinco poderes: el poder neutro a la cabeza, el ejecutivo en manos de los ministros, el legislativo en dos cámaras, el judicial y el administrativo o local. Para conservar la "máquina constitucional" toma modelos antiguos y modernos. El poder neutro parece corresponder a un tipo monárquico más que republicano, pero todos los poderes, incluido el del monarca, derivan su legitimidad de la legalidad de la constitución. "Entramos en constitución", decía Constant durante la primera Restauración. Durante los Cien Días hubo un *Acta Adicional*. Se presume en ambos casos que la voluntad nacional es favorable para afirmar la nueva legitimidad.

En los *Principios* de 1815 resurge el esquema de los *Fragmentos*. En el imponente edificio constantiano el poder neutro se coloca en la cima, los ministros tienen a su cargo el poder ejecutivo. Hay dos cámaras, una magistratura hereditaria y la otra constituida por representantes del pueblo que se ocupan de la legislación, el poder judicial y, por último, el poder local.

El poder neutro arbitra, protege, conserva, garantiza, sostiene todo el sistema. No es un hombre quien lo ejerce; es un poder, un ser abstracto, señala Constant, acompañado de los otros cuatro poderes debidamente limitados constitucionalmente y moderados y vigilados por el monarca, cuyo papel es esencial: concede gracia en el ámbito judicial, puede disolver la cámara de representantes o vetar sus decisiones; nombra o retira ministros. Poder político activo y neutro a la vez, vigía permanente e inviolable y, además, irresponsable, pues no tiene por qué dar cuenta de sus actos.

A la cabeza de un estado fuerte, lejos de los gobernados, está el poder neutro en todas partes y en ninguna. Constant sacraliza sus funciones, lo rodea de veneración y majestad. No es el estado mínimo liberal que deja hacer a los privados, a quienes sólo

queda la posibilidad de la representación en la cámara legislativa, debidamente limitada por la cámara de los magistrados hereditarios y por la opinión. Los ciudadanos activos a la Sieyès, es decir, los propietarios, soportan el peso de la modernidad confiados en la razón y el tiempo.

Sin embargo, ese pequeño espacio permitiría ir construyendo paulatinamente la legalidad y abolir lo arbitrario dentro de las asociaciones humanas numerosas donde el individuo se encuentra inmerso, seguro de sus derechos, que han de ser garantizados mediante formas constitucionales. Formas frágiles, es cierto, aunque escritas, aprobadas y redactadas cuidadosamente, pero que es imposible que lleguen a todos los rincones de la organización social, abarquen todas las situaciones. Como claroscuros donde la ley no puede llegar, Constant confía entonces en los hombres, en su sentido común, su buena fe y su razón.

Pero el poder neutro investido de la sacralización monárquica, que aparecía ya en los *Fragments*, “juega un papel decisivo en la estabilidad y continuidad del poder”.⁷ Sin él, todo se deteriora. “Ficción legal”, la llama Constant, pero necesaria, misteriosa y activa. El poder no es absoluto; como el *ancien régime*, está ungido por la Constitución; sólo ha cambiado el rito de consagración. Se parte de lo que existe, decía siempre Constant, y para construir la nueva Francia se recurre a tradiciones, al glorioso pasado para inventar el poder neutro con la “mano temblorosa” de Montesquieu, para preservar los principios. Los “centinelas” —la élite ilustrada— crean otro poder muy por encima de ellos para que los proteja; ya pueden dormir tranquilos soñando que lo limitan, ya pueden preocuparse de la representación. A la sombra del poder neutro y entre los ires y venires de la primera Restauración y de los Cien Días, Francia prosigue su azaroso camino hacia la modernidad.

Constant distingue cuidadosamente el poder neutro del poder ejecutivo que reside en los ministros, a quienes el rey nombra o retira de su cargo cuando así lo exija su

⁷ *Ibid*, p. 223.

irresponsabilidad porque los ministros son responsables, son individuos. El monarca vigila y puede castigar si hay abusos. Prefiere destruirlos con discreción porque, al fin y al cabo, hay algo del poder neutro en el ejecutivo: la designación. Al obligarlos a ser responsables afirma su majestad.

El poder republicano está en franca desventaja, según Constant. Se renueva periódicamente y “no golpea en lo más mínimo la imaginación”. No hay nada que separe a un presidente del común de los mortales, salvo el poder, al alcance de todos mediante la elección. El poder ha perdido su aura y queda al desnudo el misterio de la autoridad. Si el jefe del estado es responsable también es vulnerable, si defiende su autoridad y la de los hombres que lo rodean, entonces “la responsabilidad es ilusoria”. [LB, p.289] Constant no sabe si sería posible otra forma de organización política carente de majestad, sólo insiste en la necesidad de separar absolutamente el poder ejecutivo del poder supremo.

Las sociedades burocráticas modernas han inventado nuevas formas de sacralización del poder. El aura conferida a la investidura presidencial o a las formas parlamentarias no ha desaparecido del todo. La sociedad profundamente beata acude a lenguajes religiosos —sin saberlo— para legitimar a los nuevos ídolos. Tal parece que hasta ahora no se ha podido laicizar al poder como se pretende. El poder neutro cambia de máscara, está en todas partes y en ninguna, irresponsable como siempre.

Una monarquía constitucional precisa de una cámara hereditaria en el poder legislativo, “poder representativo de la duración”. Constant toca el espinoso problema de *l'heredité* que indignó a los “amigos de la libertad” y aun a Napoleón. “La *pairie*, dice, si se escoge este nombre para designar a la primera cámara, sería una magistratura y, al mismo tiempo, una dignidad estaría menos expuesta a ser atacada y más susceptible de ser defendida.” [Ibid, p. 298]

Una monarquía y una nobleza se corresponden y *l'egalité* se presenta como imposible. Constant insiste, sin embargo, porque una magistratura hereditaria garantizaba

la independencia de la cámara y limitaba a la cámara de representantes. Finalmente, el poder neutro vigila y arbitra los disentimientos naturales, de lo contrario disuelve las cámaras.

La asamblea de los notables, soporte natural del monarca, era una garantía y una costumbre. Pero los antiguos y los nuevos nobles dispuestos a recuperar sus privilegios estaban limitados, a su vez, por la asamblea de representantes. Poderes y contrapoderes entrecruzados vigilan y acechan. ¡Obedezcamos al tiempo!, decía siempre Constant. Tenía razón, no se puede inventar otro país.

Porque las instituciones dependen de los tiempos más que de los hombres. La monarquía constitucional tenía ahora un poder judicial independiente y a través de tribunales ejercía su acción vigilante; ministros responsables; un poder legislativo moderado. El sólido edificio “no se construye solamente con recuerdos y poesía” [*Ibid*, p. 289] Todo tiene su lugar en esta magna empresa de conservación y cambio.

Constant analiza ahora la cámara de representantes y vuelve a sus *Principios* de 1806. La multiplicidad de leyes es una enfermedad incurable en los estados representativos. Si no se limitan “los defensores de la libertad se convierten en candidatos a la tiranía”. [*Ibid*, p. 293] Una asamblea tiene que ser contenida para que no se convierta en un azote para la sociedad misma que la eligió, para que no domine en ella el espíritu de partido, para que prive una responsabilidad moral. Vicios difíciles de erradicar pero aun así “las asambleas representativas introducen vida en el cuerpo político [...] por ello, se necesita que sean libres, imponentes, animadas”. Disolverlas si se exceden no es un ultraje a los derechos del pueblo, sino un llamado en favor de sus intereses. “Digo cuando las elecciones son libres; si no lo son, simplemente no existe el sistema representativo.” [*Ibid*, p. 296]

En ese pequeño espacio del imponente edificio constantiano comenzaría la lucha liberal. A la distancia, parece frágil y profundamente elitista, puesto que sólo podían ser

elegidos los propietarios únicos que gozaban de derechos políticos. Pero entre ellos se encontraban los que habían adquirido bienes nacionales a expensas del clero y de la nobleza. Esa *classe intermédiaire* volvía por sus fueros después de la larga noche napoleónica, dispuesta a gozar de su libertad política. Constant se preocupa por los Colegios Electorales y sugiere que sean independientes del gobierno. Elecciones directas, aun cuando pudieran ser turbulentas. Piensa en la posibilidad de reelección para los miembros distinguidos: una carrera abierta al mérito y al talento. Constant se anima cuando escribe sobre la representación. Sabe que está sujeta a los vicios de la humana naturaleza, fragilidad inevitable en las asociaciones políticas.

Los derechos políticos son para unos cuantos. Constant no quiere lastimar a la clase laboriosa, a quien elogia, pero que no ha tenido el ocio indispensable para que las luces lleguen a ella. Sólo la propiedad asegura el ocio; luego, la propiedad ilumina. El silogismo constantiano es común entre los liberales de su tiempo. El vulgo se borra del mapa, al igual que los extranjeros, los jóvenes y, por supuesto, las mujeres.

En 1815 Constant alaba la propiedad *foncière* —propiedad de la tierra— y desconfía de la propiedad industrial, sólo preocupada por la utilidad. “En la propiedad industrial, dice, nada habla a los recuerdos, nada a la imaginación, nada a la parte moral.” [*Ibid*, p. 296] Se diría que Constant es un fisiócrata *demodé*, pero al mismo tiempo apunta ya las diferencias entre antiguos y modernos cuando señala que la propiedad industrial “crea para la libertad un nuevo medio de reforma, el crédito [...] y la independencia de los individuos”. [*Ibid*, p. 321] Y reflexiona: los propietarios de tierras pueden ser al mismo tiempo industriales.

La propiedad es social, es una convención, señala Constant. Luego la sociedad puede ejercer jurisdicción sobre ella. No inventa, justifica la obra de la revolución y protege a los propietarios de bienes nacionales. Es cierto que está ligada a “otra parte de la existencia humana”. Se refiere a los derechos individuales. Pone en guardia contra la

arbitrariedad que esta convención puede causar. El poder mismo ataca la propiedad cuando aplica impuestos excesivos, medida “odiosa porque se aplica con toda la solemnidad de la ley; la autoridad en armas contra el individuo desarmado”. Los impuestos son un mal necesario y cuando son excesivos “son injustos, deterioran la moral, destruyen la libertad individual”. [*Ibid*, p. 386] Constant tiene la razón, indiscutiblemente.

La propiedad “intelectual” siempre había sido objeto de preocupación en los escritos constantianos. Desconfía de los intelectuales porque o bien “se abandonan a la imaginación o sólo toman en cuenta evidencias rigurosas”. [*Ibid*, p. 323] Divagan en la abstracción, desprecian el mundo real y sensible, discurren como geómetras sobre las pasiones y como físicos sobre los dolores humanos. Total, quédense en sus cubículos, parece decir Constant, con el respeto que se merecen, ya que su vanidad es peligrosa para los asuntos públicos.

Y vuelve a las asambleas representativas, dicta cátedra para animarlas. Esta suerte de paréntesis que abre una y otra vez en sus escritos da a la reflexión constantiana un encanto especial. Se ocupa del edificio, pero también de las ventanas, por donde se cuele el aire, la luz, la razón. Presento ideas muy simples, dice. Se va a las asambleas con la esperanza de entenderse y para ello hay que hablar. Desafortunadamente, los oradores se limitan a leer sus discursos aburridos, escritos muchas veces por los “asesores” y no discuten, lo cual es muy grave.

Las asambleas deben ser razonables, “imponer a los hombres que quieren brillar la necesidad de tener talento”. De lo contrario, “se corre el riesgo de que las asambleas se conviertan en academias que deciden la vida de los ciudadanos”. Pide prohibir los discursos escritos para crear lo que nunca ha existido: “una mayoría silenciosa, disciplinada, por así decirlo, por la superioridad de los hombres de talento y [que] se

limite a escuchar puesto que no puede hablar; que se ilustre, porque está condenada a ser modesta y se vuelve razonable cuando calla”. [*Ibid*, p. 327]

Un gobierno armonioso sería un gobierno razonable, dispuesto a escuchar y a ejercer el derecho a equivocarse. Un buen político razona, es decir, está atento a nuevas combinaciones en las ideas y a sacrificar prejuicios obsoletos. Claro que no se puede evitar que haya facciones en las asambleas, y eso contribuye a su libertad, “pero hay que trabajar para volverlas inofensivas y, si alguna vez vencen, hay que prevenir o moderar los inconvenientes de su victoria”. [*Ibid*, p. 328] Constant conocía el valor de las palabras, desnudaba los discursos de sus oponentes, se imponía por su talento. Las élites ilustradas, en suma, dialogan.

Aunque la representación nacional puede lanzar iniciativas, es la opinión quien lo hace. Constant recomienda prudencia. Sólo gradualmente se puede avanzar para “no destruir el edificio bajo el pretexto de reconstruirlo; las luces se adquieren con la observación meticulosa de los hechos”. [*Ibid*, p. 331]

Medidas sabias, calma, tiempo, mientras el poder neutro lanza su mirada por doquier. Esa monarquía constitucional que no es “humana”, muy por encima de las tormentas, no puede hacer nada sin sus ministros, y ellos no pueden actuar sin las leyes que emanan del legislativo. Constant no quiere aparecer como un metafísico, quiere conservar la monarquía y la libertad. La representación razonable se expresa en la prensa, en los debates, en la animada vida política que ejerce. La “opinión” vigila y, si bien se mira, está en todas partes como el poder neutro, tampoco es una persona, sino un poder consagrado en la constitución. La monarquía rodeada de veneración y majestad está lo suficientemente lejos o cerca para evitar excesos. Las asambleas deliberan, la libertad de prensa apoya e ilumina, la difusa “opinión” goza de privilegios.

El poder judicial absolutamente independiente ejerce sus funciones. El rey nombra a los jueces y son inamovibles, concede “gracia”, prerrogativa casi divina, dice Constant.

El tema delicado de la justicia merece toda su atención. “Hay incertidumbres en todas las cosas humanas —dice—; para librarse de toda falta de certidumbre, el hombre debería dejar de ser un ser moral.” No se puede regular todo hasta en sus más mínimos detalles. En una organización política moderna sólo el sistema de jurados podía garantizar la ecuanimidad. Confía en que se conviertan en “representantes de la razón común”. Hay que buscar hombres imparciales identificados con los intereses individuales y públicos. Pero siempre hay un pero: “el razonamiento no es más que comparación de argumentos, de probabilidades y de oportunidades. Quien dice comparación dice posibilidad de error y, como consecuencia, de incertidumbre”. [*Ibid*, p. 357]

El quinto poder, “local” o administrativo, había sido preocupación de Constant a lo largo de sus escritos. La diversidad que afortunadamente existe en las asociaciones humanas, debe ser garantizada constitucionalmente. El poder local no debe ser una rama del poder ejecutivo y jamás debe este último, en nombre de los intereses generales, imponer sus decisiones. Constant piensa en un “federalismo donde cada sociedad particular, cada fracción debe mantener una dependencia más o menos grande aun para sus arreglos interiores en relación con la asociación general”. Pero en lo demás pueden ser independientes. Costumbres y tradiciones pueden resguardarse, “dar a los domicilios, las comunas y los barrios la importancia política que se merecen sin lastimar el lazo general”. [*Ibid*, p. 365] Quiere evitar que un pequeño estado se forme en el centro y en torno a él se agiten las ambiciones, mientras todo lo demás permanece “inmóvil”.

Los *Principios de política* pretenden, con las limitaciones de todo acuerdo humano, preservar a los individuos de la arbitrariedad. Las formas son las “divinidades tutelares”, las solas relaciones posibles entre los hombres, porque “todo es oscuro, todo está librado a la conciencia solitaria, a la opinión vacilante. Si las formas se evidencian, el oprimido sólo a las formas puede apelar”. [*Ibid*, p. 411] La responsabilidad de los agentes puede remediar la arbitrariedad. Por ello Constant consagra todos los derechos, todas las libertades y asegura a la nación lo que quería en 1789.

Misterio de la autoridad, divinidades tutelares, derechos consagrados aparecen una y otra vez en el vocabulario constantiano, como si quisiera apelar a todos los dioses para alcanzar y garantizar la libertad. En la incertidumbre, en la fragilidad, en la ondulante condición humana que marcha hacia la *perfectibilité* y se sacrifica para alcanzar las luces, es decir, la razón, conviene contar con formas nunca inmutables, siempre perfectibles, mientras el poder neutro, fuera de la agitación política, mantiene el edificio. Ese poder es inviolable, y “si se le ataca en su persona el jefe del estado se convierte en hombre, el hombre se defiende y la constitución se destruye”. [*Ibid*, p. 390]

Es un constitucionalismo que reúne la tradición, recurre al empirismo e introduce la doctrina liberal en el espacio representativo. Tras veinticinco años de trastornos era algo. Si bien se mira es la *chaîne* que reúne todos los elementos y que avanza o retrocede para preservar los *Principios* fundamentales de la libertad, para que prosiga el encadenamiento luminoso, nuestra herencia, nuestra responsabilidad, nuestro porvenir en el tiempo simultáneo. A la manera constantiana, *¡tout se tient!*

III. LA RESTAURACIÓN

Vuelve Luis XVIII a Francia y Constant se exilia "voluntariamente": Bruselas, Londres, Bruselas, otra vez París. De 1816 a 1830 tiene una intensa actividad política. Colabora con *Le Mercure*, *La Minerve Française*, *La Renommée*; publica *brochures*; diputado por La Sarthe, prepara sus libros sobre religión y dicta conferencias. Su credo liberal se despliega en la turbulenta vida política en medio de crisis económica, deuda externa y agitación en las provincias.

El liberalismo no va solo, otros problemas políticos y sociales emergen. Saint Simon y Fourier palpan el industrialismo y el socialismo se orienta hacia el porvenir, mientras los trabajadores se encuentran excluidos del país legal. La sombra de los Cien Días permanece y nadie espera un retorno inmediato a la tranquilidad. La monarquía constitucional vigila. Ha desaparecido el despotismo.

Las asambleas representativas de la Restauración están compuestas por grandes señores a quienes la fortuna y el rango impiden excesos peligrosos, por viejos funcionarios imperiales sobrevivientes de todos los regímenes que se habían sucedido en Francia desde 1789. La Cámara de los Pares mostraba un sabio oportunismo, la de Diputados, estaba poblada de provincianos radicales y muchas veces sin experiencia. Era difícil mantener la mayoría "razonable".

Todos apoyan al rey y dirigen sus ataques contra los ministros. Constant se luce en la discusión, moderado para los unos, jacobino para los otros. Defensor de la "burguesía", carece de virtudes burguesas, pues es demasiado culto para ellos; ha vivido mucho, ha visto mucho y razona. Diestro en el lenguaje político que en gran parte él mismo ha inventado, puede darse el lujo de improvisar y convencer. Era natural la conjura de los necios.

Imaginemos la Francia de *Le rouge et le noir*. Stendhal nos lleva de la mano por los *Verrières* de odios profundos,¹ de ambiciones “liberales”, de nostalgias bonapartistas y de curas fanáticos mientras París, “el pequeño Estado”, se llena de *parvenus* dispuestos a hacer política, deslumbrados con el encanto de la capital, entre salones aristocráticos, funcionarios reales y los peligros del *savoir vivre*.

1. Benjamin Constant “publicista”

La prensa da el tono en la sociedad liberal, ataca a la nobleza siempre sospechosa de regresar al antiguo régimen, es voltairiana contra el clero, cuando la derecha predomina la acusa de violar la *Charte* y de cometer fraudes electorales. Benjamin Constant vuela muy por encima de la vulgata de la *gauche*. Recoge en sus artículos periodísticos los debates parlamentarios y los analiza cuidadosamente. Sabe que los ultra se organizan y afirman su derecho a representar la opinión, de participar en el gobierno, de lanzar iniciativas y que sería deformar su actuación si se piensa que su meta es un nuevo absolutismo. Es cierto que ideas tecnocráticas y aristocráticas dividen al “partido”, pero se trata de dialogar y convencer. El monarca es necesario para la estabilidad política y está por encima de los ministros y las cámaras. Los artículos periodísticos constantianos sostenidos por los *Principios* se confrontan ahora con la oblicua realidad.

El Prospectus del Mercure aparece en enero de 1817 y ofrece un cuadro político y literario. Particularmente en lo que se refiere a los movimientos hacia instituciones representativas, literatura antigua y moderna, anuncios y noticias, la política no sólo francesa sino europea.

Constant dibuja el cuadro de una pequeña porción de la historia parlamentaria, las leyes, los derechos consagrados y alaba a la *classe intermédiaire*, donde se encuentran las luces y la industria. “Son los *whigs* los que fundaron la libertad en Inglaterra; pero la oposición de los *tories* les sirvió algunas veces. Considero que nuestra constitución ha

¹ *Verrières* es un lugar imaginario que el autor escoge como retrato de las ciudades de provincia. Stendhal nos introduce en la Francia de la Restauración, en los murmullos de los salones parisinos alegres y libertinos, en claro contraste con los departamentos moralistas y aburridos.

dado un paso inmenso desde que la oposición está en los *tories*"; y agrega: "cuando una máquina se pone en movimiento muchos resortes gritan". [REC, p. 13]

Una ley de seguridad pública se presenta en las cámaras y, en nombre de la nación, se aprueba por mayoría. Unos querían demostrar que gracias al ministerio habría orden, lo cual quiere decir que no lo había. Otros, confundidos, querían probar que la salud pública estaba siendo afectada por la ley y era peligrosa para los derechos individuales. Constant razona: leyes de excepción no proceden jamás si la Constitución se cumple: "Estas leyes hacen suponer la presencia de peligro, la mera suposición lo crea: leyes de circunstancias tienen el inconveniente de prolongar las circunstancias." [*Ibid*, p. 65] Lo que importa es defender el principio porque "mi seguridad, dice, vendría de mi confianza en los hombres; un estado de cosas está lejos de ser perfecto".

Proyecto sobre la libertad de prensa. Todas las constituciones han consagrado esta libertad y al día siguiente de establecerla la violan. La palabra escrita inspira terror a los gobiernos; quisieran imponer el silencio y reservarse el privilegio de hablar y escribir sobre sus propios actos: "No se cree nada de lo que afirma una autoridad si no permite que se le responda; se cree todo lo que se afirma contra una autoridad que no tolera el examen". [*Ibid*, p. 69]

Constant considera que la libertad de prensa es la base esencial, la salvaguarda de las libertades todas; sin ella las barreras son ilusorias. Los ciudadanos pueden estar seguros si la libertad de prensa existe, independientemente de las formas de gobierno. Las instituciones, ya lo había dicho en repetidas ocasiones, son el resultado de la opinión. Y nadie puede callarla o ignorarla.

Para Constant la ley sobre las elecciones es esencial. Pero hay que reflexionar sobre el fondo de la ley, más que perderse en discursos. Sin embargo, los analiza cuidadosamente, no suprime ni desfigura los razonamientos, no se basa en dos o tres frases pronunciadas por los opositores para descalificarlos. Aparecen textos de los

discursos, y al hacer la crítica los deshace. “La elección directa —escribe— busca a los hombres distinguidos inevitablemente, y es la única que puede establecer un lazo común entre los jefes del estado y la masa de los ciudadanos. Puede investir a la representación nacional de una fuerza verdadera y darle a la opinión raíces profundas.” [*Ibid*, p. 45]

Constant sabía muy bien que la elección directa podía favorecer a los ultra en las provincias, sobre todo donde la nobleza representaba intereses muy poderosos y, oprimida por el “centro”, aprovecharía las elecciones a su favor. Insiste en el equilibrio, en la necesidad de que exista una oposición. Importa el amor por la libertad “no sólo el odio hacia las instituciones”. Hacer todo lo mejor posible y confiar en el tiempo.

Las discusiones en la Asamblea, las leyes, los actos de la administración son la “cosa pública”. Si el gobierno sólo quiere dar a conocer lo que le conviene, esa ya es otra cuestión. ¿Pueden, acaso, los ciudadanos mantenerse ignorantes de lo que decide sus destinos?, ¿puede haber “cosa pública” sin publicidad? [*Ibid*, p. 96] Para responder con precisión Constant necesita tiempo, no quiere “el deseo pueril de colocarse en la oposición poco reflexiva”. [*Ibid*, p. 97]

Se presenta una ley sobre los periódicos y naturalmente los discursos de los representantes difieren. Si no se parte de los mismos principios, los caminos son opuestos aun cuando tiendan al mismo fin. Constant presenta la parte medular de los discursos, los confronta y demuestra que los diputados carecen de conocimientos sobre la Constitución al confundir al rey con los ministros.

La ventaja de la monarquía constitucional es precisamente su separación, no importa que los partidos despotriquen contra los ministros. “Mientras se agitan muy por debajo de la esfera donde se encuentra la realeza, no hay peligro para el orden político —escribe Constant—, pues todo está vivo en medio de la lucha.” [*Ibid*, p. 111] El rey no es un simple espectador y no permitirá que los ministros cometan errores en perjuicio de la

nación. La ley es la entera responsabilidad de los ministros, y la representación debe tenerlo muy claro.

Retoma el tema de la “cosa pública”. Imposible que el gobierno ejerza el monopolio de la publicidad y condene a los ciudadanos al silencio. Sabe que los periódicos no tienen el poder que normalmente se les atribuye: “para que un hombre obtenga confianza cuando dice una cosa, se necesita que se le reconozca la facultad de decir lo contrario, si lo contrario fuese su pensamiento. La unanimidad inspira siempre una prevención desfavorable y con razón, puesto que no ha habido jamás, sobre cuestiones importantes y complicadas, unanimidad sin servidumbre.” [*Ibid*, p. 112]

Si el gobierno dirigiese la prensa sería no sólo una arbitrariedad, sino un monopolio del poder irrazonable. Nadie quiere ver al gobierno detrás de un periodista. Constant insiste: la libertad de prensa, principio generalizado por la Constitución, debe defenderse y ningún ministro lo puede suspender porque la representación lo pondría en su lugar. La “cosa pública” lo exige.

La discusión sobre el presupuesto en las cámaras es analizada cuidadosamente por Constant. La primera idea que se le presenta al espíritu cuando se trata de un plan de finanzas es determinar con precisión las medidas que se toman y su eficacia y conveniencia. Pero “en una asamblea representativa dividida en partidos, no parece posible [...] circunstancias ajenas al mérito del *budget* deciden, un gasto no se evalúa según la necesidad, sino de acuerdo con el ministro que lo ordena, según los elementos que contentan o chocan las opiniones de los miembros llamados a sancionarlo”. [*Ibid*, p. 129]

“Hay circunstancias —prosigue—, y estas circunstancias no son raras en una asamblea donde nadie dice precisamente lo que piensa [...] Los sofismas se combaten con sofismas.” [*Ibid*, p. 130] Se discute un impuesto, por ejemplo, y todas las miradas se fijan en la reducción del gasto. Aun en las asambleas más iluminadas y mejor escogidas, la

mayoría de los oradores se centra en angostar el gasto más que en la manera de obtenerlo. Constant no se hace ilusiones: “en todos los países, en todos los tiempos y hoy más que nunca este es el camino de la popularidad.” [*Ibid*, p. 134]

Y Constant analiza cuidadosamente el crédito, los impuestos, las pensiones. Pide asesoría en la materia, pues nunca improvisa. Exige a los representantes de la nación conocer a fondo los problemas financieros y los peligros políticos que puedan ocasionar, ya sea por partidismo o por ignorancia. La nación conoce el valor de las palabras, sabe contar y sabe, sobre todo, cuando se actúa conforme a sus intereses. Recomienda un cuidado “religioso” a los miembros del poder legislativo. [*Ibid*, p. 142]

Los artículos de Constant en *Le Mercure* constituyen toda una cátedra de periodismo. Desnuda los discursos de los poderosos, se apoya siempre en la Constitución y su crítica incisiva, ya a los ultra, ya a los ministros, está basada en el conocimiento profundo del tema y en los *Principios*. El periodismo, digno de tal nombre, razona e ilumina a la opinión que, a su vez, conforma las instituciones. Sólo así se transformaría el presente y se prepararía el porvenir. A través de la prensa, medio de comunicación por excelencia, la *chaîne* reuniría todos los elementos para emprender el difícil camino hacia la *perfectibilité*. Se comprende la insistencia de Constant en la libertad de prensa. Una ley contra ella sería cancelar la mediación de las ideas entre la sociedad y el estado.

El público merece respeto. Aparecen en *Le Mercure* verdaderas joyas constantianas, hoy arrumbadas en las academias. Las *pensées détachées* son dignas de un apartado especial. Los comentarios sobre “De Godwin y su obra sobre la justicia política”, “De la obediencia a la ley”, “Sobre la educación” son artículos para ser comentados y discutidos, eran el pan semanal en París y competían con *Le Globe* y con *Le Conservateur*, donde escribían Bonald y Chateaubriand. Es un diálogo de altura entre la élite liberal y partidarios de los ultra, todo el respeto por los contrincantes distinguidos, todo el esplendor del razonamiento.

Se trata de recordar a Godwin en plena Restauración y tiene un evidente propósito político en medio de las pugnas partidistas. Francia necesita un estado fuerte, condición *sine qua non* del liberalismo: la organización política que una sociedad se da a sí misma requiere de instituciones poderosas que garanticen la conservación y el cambio.

La justicia política fue publicada en Inglaterra en 1793 y fue motivo de reflexión para todos los gobiernos asombrados con el Terror. Partía del principio “el gobierno es un mal necesario”. Constant retoma sus *Principios*: “si el gobierno sale de su esfera deviene un mal, y un mal inevitable, pero no como gobierno sino como usurpación; allí está el mal”. Puede equivocarse, es cierto, pero hay formas o medidas constitucionales. “Severamente controlado —escribe— debe ser todopoderoso”. [*Ibid*, p. 219]

Constant niega al estado el monopolio de la educación y publica en *Le Mercure* su célebre ensayo sobre el tema, consciente del peligro de que el gobierno se ampare ante la opinión. Muy lejos del regalismo español en materia educativa, Constant exige al gobierno que organice la instrucción, pero sin dirigirla. Prefiere la educación pública como “escuela de la vida”, pero reconoce los derechos de los padres a educar a sus hijos como mejor les parezca. Se podría argumentar la obligación del Estado respecto a las clases menesterosas; “lo que se necesita, escribe, es que no exista la miseria”. Cuando haya un cierto bienestar los padres se ocuparán de que sus hijos se ilustren. Resume: “en educación, como en todo, que el gobierno vigile y que preserve, pero que sea neutro, aparte los obstáculos, aplane los caminos. Los individuos, por su cuenta, marcharán con éxito.” [*Ibid*, p. 327]

Vuelve a Bentham, con quien dialoga desde los *Principios* de 1806, y separa la idea de derecho de la noción de utilidad. El derecho es un principio, la utilidad un efecto; “quien somete el primero al segundo, somete las reglas eternas de la aritmética a los intereses de todos los días”. [*Ibid*, p. 324]

La obediencia a la ley es un deber, pero como todos los deberes no es absoluta, sino relativa y reposa sobre la suposición de que la ley parte de una fuente legítima y se circunscribe dentro de límites precisos. Constant sabe que el reposo público implica sacrificios, pero ningún deber nos liga a la injusticia. En nombre de la ley se ha ejercido la tiranía; las leyes retroactivas son contrarias a la moral y “toda ley que divide a los ciudadanos en clases” no procede. Constant no recomienda la desobediencia; en ocasiones se puede transigir, “pero si la ley es injusta, simplemente no es ley”. [*Ibid*, p. 327]

Constant ilustra a sus lectores en estos y otros temas para los cuales se necesitaría un libro. La prensa, convertida ahora en medio de educación, politiza, convence, razona. Desde luego no es neutra, pues la *classe intermédiaire* defiende su bastión contra viento y marea. Pero lo defiende con una elegancia inusitada.

La Minerve Française aparece en febrero de 1818. El Consejo Editorial reúne a Aignan, Jay, Lacretelle, miembros de la Academia Francesa. Tissot, profesor de poesía latina en el Colegio de Francia, y Benjamin Constant lanzan su periódico dispuestos a no reconocer más límites que la ley. Aparecen trece números por semestre y si la regularidad en los envíos disminuye, “libres del silencio forzado de los periódicos cotidianos” se dedicarán sabiamente a consideraciones sobre Europa, debates en las cámaras, cuestiones de utilidad pública y darán a la parte literaria un nuevo aliento. [*Ibid*, p. 339] *La Minerve* se propone afirmar los verdaderos principios en política, en moral, en literatura. Escribimos un libro, dicen, no panfletos.

Hay problemas judiciales, electorales y críticas a los ministros que oprimen a todos los partidos. Constant escribe sin pasión y sin odios, admite el mérito de otros autores sin examinar las intenciones. No teme a sus arbitrariedades, sino a su debilidad: “su inconcebible prudencia”. Los quiere más hábiles, aunque actúen contra nosotros. Pero avanzan día tras día sin principios, sin apoyo, sin previsión, creando problemas por

doquier, poniendo la tranquilidad pública a la “merced de una hora, y excitando los odios”. [*Ibid*, p. 578] Se lamentan cuando las asambleas se llenan de hombres fatigados por sus inconsecuencias —se refiere a los ministros—, incapaces de gobernar.

Piensa que cada ciudadano —gracias a la libertad de prensa— debe llevar sus reclamaciones hacia el trono mismo, señalar los peligros, sus deseos, sus preocupaciones. Una opinión razonable, desde luego. Si el sistema de jurados funciona, si la Constitución se cumple, si todo está en su lugar, se podría alcanzar la libertad. Pide a los diputados examinar cada artículo de cada ley, cada palabra del artículo, y les recuerda que la nación está en sus manos. Insiste Constant: los representantes no quieren empleos ni poder, no reconocen mas que la ley, no quieren privilegios, reclaman la igualdad. [*Ibid*, p. 584] Exige demasiado, es cierto, pero también tienen límites constitucionales.

La Minerve, cuyo mérito es ser el órgano del partido nacional, no puede evitar unirse a los realistas exagerados cuando reclaman garantías constitucionales; tampoco puede evitar unirse a los ministros en defensa de las bases del sistema representativo. Pero la publicación “no es auxiliar de nadie, combate a los culpables y se reúne con todos aquellos que tienen razón”. [*Ibid*, p. 591]

Lejos del poder, ve antes y más claramente lo que resulta de tal o cual medida, “calcula las consecuencias de los errores en el momento mismo en que el ministerio se ocupa de cometerlos”. Tiene influencia porque no reclama el monopolio de la verdad; todos pueden hablar si razonan. La oposición no debilita a *La Minerve*; por el contrario, la fortalece; el espíritu público se ilumina; la razón conserva toda su fuerza venga de donde viniere. “Gran Dios, dádnos el día y combates contra nosotros”. [*Ibid*, p. 595]

El partido ultra defendido por Bonald —autor de *La legislación primitiva*— acusa a los “independientes”, Constant lo refuta en *La Minerve*: ellos dicen ser admiradores de la *Charte*, pero no son consecuentes. Se levantan contra la ley electoral cuando no los favorece, “extraña lógica”. No por ello critica Constant al “partido”, donde se encuentran

hombres ilustrados. El problema “es que el espíritu de partido no cambia y se lleva a los ilustrados que deberían dirigirlo”. Bonald hace una panegírico de la monarquía absoluta, Constant le responde con una breve historia de la misma y cómo el tema de la discusión es muy grave para colocarlo al final del artículo... [*Ibid*, p. 607] ¡Ironías constantianas!

Pero las sesiones de las cámaras ofrecen poco interés y cada día es mayor la dificultad para rendir cuentas sobre ellas. “Sobre todo para mí, afirma Constant, que no he sabido ni he querido saber cómo suplir con la forma lo poco importante del fondo. No escribo más que cuando tengo algo que decir, es una ley que me he impuesto y no estoy dispuesto a abandonarla”. [*Ibid*, p. 655] Empero, no resiste la tentación, sigue la relación de los debates, examina las iniciativas de ley, se da el lujo de hablar de Tiberio y de sus leyes opresivas, dice que se salió del tema sin darse cuenta del objeto principal del artículo y que ahora no le queda más remedio de terminarlo. Ya volverá sobre dos sesiones de las cuales no ha hecho más que empezar a analizarlas; tiene que leerlas completas para poder apreciarlas ¡Ventajas del periodismo!

El comercio de Bordeaux envía a las cámaras una petición a favor de la ley sobre las elecciones y pide le asignen a la industria su rango verdadero. Constant se interesa vivamente: los gobiernos deben respetar su independencia, pues el comercio los enriquece al mismo tiempo que a los particulares; su libertad es benéfica, pero necesita seguridad y garantías.

Europa entera ganará porque el espíritu comercial abolirá el espíritu de conquista, como ya lo había advertido en su crítica al imperio napoleónico, mientras insiste en la responsabilidad de los ministros, recoge los discursos pronunciados por el parlamento inglés y escribe sobre la trata de negros en Senegal. Huelga decir que en contra de ese comercio infame Constant hace todo un recuento de los horrores, y reconoce que “muchos crímenes han acompañado el triunfo de la libertad, aunque ninguno de ellos está justificado”. [*Ibid*, p. 929]

La Minerve no se ocupa de las personas, apunta Constant. Sólo en los principios somos inflexibles y si la autoridad desespera de nosotros o nos odia, es porque rechazamos favores particulares por vías oficiosas, no los aceptamos, ni guardamos silencio. Una facción puede querer las plazas y repartírselas. La nación sólo quiere principios y están garantizados por la Constitución.

Los problemas y los enfrentamientos se agudizan en Francia con el asesinato del duque de Berry en 1820. Violentos debates en las cámaras. Los ultra se lanzan contra el Ministerio y contra la izquierda, las medidas de excepción se suceden. Tal parece que la contrarrevolución vuelve por sus fueros, “las pasiones y el espíritu de partido prevalecen”. Y, sin embargo, hoy más que nunca hay que razonar. De lo contrario, la ley sobre las elecciones y la libertad de prensa pueden desaparecer. “Es decir, escribe Constant, ponen la seguridad, la propiedad, la industria y la existencia entera de todos los ciudadanos a la merced de la autoridad”. Toda arbitrariedad llama al despotismo —a las tinieblas— y las luces —el cosmos—, es decir, la posibilidad de un orden racional, desaparece.

La lucha implacable contra los ultra prosigue en *La Minerve*. Constant analiza atentamente los síntomas del momento: los periodistas arrojados de las cámaras, la alianza evidente del ministro con los realistas en contra de todas las disposiciones constitucionales. “Nada me sorprendería, todo es posible, todo en el momento que escribo es contradictorio.” [*Ibid*, p. 1210] Si la autoridad quisiera, ese partido funesto podría ser puesto en su lugar y “avanzamos hacia el precipicio, pero todavía no caemos [...] que cada quien haga su deber pase lo que pase. Yo cumplo con lo mío.” [*Ibid*, p. 1214]

La Minerve cumplió. Analizó severamente a tirios y troyanos y se basó en los principios. En el fondo parecía un proyecto entre las dos Francias, la que quería conservar todas las virtudes del antiguo régimen y la que pretendía una monarquía constitucional. Posición maniquea, sin duda, porque en la Cámara de Representantes

ESTA TESIS NO DEBE
VALER DE LA BIBLIOTECA

hubo abusos, ministros débiles, es decir, incompetentes, improvisados, leyes represivas. No era fácil superar los trastornos de la Revolución y del Imperio. La fragilidad era natural, sólo cabía esperar la razón y el tiempo.

La Renommée apareció el 15 de junio de 1819. Promete dar un cuadro del estado constitucional de Francia. Constant procede como “historiador fiel y espectador imposible”. Le gusta comparar la “gloriosa revolución inglesa” con la de Francia; comparar también a Napoleón con Cromwell. Deplora la fatal herencia que pesa sobre los ministros. Lo mismo sucede con las cámaras. Pero “hemos cambiado, ya las viejas anécdotas no interesan a nadie, el público se encargará de ser ‘policía de la prensa’, la indiferencia impedirá la frivolidad y a la exageración se opondrá el desprecio [...] ya nadie quiere leer libelos”. [*Ibid*, p. 1230]

Constant goza con las discusiones históricas porque “impiden dos cosas que pienso son verdaderos azotes cuando se quiere llegar a un resultado. Las declaraciones tan manoseadas que con la mejor voluntad del mundo no hay fuerza para escucharlas y una cierta metafísica que haciendo de su oscuridad un título de gloria, cree que debe ser respetable cuanto menos se la comprenda.” [*Ibid*, p. 1246] Según su costumbre, no hablará de personalidades y hará justicia a todos aquellos que se muestren razonables. ¡Dios quiera, dice, que pueda evitar igualmente mostrarlos, a veces, bajo un día ligeramente ridículo!

Discute con el *Conservateur*, *Le Quotidienne*, *Le Drapeau Blanc*, que buscan publicidad atacando a los liberales. Constant confía en el admirable instinto nacional, que no se equivoca nunca. Le acusan de exponer sus ideas al alcance de todo el mundo. “Lo que interesa a todo el mundo hay que escribirlo de tal manera que todos los intereses comprendan lo que escribe.” Insiste: la *Charte* no es perfecta pero es suficiente. Los hombres de Estado se muestran ansiosos por perfeccionarla, ¡singular espectáculo! Queremos estabilidad y los ministros lo impiden. Cuidado con ensayos peligrosos, parece

decir Constant, la *Charte* contiene los principios que permiten alcanzar la libertad. La opinión y el tiempo la pueden corregir, no los ministros.

Porque Constant confía mucho en el público ilustrado. El empleo sabio y mesurado de la prensa como instrumento de publicidad saludable desnudará la opinión ministerial y la de los ultra que se sirven de nociones inexactas, rumores mal fundados, pero nunca podrán tener el monopolio y reinar por el error y el sofisma en medio del silencio universal.

El *Mercur*, la *Minerve* y la *Renommée* fueron prohibidos por el gobierno. Era peligroso poner los principios al alcance de todos. Bajo el disfraz de la monarquía constitucional se ocultaba el despotismo difícil de erradicar, a pesar de las formas constitucionales. Sin embargo es lo único que tenemos para garantizar los principios libertarios. Por ello los defendía Constant, pese a la inevitable fragilidad de todas las asociaciones humanas y la telaraña siempre a punto de romperse y *¡tout se tient!*

2. Benjamin Constant, diputado por La Sarthe

Goyet, antiguo colaborador de *La Mercur* y liberal radical, invita a Benjamin Constant a convertirse en diputado por La Sarthe.² Una intensa correspondencia se establece entre ambos (400 cartas) y permite conocer el papel del flamante diputado en la conflictiva situación francesa de aquellos años que parecía olvidar los principios de la Revolución.

Constant escribe en *La Minerve* y en *La Renommée* y defiende ahora a sus representados. Junto al "pequeño Estado" aparecen las provincias con su cauda de abusos, prefectos, subprefectos, alcaldes, consejeros municipales, nobles reaccionarios que disputan a la izquierda los "distritos" y celosos también de la descentralización. Las

² Departamento situado al suroeste de París (a 150/180 kms). Tenía tres distritos o divisiones administrativas, La Flèche, Mamers y Le Mans, y multitud de cantones y comunas. Rica región agrícola, los *paysans*, profundamente individualistas, desconfiaban de la burguesía liberal, ahora propietaria de bienes nacionales. Su población era aproximadamente de 200 a 300 mil habitantes. La Sarthe colinda con La Vendée, célebre en la historia revolucionaria precisamente por la oposición católica y monárquica a la Convención. La insurrección vendéana brutalmente reprimida provocó un odio profundo hacia París.

provincias sugieren, exigen, demandan y sus liberales van más allá de los parisinos, prácticos y seguros de sus clientelas están decididos a evitar la contrarrevolución.

Diversas tendencias se manifiestan en las cámaras y los cambios se producen no sin dificultades. Pero el asesinato del duque de Berry —febrero de 1820— es el pretexto para evitar la liberalización del régimen. Los progresos electorales de la izquierda espantan a la derecha que acusa a la primera de jacobina y émula de la Convención del 93. La prensa caldea los ánimos y leyes represivas se suceden: suspensión temporal de libertad individual y arresto sin juicio a los sospechosos de complot, censura a los periódicos, nueva ley electoral. Aumenta el número de ultra en la cámara y el rey amenaza con disolverla, cambia ministros, las sociedades secretas agitan en las provincias. Atmósfera de sospecha y malestar.

Goyet escribe a Constant todos los días, le tiene al tanto de los problemas. Los electores liberales habitan en el campo y los agricultores y los comerciantes no esperan nada de los ministros. Están dispuestos a luchar por la libertad mientras la contrarrevolución avanza. Las provincias están plagadas de escritos ultra: *La Dominicale*, *L'avis du Roi*. Urge, pues, iluminarlas. Goyet lamenta que los liberales descuiden los departamentos: “tengan cuidado, señores parisinos.” [GOY, p. 38]

Constant, elegido por La Sarthe el 26 de marzo de 1819, envía una carta a sus amigos *shartois* y reafirma sus *Principios*, comenta los proyectos de ley, la responsabilidad de los ministros, quiere que la casa de cada hombre sea su “fortaleza inexpugnable” y que los periódicos de provincia penetren en la capital; que la prensa irradie no sólo del centro a la periferia sino entre las partes mismas; la opinión se extienda en favor de la libertad. Sólo cuando se establezca una comunicación completa se reavivará el espíritu público y está convencido de que las provincias rivalizarán en patriotismo y en *lumières*. Le pide a Goyet información detallada de todos los problemas y, al mismo tiempo, le recuerda que los intereses individuales están inmersos en el interés

general. Ya lo había afirmado una y otra vez en sus escritos, la uniformidad es mecánica, sólo la diversidad es vida.

Constant combate en la tribuna sobre el presupuesto y la economía en general señala la incompetencia de los ministros. Habla de los *ventrus*,³ término despectivo que se usaba entonces para todos aquellos diputados que aprobaban las leyes sin mayor análisis y eran incapaces de separar al rey de los ministros. Constant tiene siempre muy claro el marco constitucional: “los escritores liberales pueden y deben constituirse en tribunos y hacer demagogia en circunstancia graves, pero los diputados, en todas las circunstancias, son los defensores intrépidos y valerosos de la *Charte* y de las opiniones constitucionales”. [*Ibid*, p. 110] Sin estado de derecho, en otras palabras, la arbitrariedad se impone y se sucede.

Goyet se preocupa día y noche por las elecciones, lee todos los periódicos y considera que no se ocupan suficientemente del tema. Teme la improvisación, ya que el triunfo de los liberales depende absolutamente de la organización electoral. *Le Propagateur* shartiano habla con toda franqueza a su diputado parisino. Constant le pide paciencia: el ministerio vacila, los ultra amenazan y “los diputados no llegan a tiempo a las sesiones, la izquierda no puede concertar [...] necesitamos energía y prudencia, ganar las cuestiones de principio, tener instituciones al nivel de los acontecimientos”. [*Ibid*, p. 152]

Y Goyet continúa con la larga lista de los problemas provincianos: “la aristocracia sacerdotal y nobiliaria se refuerza con auxiliares peligrosos. El ministro ha decidido que los prefectos concedan autorización a todas las congregaciones religiosas, tendremos tantas escuelas como parroquias en el interior. Los publicistas de París no dan la debida atención a estos problemas.” [*Ibid*, p. 164]

³ Imagen caricaturesca del burgués advenedizo que lleva sombrero de copa, monóculo y puro.

Stendhal describe en *Le rouge et le noir* una ceremonia religiosa en Verrières, el *Te deum*, el incienso, los *paysans* ebrios de felicidad y de piedad, “una jornada semejante, dice, deshace la obra de cien números de periódicos jacobinos”.⁴ Señores parisinos, suplica Goyet, observen lo que pasa en los departamentos. Pero Constant sabe muy bien que no se puede inventar otro país. Pedía a Dios le concediera la reunión de las cámaras; “dénme una hora y yo les garantizo no que se repare el mal pero que sí sea conocido”. [*Ibid*, p. 171] Alertar la opinión es lo único que se puede hacer.

La lucha de las provincias contra las arbitrariedades del centro se pone de manifiesto a todo lo largo de la correspondencia entre Constant y Goyet. Si toda Francia está sometida a la capital, quiere decir simplemente que los intereses individuales de los que tanto se habla se anulan. Pero en París se acentuaba la división entre los liberales mismos, cada quien marchaba por su lado ya por impaciencia, ya por desconfianza o por afán de brillar. “Afortunadamente, señala Constant, todo sucede en el interior del partido y la necesidad puede hacer indispensable la unidad por temor a que se haga pública la división, de manera que la masa permanece igual a pesar de la pequeña fermentación de los amores propios y de los cálculos individuales.” [*Ibid*, p. 178]

Otro ministro, pugnas exacerbadas entre la izquierda y la derecha, y el monarca en un discurso a las cámaras habla de una vaga inquietud en el país y de la necesidad de establecer nuevas garantías o de revisar las disposiciones reglamentarias de la *Charte*. En un brillante artículo publicado en *La Minerve* formula Constant su *Adresse au Roi* y le recuerda que la intranquilidad es responsabilidad de los ministros. Hay una “verdad evidente” y sin salir del marco legal pone al rey en su lugar: “La iniciativa es un derecho del monarca, pero como todos los poderes constitucionales, reposa en la Constitución misma, yo no concibo una iniciativa ejercida en contra de la Constitución.” [REC, p. 1091] La ruptura entre la izquierda y los ministros parece decisiva y se pretende modificar la ley

⁴ Stendhal, *Le rouge et le noir*, p. 18. La Iglesia estaba arraigada con demasiada fuerza en las costumbres y vida de la población, especialmente en el campo y en las pequeñas ciudades. En La Sarthe, profundamente regionalista y ligada al suelo patrio, desconfiaban de la capital.

electoral. Constant insiste ante el rey: “La *Charte* es una garantía y la ley de las elecciones es la *Charte* puesta en práctica.” [*Ibidem*]

Y escribe a Goyet: “objetaré la violación de la *Charte* y si las cámaras pretenden constituirse en asamblea constituyente, como pretenden algunos, combatiré el artículo sobre las elecciones que los ultra pretenden manejar a su favor.” Los ultra pueden manipular a sus empleados, regidores, funcionarios y aumentar el número de diputados en los departamentos. El problema es muy grave puesto que la cámara está desorganizada. Constant se queja de “indolencia desesperante.” Los periódicos no ayudan, exacerbando odios y temores. Y relata a Goyet las “grillas” de los representantes de la nación: “He invitado a mis colegas a reuniones [...] en las comidas se bebe, se canta, olvidan que la línea de la cámara está aquí y se van sin hacer ni decir nada. Dádme tres hombres razonables y todo puede salvarse, pero se necesita que no amen ni la buena comida, ni el placer, ni la pereza, ni sus asuntos privados, ¿dónde encontrarlos?” [GOY, p. 214]

El jefe del Estado no puede cambiar la *Charte* sin consultar al pueblo representado por mandatarios investidos de poder constituyente.

El discurso de la Corona, en una monarquía constitucional, no puede contener ninguna proposición. Si contuviera alguna sería un acto culpable de los ministros quienes habrían abusado de la inviolabilidad real para eludir su responsabilidad. Por lo tanto, decir en presencia del trono que los diputados de la nación mantendrán escrupulosamente la obra del trono, no podría ser interpretado más que como una falta de respeto al rey. [*Ibid*, p. 294]

El artículo en *La Minerve* sube de tono: “Nosotros no responderemos al llamado del rey, pero nos afligimos cuando los depositarios del poder declaran que no se trata de lógica, ni de justicia y que la fuerza, ley de hordas salvajes y de estados despóticos, debe decidir todo.” [REC, p. 1094] Son armas poderosas las que esgrime Constant: principios, estado de derecho, razón.

Goyet lo anima: “yo puedo hacer actuar a los hombres, tengo influencias, imíteme usted si puede.” Constant está fatigado, afirma en sus propias palabras, de “consagrar mi

vida a un trabajo inútil. Hay momentos en que quisiera dejar todo al azar”. [Ibid, p. 221] Goyet insiste: “en la tribuna usted consuela, usted electriza.” [Ibid, p. 224] En un discurso improvisado, el 24 de diciembre de 1819, se traduce la manera habitual de Constant: provoca a sus adversarios para que declaren lo que no querían declarar, adopta el sentido aparente de los contrarios, juega su juego y con su ironía mordaz lo pone al descubierto. [Ibid, p. 224] Constant, como decía Goyet, electriza en la tribuna.

Los *shartois* lo idolatran. Goyet, más radical que nunca, asegura a Constant que los patriotas están dispuestos a luchar por la libertad. Las leyes de excepción se suceden con el asesinato del duque de Berry, pretexto para la opresión, y Goyet quiere protestar activamente. Escribe a Constant: “un pretexto, precioso antecedente, medio infalible para que los incorruptibles no puedan ser acusados de haber participado en la iniquidad de los corruptos.” [Ibid, p. 255] El escritor se inquieta, por supuesto, pero sabe que en los departamentos no hay una fuerza pública suficiente para imponer el orden y él sólo puede condenar las leyes represivas.

Se discuten en las cámaras, precisamente, las leyes relativas a la libertad individual y a la libertad de prensa por enésima vez, y la oposición liberal parece impotente para hacer valer sus puntos de vista. Goyet persevera en la protesta formal, escribir, gritar, defender la *Charte*, y si lo mismo sucede con la ley relativa a las elecciones de qué sirven los discursos, la ley pasará. Los patriotas sarthianos saben por experiencia que las controversias parisinas nunca terminan. Ha llegado la hora de dar pasos decisivos. Tal vez tenía razón Goyet.

Constant responde: “hay que aprovechar todas las ocasiones para decir verdades fuertes y no las desperdicio. Pero todo tiene un límite, después de haber hecho todos los esfuerzos posibles para defender nuestras libertades, no voy a cooperar para destruirlas.” [Ibid, p. 291] Su actividad en las cámaras era prodigiosa. El 5 de abril de 1820 pronuncia un discurso de gran estilo y ataca todas las arbitrariedades. Tal fue el éxito que se decidió

imprimir el discurso porque demostraba los conocimientos constantianos en finanzas y en todos los temas en general. “*Monsieur Benjamin Constant* desciende de la tribuna, en medio de la aprobación de la izquierda y desaprobación de la derecha; jamás alguno de sus discursos produjo esta viva sensación”, relata un testigo entusiasmado. [Ibid, p. 292]

Pero Goyet no queda satisfecho, no bastan los discursos elegantes: “si la ley de elecciones pasa sin protesta enérgicas, adiós a la libertad, no quedará más que la resistencia o la opresión.” Goyet se radicaliza, Constant modera. “Usted está seguro de sus amigos imperturbables constitucionalistas, usted sólo quiere convencer a algunos *ventrus* del peligro que corre la nación si se unen a la derecha”. Constant respeta su “manera de juzgar”, pero le relata que las cámaras están formadas en su mayoría por hombres que sin opinión razonable, sin odios, sin liga alguna con la *Charte* están dispuestos a vivir, ya sea con constitucionalismo o con despotismo. Los ministros los compran a precio de oro y todo les es absolutamente indiferente, se someten a la autoridad en turno, colman de elogios a los ministros a cambio de dinero y de honores. Pide prudencia a Goyet: “Francia está en peligro.” [Ibid, p. 319] Los peligros de todas las asambleas representativas en el mundo han sido vivamente pintados por Constant y, sin embargo, es lo único que está vivo, se agita, lucha en medio del marco constitucional debidamente limitado.

Las leyes represivas se suceden, tortuosas sesiones en las cámaras, los discursos nunca terminan, la izquierda se ausenta y se beneficia el Ministerio. “Entre nosotros, escribe Constant, dos o tres hablan con la certeza de que nadie los escucha, perdemos la ruta, no hay unidad.” Ya no cree ni en las garantías públicas ni en la seguridad individual. Goyet es vigilado y amenazado en La Sarthe, sus cartas confiscadas, pero se las arregla de mil maneras para comunicarse con su diputado. Se rompe la alianza entre los ministros y los moderados y los ultra controlan todo, destituyen prefectos en las provincias acusados de simpatías liberales y colocan antiguos archiultra. La censura cubre a Francia, se teme la disolución de las cámaras.

Pero Goyet no desespera y “como mi carácter no se presta a la clandestinidad”, confía en que La Sarthe será el departamento con mayor número de electores, peleará en cada distrito y no se espanta con la alianza de los ultra y los *ventrus*. El *Propagateur* circulará por doquier, mandará extractos de sus artículos a la *campagne*. Otras provincias, está seguro, seguirán su ejemplo. [Ibid, p. 355] La persecución contra él aumenta.

No se inmuta Goyet ante los ataques y aconseja a Constant multiplicar sus *brochures*. Aun cuando sean unas cuantas páginas se pueden publicar porque en los departamentos no gustan de lecturas prolongadas y, “sobre todo, nada de temas profundos, peligrosos para los autores e inútiles en la *campagne*”. Todo a precios módicos, gratis si es posible. Comisiones de voluntarios se encargarán de enviar la propaganda a las comunidades rurales y evitar que se deshaga el pacto social.

Constant visita La Sarthe y un gran recibimiento se prepara. La prensa describe los festejos, los *sarthis* se encargarán de la seguridad de *Monsieur y Madame* Constant. Las notas de Goyet son la única relación fidedigna de la estancia de Lafayette y de Constant en La Sarthe. Música, jóvenes entusiastas, vivas a Enrique IV, visitas a bibliotecas y propietarios y comerciantes, comida con el principal negociante elector del departamento.

A su paso por Saumur,⁵ el alcalde advierte a Constant que hay problemas, provocaciones, declaraciones irresponsables y comprometida la tranquilidad pública. El banquete ofrecido al diputado puede ocasionar trastornos. ¡Y los hay! Los realistas gritan ¡Viva el duque de Bordeos! ¡Abajo Benjamin Constant, jacobino! El subprefecto lo invita a abandonar Saumur, pero el diputado se niega y con un discurso improvisado afirma su “inminente superioridad” y hace pedazos los argumentos del subprefecto. Sale al día siguiente de Saumur en una marcha triunfal.

⁵ A 50 kms de Le Mans sobre el río de La Sarthe, había sido ocupada por los vendeanos católicos y monarquistas que detestaban a los jacobinos. Se comprende el rechazo a Constant en esta ciudad ultra. Los vivas a Enrique IV eran un insulto a los fanáticos vendeanos, quienes no olvidaban al rey protestante.

Incidentes como el de Saumur rodean a Constant de gloria. En París y en las provincias le aclaman, recibe cartas de toda Francia, jóvenes estudiantes ofrecen servirle como guardaespaldas. Goyet comenta: “La juventud y la clase laboriosa están orgullosas. Yo espero matar moralmente al subprefecto, ya está bastante aturdido, en mi próximo artículo termino con él, se lo prometo.” Constant sabe que el incidente se puede aprovechar políticamente en las elecciones. “Mientras más examino el estado de cosas —escribe—, más me parece que pueden llegar a decidir nuestro destino.” [Ibid, p. 417] Urge, solamente, un ministro que respete la *Charte*.

Goyet se preocupa, pide a Constant que tenga un *cabriolet* particular, salga siempre con un criado y arremete otra vez contra los parisinos. En La Sarthe se movilizan, escriben, gritan,

pero en la gran capital, cuya influencia debía llegar a toda Francia por la reunión de los primeros talentos y de las grandes fortunas [...] he reconocido en mi último viaje a París que el amor a los placeres debilita a los liberales y no dedican ni siquiera una hora al día a la cosa pública. Si la libertad se desvanece, se lo debemos a las costumbres parisinas, al poco celo de los liberales. Los diputados no han querido siquiera visitar los departamentos que representan, no trabajan para lograr el éxito en las elecciones, una vez diputados no se ocupan más que de los actos legislativos. [Ibid, p. 439]

Constant lo sabe, pero ¿qué hacer? ¡París será siempre París!, comenta. “Las reuniones de los diputados jamás conducirán a nada”, pero tiene un plan: “marcharé solo en la cámara, es decir, haré lo que considere útil, tomaré en cuenta a aquellos que piensan como yo, ya para que me sigan o para que se adelanten. No me ata el amor propio.” [Ibid, p.439] Insiste una y otra vez: la *Charte*, solamente la *Charte* puede salvar a Francia.

Las elecciones se complican en La Sarthe. Constant dirige una carta al ministro del Interior. Le pide a Goyet que difunda la carta y la envíe a París porque tendría mayor efecto si viene del departamento. La conducta de los prefectos es escandalosa e ilegal, siga usted mis consejos, escribe a Goyet. Y agrega:

Recoja todas las irregularidades que se cometan, constate el número de electores rechazados, mándeme pruebas, pero auténticas. Yo le prometo llevarlas a las cámaras, le prometo que repercutirán en toda Francia y ya veremos si los diputados avalan

elecciones fraudulentas. El prefecto de La Sarthe tiene reminiscencias imperiales, pero entonces no había *Charte* y los ciudadanos no tenían tiempo para ocuparse de sus derechos. [Ibid, p. 442]

En ningún momento pierde Constant la lucidez aunque las cosas se compliquen:

hace falta esperar, dejar venir los acontecimientos, mantenerse en los principios. Sé que este papel no puede mantenerse sin inconvenientes, uno se condena a una vida solitaria mientras en los departamentos se multiplica la violencia [...] pero cuando en una nación entera la opinión es inquebrantable, la fuerza cede o se quiebra y como no podemos influir en ella, hay que dejarla escoger. [Ibid, p. 530]

Aunque los ultra dominen el ministerio, Constant enfermo y cansado mantiene la fe en sus principios: la libertad no puede morir, es natural, se respira. “Alcanzaremos la libertad y ciertamente la haremos llegar a la generación que nos reemplace, por un camino o por otro.”

Constant es un convencido defensor de los eslabones de la cadena luminosa, de la obligación de preservar la herencia, mejorarla y transmitirla. Su lucha no es coyuntural y en medio del torrente sus fines son más hondos. “Hubiera querido que lo más dulce fuera lo más corto, pero no abandonaré la causa que sirvo desde hace tanto tiempo, ni por miedo al peligro, ni por cálculo personal.” [Ibid, p. 589]

Y relata Constant su estrategia a Goyet:

A toda costa hay que derribar el ministerio que nos libre de los ultra, dándose aires de moderación. Una vez fuera el ministro es cierto que tendremos un dominio archi-ultra, pero al menos tendremos sólo una especie de enemigos, los tímidos, y los de centro izquierda estarían obligados a seguirnos. Y si los ultra en su triunfo hacen tonterías que los pongan en evidencia, tal vez la parte de la nación que no quiera ver el porvenir para mejor dormir en el presente sería más sensible a las realidades que a todas nuestras predicciones. [Ibid, p. 608]

Aparece en la correspondencia un retrato de Constant:

El primero de nuestros publicistas, el más fino de los oradores, el más ingenioso, que difunde la causa de la libertad [...] tiene 54 años y usa anteojos [...] esta delicada ironía, esta fineza de elocución, esta elegante hipocresía de estilo que golpea a sus adversarios aparentando manejarlos [...] Todos los ataques que los franceses han sufrido durante treinta años, son ocasiones renacientes para desplegar su talento y su

celo [...] tiene la ventaja de saber iniciar el alegato, elaborar sus ideas y presentar sus puntos de vista con una lucidez conmovedora. [Ibid, p. 612]

La *bête noire* del parlamento, temido y admirado en toda Francia, defendía el sistema de libertad y la manera de garantizarlo.

El provinciano Goyet percibía muy bien la realidad y lo que ocultaba. “La antigua nobleza invadía las cámaras y los gobernantes felices ya tenían oposición. Es todo lo que necesita el despotismo para hacerle creer al pueblo que las leyes se debaten y que se vota con imparcialidad por parte de los representantes.” [Ibid, p. 614] Toda oposición, al fin y al cabo, colabora. Pero ni Constant ni Goyet se desesperan.

Las arbitrariedades prosiguen. Discurso de Constant:

Fuera de la *Charte* todo es usurpación. Al permitir el poder neutro este hecho, golpea de ilegitimidad su poder. Desgraciado el país cuyo gobierno está confiado a un partido que quisiera que los poderes del monarca se alejaran de la *Charte*. Puedo predecir que todo lo que es nacional se inquietará, se agitará, que ya no habrá ni seguridad, ni reposo, ni confianza, y que terminará por precipitar a la monarquía en el abismo —me molesta decir— que hace ya tiempo sigue ese camino. [Ibid, p. 635]

Constant se radicaliza, su lenguaje es incisivo. Otra vez se discute la ley sobre la libertad de prensa: “ustedes no tienen derecho a hacer esta ley, porque al hacerlo pierden su carácter constitucional, yo no puedo tomar parte aun votando en contra.” [Ibid, p. 643] Se fatiga con esta lucha violenta, sin razón, de gritos y sombrerazos. Goyet tiene un sentido más claro de la realidad: “señores parisinos, organicémonos.” Pero Francia no estaba madura para una resistencia legal masiva porque muchos años de trastornos la habían sumido en el conformismo.

No podía faltar la tragicomedia en la azarosa vida de Constant. Un día reclama al coronel Forbin satisfacción por una denuncia en la prensa, hecho que motiva un duelo. El escritor usaba muletas —se había caído del caballo en 1818— y sentado en su silla comenzó el tiroteo. Afortunadamente, los testigos pusieron punto final al encuentro. Goyet se pone furioso, “dos diputados de una gran nación se baten en duelo, ¡qué

vergüenza!, su ejemplo puede ser funesto. Use la prensa, la tribuna, no juegue al heroísmo. Honrado por los sufragios y usted de mosquetero”. [Ibid, p. 685] Constant responde: “¿Qué quiere usted amigo mío? La contrarrevolución ya está hecha y con la indolencia de la nación ya no hay nada que hacer, tal vez actué así por un deseo inconfesado de liberarme.” [Ibidem]

Las intrigas se suceden. El caso Saumur se ventila para evitar que Constant sea reelegido en La Sarthe. Los liberales no obtuvieron votos suficientes en el departamento. Constant, sabiamente, comenta: “lo que está entre las manos de los hombres y de los jueces está en las manos del azar.” [Ibid, p. 731]

El nombre de Benjamin emerge brillantemente en la historia parlamentaria de la Restauración. En 1824 fue elegido diputado por París y en 1827 por Estrasburgo. Representó a Alsacia hasta su muerte en 1830. Su experiencia política reafirmaba sus principios, era necesario que las asambleas representativas fueran libres, independientes, animadas, pero que sus excesos tuviesen un límite.

Las reglas que una asamblea se impone por su propia voluntad son ilusorias e impotentes. La misma mayoría que consiente encadenarse a las formas, las rompe cuando quiere. Las asambleas, en suma, son humanas, demasiado humanas. La imponente construcción constitucional de Constant no bastaba. Pero sin ella, el despotismo o la anarquía; no hay términos medios. Las futuras generaciones mejorarían la obra iniciada por sus antepasados ilustres.

3. La libertad de los modernos comparada con la de los antiguos

La querrela entre antiguos y modernos, en gran parte, define la Ilustración. Los últimos estaban convencidos de su superioridad, y de que la ciencia y la razón permitirían avanzar por el tortuoso camino hacia el progreso, no había vuelta atrás. Los defensores de los antiguos parecían ridículos frente a los partidarios de la modernidad.

Benjamin Constant, ya desde los *Principios* de 1806, se ocupa de antiguos y modernos. Siempre van juntos, no los separa jamás en el tiempo simultáneo, en la *chaîne* en que se encuentran. La razón, mediante el sacrificio de prejuicios, conquista nuevos puntos de vista modificables en el tiempo, pero ya no puede retroceder, dejaría de ser razonable. La dicotomía antiguos/modernos, como toda oposición de contrarios, tiene un apoyo secreto y permite utilizar ya a unos, ya a otros, para establecer semejanzas y diferencias. Cuando Constant habla del antiguo espíritu guerrero se refiere a Napoleón; si analiza la soberanía ilimitada en las repúblicas del pasado, su crítica se dirige a Rousseau y a Mably. En este movimiento que desarrolla en diversos planos, Constant nos lleva a Esparta y a Atenas, Egipto y Roma, y opone el sistema representativo de los modernos. No hay nada más vivo, más presente en una sociedad, que la relación sostenida con las imágenes del pasado, con sus ejemplos, porque descubrimos en ellos cosas para pensar el aquí y el ahora.

El célebre discurso sobre la libertad de los modernos, pronunciado en el Ateneo Real de París en febrero de 1819, era el resultado de una larga reflexión. En plena campaña electoral, un mes después sería diputado por La Sarthe y defensor del sistema de libertad en la tribuna y en la prensa, Constant aprovecha todos los medios de comunicación de la época en medio de la conflictiva atmósfera política de la Restauración, cuando las leyes represivas se sucedían y los ultra amenazaban con la contrarrevolución.

Así como Maquiavelo volvía a Roma para pensar la Florencia de su tiempo, Constant vuelve a los antiguos para pensar la Francia postrevolucionaria. Sólo el antiguo presente permite comprender la continuidad y la ruptura, jugar con la dicotomía antiguos/modernos, sentar a todos los convidados a la mesa y convertirlos en contemporáneos.

Constant establece en los *Principes* de 1806, cinco diferencias básicas entre antiguos y modernos. En primer lugar, el espacio modifica las relaciones entre los hombres. En territorios reducidos (seguramente pensaba en las ciudades-estado griegas) los ciudadanos tenían importancia personal y desde el punto de vista político cualquiera podía aspirar a gobernar. Pero en los vastos estados del presente “tenemos una nueva garantía, la oscuridad, y disminuye la dependencia de los individuos hacia la nación”. [PRI, p. 421] Muy hábilmente presenta al individuo ilustrado aislado, es cierto, pero decidido a ser libre.

Los antiguos eran guerreros. En *El espíritu de conquista* analiza Constant la violencia natural de esos pueblos para defenderse de sus enemigos, pero los modernos “por circunstancias extraordinarias y motivos que agitan los abismos del corazón humano, vuelven los odios más inveterados y las hostilidades más violentas [...] como, por ejemplo, durante la Revolución francesa.” [Ibid, p. 423] Crítica el Terror y a Napoleón, bajo cuyo imperio dominaba la fuerza, se sucedieron los sacrificios impuestos a los vencidos y la autoridad social vivía en estado de guerra. Nosotros, modernos, queremos instituciones libres y exigimos garantías. La comparación sirve a Constant para criticar el anacronismo napoleónico de principios del siglo XIX.

La tercera diferencia toca el tema del comercio. Por simple razonamiento, dice Constant, la guerra lo precede pero ambos tienen el mismo fin: “asegurarse la posesión de lo que parece deseable [...] el comercio es un homenaje rendido a la fuerza del propietario, es el deseo de obtener a toda costa lo que no podemos obtener por la violencia.” [Ibid, p. 425] El comercio es el “cálculo civilizado”. Racionalizar la guerra, si bien se mira, no quiere decir que la violencia desaparezca, simplemente se disfraza.

Todos los pueblos de la tierra han practicado el comercio. ¿Cuál es la diferencia entonces con los modernos? Constant se detiene en Fenicia, en Roma, en los medios de navegación. Pero no es lo que le interesa demostrar. Busca en la antigüedad otra variable:

la libertad política, y la encuentra en Atenas, guerrera y comerciante a un tiempo. Por ello gozaban sus habitantes de derechos políticos, mientras Esparta vivía bajo el despotismo.

El sistema comercial aumenta la extensión de la autoridad social y la limita a su vez. El crédito se internacionaliza, la circulación se expande, el dinero se esconde o huye. El comercio aísla y une por mil canales que los gobiernos son incapaces de controlar y emplear, la fuerza es inútil. En suma: “el estado moderno se debilita y los individuos son más fuertes que el gobierno.” [*Ibid*, p. 426] Constant recurre a toda su erudición para demostrar que durante las guerras del Peloponeso los atenienses sacaban su dinero de la *polis* y lo enviaban a las islas donde el capital circulaba libremente. Bajo su mirada, Atenas se moderniza. Cuarta diferencia importante: ya no existe la esclavitud.

Los hombres han envejecido veinte siglos y Constant exalta la juventud de los antiguos, su vida moral, que tenían ilusiones, fe, entusiasmo, desprecio por la muerte, indiferencia ante el dolor. Compara la *Andrómaca* de Racine con la de Virgilio y su preferencia por el gran poeta latino. “La imaginación reinaba sobre los antiguos, la razón entre nosotros.” [*Ibid*, p. 428] Pero en sus comparaciones rescata lo que quiere, pues sabía muy bien que los presocráticos inventaron el *logos* y él habla simplemente de la razón ilustrada.

La imagen que presenta sobre los modernos puede parecer deprimente a un lector despistado. “La especie humana se parece a un individuo. De joven cree amar el universo, pasan los años, pierde el entusiasmo y se recoge en sí mismo, en el *bonheur* doméstico, quiere solamente paz y tranquilidad y se conforma con un pequeño número de leyes que las garanticen” [*Ibid*, p. 433], pero, al igual que los antiguos griegos, exige la libertad política, arma fundamental de los modernos. La libertad es natural, se respira, es eterna y ningún gobierno “estacionario” puede impedir que la *chaîne* prosiga su ruta luminosa. Las condiciones han cambiado, es cierto, pero desde el punto de vista material. Los

Principios son atemporales, la oposición de los contrarios se desvanece y hallamos íntimamente unidos a antiguos y modernos ¡*Tout se tient!*

El discurso de 1819 recoge las cinco diferencias ya analizadas. Ahora va a establecer dos clases de libertad: “aquella tan querida de los pueblos antiguos” y “aquella cuyo goce es particularmente precioso para los modernos”. [LIB, p. 493] Inmediatamente habla del sistema representativo y pone ejemplos, como siempre: Esparta y los éforos, los galos y la teocracia. Estos ilustres antepasados de los franceses son el modelo que quisiera imponer un cierto partido. Es evidente que se refiere a los ultra. Roma y sus tribunos y una cierta “misión representativa” para defenderse de la oligarquía, “igual en todos los siglos”. [Ibid, p. 494]

La libertad de los modernos se encuentra en los Derechos Universales del Hombre y del Ciudadano y para garantizarla influye decisivamente en la administración del gobierno mediante la representación. Atenas, otra vez, era la única que se parecía a los modernos: “hacían leyes los atenienses, examinaban la conducta de los magistrados, incluso Pericles rendía cuentas.” Ejercían, ya lo había señalado, aquella libertad tan querida. Tomaban parte en la soberanía nacional y estaban dispuestos a sacrificarse por conservar sus derechos políticos; “cada uno estaba orgulloso del valor del sufragio, de su importancia en la organización administrativa del estado”. Estaban en la juventud, pero en la vejez, “perdido en la multitud, el individuo casi no ejerce influencia alguna, jamás su voluntad se imprime sobre el conjunto”. [Ibid, p. 501] Los elogios a los antiguos prosiguen, al parecer como un llamado a la acción.

Cuando contemplamos la augusta antigüedad queremos imitarla, sobre todo cuando vivimos bajo gobiernos arbitrarios. Rousseau y Mably aparecen en el discurso. El primero, filósofo ilustre, trasladó al presente la soberanía ilimitada de los antiguos. Retoma Constant la crítica expuesta en los *Principios*: quería la libertad, pero su “modelo” propicia funestas tiranías. Todas las armas constantianas contra el abate Mably,

es decir, contra Esparta. “Confundió la autoridad del cuerpo social con la libertad [...] hubiera querido que aquella penetrara hasta la más sagrada intimidad [...] su ideal era un vasto convento.” [Ibid, p. 504] ¡Cuidado con los imitadores modernos de la antigüedad!, nos llevaron a la metafísica de Rousseau y a la austeridad de Mably. Todo sacrificado a la voluntad colectiva.

Los modernos se apoyaron en el pasado más abyecto y retomaron el ostracismo. Napoleón lo introdujo en 1802. Ya conocemos el exilio de Madame de Staël en Suiza. La censura (evoca a Roma) es inaudita en una sociedad moderna. Se discute en las cámaras una ley para censurar los periódicos en Francia y Constant, en el discurso, habla de una “asamblea a la romana”. Retoma el tema de la educación y el interés de los gobiernos por controlarla, sirviéndose de citas antiguas y una vez que ha criticado duramente su presente exclama: “Nosotros somos modernos y queremos gozar de nuestros derechos, desarrollar nuestras facultades como mejor nos parezca, sin molestar a nadie.” Y agrega: “Yo suplico, humildemente, a la monarquía constitucional no pedir prestado a las repúblicas antiguas los medios para oprimirnos.” [Ibid, p. 508]

La libertad individual, repite, es la verdadera libertad moderna y la libertad política es la garantía. Tema favorito de Constant desde los *Principios*. “Poseemos todavía hoy, dice, *los derechos que hemos tenido en todos los tiempos, derechos eternos* (el subrayado es mío) a consentir las leyes y a deliberar sobre nuestros intereses y ser parte integrante del cuerpo social del cual formamos parte.” [Ibid, p. 510] Los gobiernos tienen nuevos deberes. Los “centinelas” de Constant vigilan para que no nos molesten.

Vuelve al tema del comercio y la libertad que exige el sistema representativo: “organización con ayuda de la cual una nación deja en manos de algunos individuos lo que no puede o no quiere hacer por sí misma.” [Ibid, p. 512] En toda la historia antigua y moderna, los pobres hacen ellos mismos sus tareas y los ricos tienen sus intendentes.

El sistema representativo nos permite gozar de nuestra libertad individual y designar a nuestros emisarios para la administración. Pero “a menos que sean unos insensatos, los hombres ricos examinan con atención y severidad si cumplen con sus deberes, si son corruptos o negligentes. Si no sirven, simple y sencillamente revocamos su poder”.
[*Ibidem*]

Los modernos “oscuros”, “aislados”, dice, no renunciaremos jamás a nuestro sacrosanto derecho de ejercer la libertad política y nos encargaremos de ser felices a nuestra manera. El gobierno tiene límites y nosotros exigimos garantías constitucionales, pues de ellas depende el goce individual. La crítica va dirigida a los ministros de la Restauración que, sobre el estado de derecho, cometían una sarta de arbitrariedades.

Constant vuelve al sistema de la *perfectibilité*. El goce verdadero está en las *lumières*, en el desarrollo intelectual y moral. “No es al *bonheur*, es al perfeccionamiento al que nos llama el destino.” Y eleva la libertad política “al medio de perfeccionamiento más poderoso, más enérgico que nos ha dado el cielo”. [*Ibid*, p. 513] El verdadero poder de los modernos es la opinión, que está en todas partes y que escapa al control de la autoridad. Y la libertad política es terrible si se expresa en la tribuna y en la prensa, en las provincias, en las academias, en todas partes. Y entonces describe Constant vivamente el paisaje político de la Restauración, el patriotismo que reina en los departamentos, los sufragios que recompensan a personas ilustres.

Una vez que ha elogiado a los antiguos y a los modernos, Constant sorprende a su auditorio. Lo había llevado por diversos planos entre Roma y Cartago, Grecia y Egipto, al sistema representativo, y cuando todos estaban convencidos de ser profundamente modernos, exclama: “No quiero renunciar a las dos clases de libertad de las que he hablado. Hay que combinarlas.” [*Ibid*, p. 514] Volver a la juventud, a la pasión, al heroísmo de los antiguos, arrancar a los modernos del *bonheur* doméstico.

La libertad política, profundamente ética, eleva a la más alta dignidad moral, educa a los ciudadanos para que las *lumières*, en su sentido más profundo, destierren las tinieblas del despotismo. Lucha apasionada por la libertad, fin supremo y último, y asegurar los medios para alcanzarla.

Constant, en el discurso, hace la crítica radical de la Francia de su tiempo, a los ultra que destruían los principios de la Revolución del 89 y pretendían llevar a la nación al antiguo régimen. El pasado se une al presente para ilustrar otro país que ha superado el Terror y el Imperio y que goza, ahora, de una monarquía constitucional. Atenas es el modelo en la larga historia de Occidente, allí nacieron el *logos* y la libertad y está detrás de nosotros, inevitablemente. La libertad política de los modernos evitará que Esparta regrese, es decir, el despotismo.

IV. POLÍTICA, MORAL Y RELIGIÓN

Cuarenta años dedica Constant a su obra más querida. Entre los ires y venires de su agitada vida política, pasa meses y años en la investigación sistemática de las religiones, consulta archivos y bibliotecas, conversa con Goethe y con Schiller, lee atentamente a Herder, se ocupa del imperativo categórico kantiano, de Oriente y Occidente, de griegos y romanos. Durante la Restauración publica cuatro libros, otro aparece después de su muerte y dos volúmenes sobre el politeísmo hasta 1833. En comparación con esta obra tanto tiempo meditada, hecha y vuelta a rehacer, sus escritos políticos parecen de circunstancia.

Constant intenta separar moral y religión para conservar la autonomía del individuo que posee su "rincón de religión". Separar religión y política para mantener a la primera lejos del control de las autoridades "estacionarias" e impotentes para determinar lo verdadero y lo falso, problema meramente individual. Estudia la evolución de las religiones en la marcha progresiva de la especie y distingue las sacerdotales de las que no lo son. Quiere una religión sin dogmas ni certezas. No acepta el cristianismo, pero su moral se acerca; propone la moral del desinterés, de la responsabilidad, para lograr la autonomía plena del hombre y lo arranca de la cadena mecánica de causa/efecto.

Tres ideas íntimamente unidas: libertad, condición para el progreso; sacrificio voluntario para el perfeccionamiento; y sentimiento religioso como ideal y puerta abierta a lo desconocido. Constant analiza cuidadosamente los hechos, las experiencias religiosas simplemente porque existen, pero no abandona jamás su rincón de religión tan profundamente interior que Dios parece ausente. Y, sin embargo, "soy demasiado escéptico para ser incrédulo", repite una y otra vez.

1. *Primeros pasos*

Antes de 1806: Coppet, lugar próximo a Ginebra, casa de los Necker. Allí reina *madame* de Staël, rodeada de varones ilustres, entre ellos Benjamin Constant.

Durante quince años una tempestad de lágrimas, gritos, injurias y caricias cubrió a esa pareja maldita, dispareja, que no podía vivir ni junta ni separada. Ante tal empecinamiento —escribe Michel Tournier—, en la desavenencia o en la fidelidad, sólo nos queda pensar que ese infierno les era necesario a ambos y que sus respectivos genios encontraron en él su alimento indispensable.¹

Allí escribió Germaine su libro sobre Alemania y Constant sus *Principios*, así como sus primeras reflexiones sobre religión. ¿Influencias? En ese medio cosmopolita reinaba el arte de la conversación. Problemas religiosos exigentes se discuten en Coppet: la razón estoica, el imperativo categórico, el sistema de perfectibilidad, el entusiasmo, la pasión. Todos los huéspedes ejercen su libertad de expresión unidos en contra del despotismo napoleónico.

Los primeros escritos oscilan de una idea a otra, ¿cómo abordar temas religiosos de innumerables facetas en una época “desacralizada”, los ilustrados ateos o incrédulos y el pueblo entre tinieblas? Constant piensa en sus amados griegos y en el politeísmo, puede oponer entonces el politeísmo al teísmo. Encuentra en la teocracia de los pueblos llamados primitivos el orden sacerdotal y ve en ella la expresión del poder arbitrario. Teísmo y politeísmo se suceden en la marcha progresiva. En las religiones sacerdotales, los ministros consideran útil hacer intervenir a los dioses en las relaciones recíprocas entre los hombres e introducen la moral en la religión a nombre de un “ser desconocido”. Tiene razón Constant, las normas religiosas fundan las sociedades. El *sí* y el *no* están en el origen. Al arbitrio de la élite, en este caso los sacerdotes, se establece la moral.

“Hacer de la religión la base de la moral es peligroso, porque al debilitarse una, la otra también se debilita.” [ESP, p. 63] ¿Es posible, acaso, la moral basada en principios puramente humanos?, ¿es posible separar lo que por milenios ha estado íntimamente

¹ Michel Tournier, “Germaine Necker de Staël”, en *El vuelo del vampiro*, p. 79

unido? La debilidad de ambas es un problema social y político. Por ejemplo, durante la revolución francesa se borró la religión del mapa y a los ojos de Constant fue una arbitrariedad. Dejar hacer, proteger, procribir, ¿cómo separar política y religión?

Sólo la moral en toda su pureza puede ignorar a la religión, ya lo había señalado en los *Principios*: “como sentimiento, como afección, la moral se pronuncia después de mil *nuances*, mil ramificaciones, mil delicadezas imposibles de precisar. El verdadero juez de la moral es el corazón del hombre.” [PRU, p. 602]

Nada parece tan sencillo y, no obstante, la influencia de la religión es real, no *factice*, “se compone de costumbres y de recuerdos, de sensaciones, de misterios, de esperanzas vagas, de temores transmitidos desde nuestros primeros años, en fin, de todas las nubes de la imaginación que se acomodan y se colorean”. [ESP, *op. cit.*, p. 87] En esta esfera cuasi sagrada, el gobierno no tiene ningún derecho a intervenir. Estas ideas recibidas desde fuera son lo que Constant denomina religiones libres o no sacerdotales.²

Moral, política y religión pueden separarse analíticamente, pero en el mundo real las cosas se complican. El sentimiento religioso puramente individual no se puede imponer a otros, sería una tiranía y Constant lo separa del cuerpo social, pero la religión tiene efectos sobre la sociedad y no se puede limitar a un sentimiento porque desaparece. Las religiones naturales constituyen por sí mismas un universo y las sacerdotales se imponen por doquier. El individuo, en suma, con todas sus facultades intelectuales “progresivas” y sus sacrosantos derechos se encuentra inmerso en una telaraña y *¡tout se tient!*

Hay que ir paso a paso, época tras época. Constant comienza a precisar una idea, base de sus trabajos sobre religión:

existen todavía relativamente en la religión ideas fundamentales, de las cuales no puede apartarse la inteligencia humana. Pero además, en el espíritu humano hay un

² En *L'institution imaginaire de la société*, Cornelius Castoriadis señala que una sociedad existe al instaurar un espacio de representaciones en las que participan todos sus miembros y nunca se encierra en su existencia “real” o “racional”. Las normas y valores que rigen su mundo dependen de lo imaginario social. Toda institución heterónima de la sociedad ha sido central y esencialmente religiosa.

principio de desarrollo y de progresión que se aplica a la religión como a otros objetos exteriores sobre los cuales se ejerce. Las ideas fundamentales se modifican, en consecuencia, gradualmente y de una manera regular. Es lo que se puede llamar la marcha gradual de las religiones.³

La representación ilustrada va tomando forma, no sin dificultades.

Porque la religión crea pasiones poderosas: entusiasmo, superstición, fanatismo. Constant intenta definir las. Entiende por divinidad “un número cualquiera de seres superiores a la especie humana y en relación con ella”. Hay entusiasmo “cuando un pueblo se siente protegido especialmente por su divinidad” y “si la relación es de severidad, exigencia, impone leyes *bizarres*, sacrificios humillantes y deberes arbitrarios”, nos encontramos con la superstición. Ambas pasiones son “poderes-madres” de la religión y el fanatismo incluye a las dos. Constant no juzga, busca comprenderlas porque rodean toda la existencia humana y “una religión es más poderosa por sus pasiones que por el ser mismo a quien adora”.⁴

La moral se ve seriamente afectada en el teísmo porque la protección especial de un dios lleva a los pueblos que lo practican a la injusticia, al desprecio, tolerancia “desdeñosa” por la confianza en su fuerza. pero no todo es negativo, puede el teísmo conducir a la esperanza y a la caridad. La religión musulmana lleva al entusiasmo y gradualmente el poder civil se sirve de él. El cristianismo, por ejemplo, excitó las pasiones religiosas en las Cruzadas. El judaísmo, en su pureza, temía aliarse con los pueblos que subyugaba.

En las religiones sacerdotales, los misterios que constituyen su parte esencial, degeneran en dogmas antitéticos a la razón y las arbitrariedades se suceden. Un solo Dios y su pueblo han provocado guerras y conquistas “legítimas”. Y entonces, ¿cómo separar política y religión? Si las pasiones son “instrumentos de la voluntad”, decía Constant en su ensayo sobre la *perfectibilité*, ¿cómo digerir los licores fuertes?

³ Pierre Déguise, *Benjamin Constant méconnu*, p. 59.

⁴ *Ibid*, p. 278.

En esta etapa, Constant prefiere el politeísmo, ajeno hasta cierto punto a estas pasiones y a la religión que se divide en sectas diversas, y es por lo tanto más razonable, porque “a medida que el hombre recupera el dominio de sí mismo, se vuelve más justo y menos apasionado”.⁵ Pero no se hace ilusiones, “la desgracia no parece jamás a los hombres algo natural, siempre tratan de explicarla con causas misteriosas”.⁶

El imperativo categórico kantiano se discute en Coppet: la moral del deber ajena al interés bien entendido, que parece ya cosa del pasado. También el utilitarismo de Bentham, duramente criticado por Constant en los *Principios* y en toda su obra: el derecho es un principio, no un problema de utilidad. Nada más lejano al grupo de Coppet que la medición de los placeres y el *bonheur* benthamiano ajeno a la espiritualidad, fin supremo del individuo. ¡El deber es una cosa admirable!, dice Constant, y *madame* de Staël:

la libertad es el fundamento de la doctrina del deber, puesto que si el hombre es libre, debe crearse a sí mismo motivos todopoderosos que combatan la acción de los objetos externos y dejen libre a la voluntad del egoísmo. El deber es la garantía de la independencia metafísica del hombre.⁷

La moral kantiana como base y relación con los otros permitía separar al individuo del cuerpo social y unirlo con sus semejantes. Derechos y deberes y los escritos de Constant se tiñen de color kantiano. En su biblioteca, durante la Restauración, aparece la obra completa del filósofo de Königsberg. No interesa analizar hasta qué punto lo siguió o lo comprendió, pero el imperativo categórico lo acompaña en sus *nuances* constantianas. Los huéspedes de Coppet podían darse el lujo de pasar sus veladas hablando de la razón estoica, del deber, de la vida del espíritu, temas sobre los cuales los gobiernos “estacionarios” no tienen derecho a lanzar su mirada.

⁵ *Ibid*, p. 283.

⁶ *Ibid*, p. 280.

⁷ *Ibid*, p. 86.

El espiritualismo de Constant, la profunda raíz ética de su liberalismo no era para todos. Una élite ilustrada se imponía a sí misma el imperativo categórico para que los principios se preservaran. “La tolerancia, virtud suprema, es imposible en una religión dominante y es muy difícil ejercerla en toda religión reconocida por la autoridad.” [ESP, *op. cit.*, p. 120] Inevitablemente, la moral, la religión y la política se separan y se unen y el individuo, en el fondo de la inmensa telaraña, sólo conserva su “rincón de religión”.

Porque “si la moral es el triunfo del ser intelectual sobre el ser físico, sólo el sacrificio de la sensación del momento a consideraciones más altas puede permitir el progreso de las *lumières*”. [Ibid, p. 131] Si bien se mira, esta separación también es *factice*, no real. Y Constant lo sabe. El ser entero se entrega apasionadamente y no es fácil intelectualizar de tal manera el mundo, sólo una élite podía hacerlo y se convertiría en la misionera espiritual de la marcha progresiva. Tarea de gigantes, sin duda, pero es la garantía de la dignidad humana. Los hombres ilustrados pueden matizar, conciliar y explicar al pueblo sometido a las religiones sacerdotales y no sacerdotales.

2. Los Principios de 1806

La libertad religiosa está íntimamente unida a todas las libertades, la autoridad simplemente vigila para que nadie disturbe. Si la religión hubiese sido libre, dice Constant, merecería todo el respeto “porque las causas de nuestras penas son numerosas, buscamos consuelo en la religión, compañera fiel, ingeniosa e infatigable amiga del infortunado”. [PRII, *op. cit.*, p. 120] ¿Y cuál hombre no lo es?

La religión es una emoción natural y sólo queda describirla, pues es imposible de definir.

Todo lo que parece sin límites es producto de la noción de inmensidad, la vista del cielo, el silencio de la noche, la vasta extensión del mar, la conciencia de una acción valerosa, de un género de sacrificio, de un peligro salvado milagrosamente, del dolor del otro [...] todo lo que eleva en el fondo de nuestra alma los elementos primitivos de nuestra naturaleza, el desprecio al vicio, el odio a la tiranía, nutren el espíritu religioso [...] pasiones nobles, delicadas y profundas [...] en esas pasiones hay algo de misterioso. [Ibidem]

Sentimiento religioso y moral se corresponden en las religiones naturales de que habla Constant y cubre, en gran parte, la esfera de nuestra vida. Somos animales religiosos, decía Emund Burke, y no políticos, como quería Aristóteles. Separa Constant, cuidadosamente, ese sentimiento natural de toda intervención política y sacerdotal, lo aleja incluso del razonamiento que puede lucubrar al infinito, pero es incapaz de explicar ese algo misterioso que todos llevamos dentro. Para tratar de comprender “esa pasión, la más pura”, Constant recurre a la vivencia estética:

Un hombre de genio decía que frente al *Apolo* de Belvedere o un cuadro de Rafael, se volvía mejor. Hay en la contemplación de lo bello, algo que nos aleja de nosotros mismos, haciéndonos sentir que la perfección existe y esta convicción nos inspira un desinterés momentáneo, despierta en nosotros el poder del sacrificio, poder madre de toda virtud. [*Ibid*, p. 159]

Constant eleva el sentimiento y la moral a lo sublime, a todo lo que es bello, íntimo, profundo. Tal vez todo ello se reúna en la idea de Dios: el asombro ante el misterio.

Ausencia de sentimiento religioso no quiere decir, sin embargo, ausencia de moral, hombres superiores meditan, estudian, razonan, y tienen escrúpulos. En el común de los mortales, por lo contrario, esta ausencia puede conducir a la frivolidad, al egoísmo, al refugio en pequeños intereses, afirma Constant. Pero a todos indigna la imposición de una religión o la persecución de las opiniones y la revuelta es natural. Proscribir una religión es tiranía.

¿Por qué se ataca una religión? Porque se ha desnaturalizado, dice Constant. Se ha convertido en una religión sacerdotal que ha perseguido al hombre “en este último asilo, en este santuario íntimo de su existencia”. La autoridad sacerdotal ha convertido a la religión en una institución amenazante, ha impuesto dogmas y ha “sometido a la imaginación en sus conjeturas y al corazón en sus necesidades”. [*Ibid*, p. 161] Los hombres han sido obligados a abandonar sus sentimientos religiosos naturales en aras de una moral *factice*.

La independencia moral conduce a la duda, “que no excluye el sentimiento religioso [...] de la duda puede llegar la luz. Dudar no es negar, es ignorar”.⁸ Por ello, el libre examen, el rechazo de todo juicio que no haya sido sometida al tribunal de la razón. Los incrédulos han sido furiosamente atacados por los devotos y la vanidad se ha apoderado de ellos.

Para Constant el ateísmo no es más que “un principio de revuelta contra toda imposición intelectual”. No cree, sin embargo, que los ateos hayan perdido totalmente su rincón de religión. De ser así, “dejémoslos en paz, arrojarán su triste mirada sobre el mundo despoblado de dioses, despoblado de imaginación y de poesía [...] un universo sin vida [...] se rompe la comunicación entre el pasado, el presente y el porvenir”. [*Ibid*, p. 162] Si la religión es natural y libre, el mundo recupera su espíritu y el ateísmo, que no hubiera encontrado intolerancia, terminaría en la indiferencia, la apatía o el silencio.

Dejar libre a la religión es liberarla de todos los ataques; defenderla o aliarse con ella es incitar a la intolerancia y la “independencia intelectual volverá a atacarla”. La religión desata pasiones incontrolables entre quienes la defienden o la censuran. Si el gobierno deja hacer, las luces permiten desterrar el error paulatinamente. Además, verdad o error, son problemas individuales y nadie tienen derecho de imponer una opinión.

Pero gobiernos y sacerdotes se refugian en la intolerancia. Y Rousseau vuelve a escena. Constant critica la profesión de fe puramente cívica del vicario saboyano, ese “sentimiento de sociabilidad” cuyas normas fija el soberano y puede expulsar del estado a quien lo rechace o discuta. [*Ibid*, p. 163] Y el estado “no tiene porqué decidir mis sentimientos, no me obliga a creer pero me puede castigar, ya no me tacha de impío pero sí de insociable, se abstiene de sutilezas teológicas pero se pierde en una moral hipotética totalmente ajena a la jurisdicción natural”. [*Ibid*, p. 164] Y arremete, nuevamente, contra los errores funestos de *El contrato social*. “Porque la intolerancia civil es tan peligrosa, más absurda y sobre todo más injusta, que la intolerancia religiosa.” [*Ibidem*]

⁸ Georges Poulet, *Benjamin Constant par lui-même*, p. 70.

Ya había hablado del sentimiento religioso puramente individual. Imponer una opinión, repite una y otra vez Constant, es tiranía aunque lo haga el soberano, y aceptarlo sería justificar el autoritarismo político. Tal vez, influido por su reflexión sobre el Terror, se indignaba con esta mezcla confusa de intolerancias, difícil de separar una vez permitida una arbitrariedad. Parece que religión sacerdotal y estado se corresponden y ello saca de quicio al escritor.

La multiplicidad de sectas parece entonces lo más conveniente, la opinión se diversifica y no se impone una sola profesión de fe; sería saludable, pues los dogmas no se petrifican y la moral se vuelve más escrupulosa. El protestantismo, dice Constant, reformó las costumbres de la Iglesia romana; lucha feliz, porque éstas “se mejoran por ese impulso natural y de honorable rivalidad.” [*Ibid*, p. 166] El término “impulso”, frecuente en el vocabulario constantiano, significa también “dirección incalculable”. Tal parece un juego de azar. Las sectas, en suma, son benéficas; si son numerosas el gobierno no se ocupa; dos o tres, conviene vigilar, pero una secta dominante es peligrosa para todos, es un problema político.

Siempre que la autoridad interviene en materia de religión hace mal. Las medidas represivas son inútiles, ni siquiera Luis XIV, en pleno absolutismo, pudo impedir que la duda penetrara en el espíritu de los súbditos, el “impulso filosófico” derrumbó todos los diques. Restablecer una religión en medio de un siglo escéptico es una arbitrariedad —probablemente piensa en el Concordato bajo el régimen napoleónico. Peor aun el axioma funesto de que el pueblo necesita religión, le indigna que se la considere útil. Constant coloca la religión más alto porque puede crear una moral, “no para reprimir, sino para ennoblecer todas las virtudes”. [*Ibid*, p. 170] En suma, la tolerancia en materia religiosa no sería más que la libertad de cultos presentes y futuros.

Y Constant aconseja dejar libre a la religión, separarla de la política, porque al fin y al cabo “la superstición no es funesta más que cuando se la protege. No irritarla con

injusticias. Así se convertirá en una pasión inocente y se apagará pronto, ya no podrá interesar por sus sufrimientos o imponerse por su alianza con la autoridad". [*Ibid*, p. 175] La superstición todopoderosa se convierte así, de un licor fuerte, en un licor espirituoso que sirve para animarnos y se la puede digerir con mayor facilidad.

Termina su análisis de la religión en los *Principes* de 1806 con un profundo respeto a la opinión. Constant es laico en el verdadero sentido de la palabra:

Error o verdad, el pensamiento del hombre es su propiedad más sagrada. Error o verdad, los tiranos son igualmente culpables cuando lo atacan. El que proscribiera a nombre de la filosofía especulativa la superstición, el que proscribiera a nombre de Dios la razón independiente, merece igualmente la execración de los hombres de bien. [*Ibid*, p. 175]

Pero los gobiernos no son tolerantes, no quieren aceptar que la religión no es asunto suyo y se empeñan en dirigir o controlar las *lumières*, al igual que las religiones sacerdotales. Si se sirven los gobiernos de la religión, ¿cómo separarlos?, ¿cómo preservar la moral? Sólo nos queda el rincón de la religión.

3. Años difíciles

1807 y 1810: años difíciles para Constant. Padece una crisis sentimental, intelectual y moral. Disputas interminables con *madame* de Staël y un nuevo amor, Charlotte de Handberg, su futura esposa. Se refugia en una secta llamada "Almas interiores", pietista. Vive al día, se abandona, se somete a la "potencia misteriosa", habla de abnegación de la voluntad. El crítico agudo de las religiones sacerdotales piensa ahora que la religión puede resucitar a los muertos y espera milagros. Escribe, al mismo tiempo, *Adolphe* y *Wallstein*.

La experiencia mística constantiana ha sido objeto de muchos comentarios. La verdad es que "su extrema lucidez, al decir de Pierre Déguise en su espléndido libro *Benjamin Constant méconnu*, le mostró muy pronto que no hay verdad absoluta y que toda afirmación es ambigua, necesitaba un poco de aire, no encerrarse en su propia

opinión, tomar distancia hasta consigo mismo, necesidad de dejar una puerta abierta”.⁹ Las simpatías pietistas de Constant lo acostumbraron a no prever jamás, “el cielo decidirá”. Pero esa experiencia espiritual profunda no puede extenderse a todo el género humano.

En su correspondencia con Prosper de Barante, Constant denuncia la Francia imperial, donde todo es uniformidad, “nada tiene carne ni sangre”, es decir, todo es *factice*, “nada real en esa sociedad incierta, sometida a la decrepitud [...] la China europea. conformismo, conservadurismo, lo meramente mecánico que impide toda creación”.¹⁰ Francia abandonada a la voluntad del tirano.

Constant va a Alemania, consulta bibliotecas y se instruye. Zaratustra, Egipto, India, Persia. Friedrich Schlegel le hace llegar las *Asiatic Researchs*. Tantos conocimientos paralizan. *El manuscrito azul* de las religiones, producto de su estancia en Alemania (1813) le permite analizar el conflicto entre *lumières* y religión, ideas en apariencia contradictorias. Constant busca reconciliarlas. Si politeísmo y teísmo se suceden, quiere decir que la religión progresa, y hace suya una idea fundamental de la teología alemana liberal sobre la revelación progresiva, “nuevo sistema de teísmo”: la revelación de las verdades religiosas es proporcional a las *lumières* de que dispone una época y por consiguiente hay un progreso también de las religiones.¹¹ Constant cree haber encontrado el hilo negro y todo le parece ahora de una “simplicidad maravillosa”.

El manuscrito azul se convierte en la base de su libro definitivo *De la religión*, no sin modificaciones y adiciones. Dice que la lectura de la *Biblia* ha cambiado su punto de vista. Vuelve a Grecia. Aunque opuesto decididamente a las religiones sacerdotales evita el ataque directo al cristianismo. Ahora la religión se limita a un sentimiento de lo divino, a un dios personal, a una “pequeña capilla interior” que busca lo más alto y lo mejor.¹²

⁹ Pierre Deguise, *op. cit.*, p. 95.

¹⁰ *Ibid.*, p. 107.

¹¹ *Ibid.*, p. 160.

¹² *Ibid.*, p. 175.

Poco a poco Constant evita la separación radical entre moral y religión y el color kantiano se destiñe aunque deje huellas. Pero moralista como es, distingue una moral común y otra más “delicada”, que penetra hasta el fondo del corazón.

Atento siempre a los hechos, Constant comprueba ahora que, paralelamente a la civilización, la religión se ha transformado. Los dioses “se convierten en personas honradas cuando no se compran sus favores”, en una etapa ulterior se convierten en “protectores de la moral”. Si la verdad religiosa progresa el conflicto entre moral y religión se borra a medida que se perfecciona.¹³

Bajo la mirada ilustrada, la historia resuelve progresivamente las contradicciones y la opinión naturalmente se modifica. Ya no habla Constant de sentimiento religioso, como en los *Principes*, pues se convierte en “algo indestructible en la religión” y permanencia evidente del hecho religioso en las sociedades.¹⁴

“El camino misterioso va hacia el interior”, decía Novalis por aquellos años. Constant buscaba el reposo: el centro espiritual por excelencia en medio de la conflictiva situación del momento. Ahora vuelve a la política.

En *El espíritu de conquista* dedica un breve capítulo a la religión bajo la arbitrariedad. Retoma sus *Principios* y demuestra que Napoleón ha utilizado la religión y que esta se arrodilla ante el trono. “Ya no estamos en los tiempos de Bossuet cuando un Dios severo juzgaba a los grandes de este mundo.” Ahora justifica invasiones y masacres. Alianza maldita para Constant porque el despotismo persigue al hombre en su último refugio. [LIB, *op. cit.*, p. 215]

“Yo prefiero —afirma—, si hay que optar, por el yugo religioso y no por el despotismo político. Bajo el primero, por lo menos, hay convicción en los esclavos y sólo los tiranos son corruptos, pero cuando la opresión está separada de toda idea religiosa, los

¹³*Ibid*, p. 180.

¹⁴*Ibidem*.

esclavos son tan depravados y abyectos como sus amos.” [*Ibid*, p. 216] Cuando el poder se sirve de las conciencias ya todo está perdido.

En esos años difíciles, cuando abdica Napoleón, vuelven los Borbones, tienen lugar los Cien Días y nuevamente la Restauración, Constant sufre otra crisis de misticismo. Un nuevo amor por Juliette Récamier lo trae loco, se comporta como un adolescente enamorado y no obtiene respuesta. Sus *Cartas* revelan un estado de ánimo impaciente, ondulante, incapaz de una decisión. Sin embargo, Constant no ha cambiado. Ya había hablado en los *Principios* “del dolor del otro”, al igual que en las páginas de religión y en su literatura. Hay un famoso fragmento sobre el dolor, escrito probablemente en 1824: “el dolor despierta en nosotros todo lo que hay de más noble en nuestra naturaleza, el dolor, así como lo que existe de ternura, simpatía y piedad, nos enseña a luchar por nosotros, a sentir por los otros.”¹⁵ No es que lo exalte Constant, pero sabe que nadie se libra del dolor del mundo.

4. *La Restauración*

Constant retoma sus trabajos sobre religión, el estudio prosigue, la publicación se complica en esa Francia donde la censura y las leyes sobre el sacrilegio se suceden. Sus amados griegos se distinguen de las naciones bárbaras por la ausencia de poder sacerdotal. Conocimientos de primera mano, *La Iliada*, *La Odisea*, Hesiodo, Tucídides, Herodoto, los trágicos. Desde 1804 manifiesta un vivo interés por ese pueblo modelo de libertad, progreso, natural. Los griegos son una isla en medio de los pueblos orientales.

La “pasión por la belleza”, el “triunfo del espíritu sobre la forma”, todo lo que la época moderna tiene de *factice* no existía en ese pueblo que embellecía a sus dioses. La mitología contiene el tesoro de la humanidad, nostalgia por ese mundo entusiasta, ávido de crear y de gozar la vida. Ya lo había señalado, los griegos estaban en la juventud, nosotros en la vejez.

¹⁵*Ibid*, p. 169.

El *Antiguo Testamento* no podía faltar en un estudio sobre religiones, aunque el tema es espinoso: una religión revelada y monoteísta muy antigua en medio de pueblos politeístas. “Para quien cree en Dios, escribe, toda luz procede de él [...] la revelación se encuentra donde hay algo verdadero, noble y bueno.”¹⁶

Constant separa cuidadosamente sentimiento religioso y poder sacerdotal. Muy hábilmente hará con el cristianismo la misma separación, así deja el campo abierto a una explicación histórica. Y por qué no pensar, sugiere Déguise, en una

sincera admiración por el *Antiguo Testamento*, no mística desde luego, pero sí de un espiritualismo que encuentra allí la expresión más pura de la unidad de Dios y también la de un moralista que respeta los altos ejemplos de justicia, de obediencia y de sacrificio que contiene y que siempre ha constituido para él la esencia de la religión. [*Ibid*, p. 252]

Y por qué no pensar —sugiero— que el estudio de las religiones haya sido una “revelación” para Constant.

Las cartas de Constant a su prima Rosalie permiten conocer el itinerario de publicación de la obra y también los estados de ánimo del escritor. En 1823 está a punto de salir el primer libro “y de cualquier modo que las cosas sucedan, no tenemos más que el tiempo de nuestra vida, no será nuestra generación la que disfrute de una libertad pacífica, esta convicción contribuye a mi alejamiento. Yo, por mi parte, ya cumplí mi tarea, los que vendrán harán lo mismo”. [ROS, *op. cit.*, p. 274] Sabe que su libro será duramente criticado por los “filósofos y los jesuitas”.

Constant, enfermo, tiene el sentimiento de vivir al día. Se ocupa de su segundo volumen (1825), que ha releído y corregido veinte veces, y no sabe cómo lo recibirá el público: “estamos en un momento en que todo lo que no es positivo, lo que no tiene utilidad, no interesa, todo lo que no es máquina de vapor es una fantasía”. [*Ibid*, p. 268]

¹⁶*Ibid*, p. 251.

Trabaja en el tercer volumen “como el caballero de Ariosto que aun después de muerto seguía batallando” y en 1827 escribe:

Los años pasan [...] y nos dejan por alimento el pasado, que es largo, y como perspectiva el porvenir, que es corto. He hecho la cuarta parte de lo que hubiera podido hacer [...] Pero ¡qué importa! Una fosa está allí tanto para el laborioso como para el ocioso, tanto para la gloria como para la oscuridad y cierra sin complacencia ni inquietud lo que recubre. [*Ibid*, p. 203]

Y Constant sigue en la tribuna con mucho que hacer: “nuestras tonterías pueden retrasarnos, pero confiamos en la de nuestros adversarios.” [*Ibid*, p. 204]

5. Cristianismo

Constant distingue, como siempre, sentimiento y formas religiosas, pero no es indiferente respeto a estas últimas, pues hay unas mejores que otras, “dadas al hombre oportunamente por la divinidad”. [PUB, *op. cit.*, p. 57] Parece imposible hablar de cristianismo sin Cristo y sin los dogmas revelados, palabra de Dios, para la Iglesia romana. En su artículo, donde aborda este tema, habla de una divinidad abstracta y hace una breve historia del cristianismo primitivo en medio de un grosero politeísmo, lejos de los sacerdotes que organizan paulatinamente la doctrina. No seculariza la religión, que es donde priva lo sobrenatural, el misterio, la irracionalidad. Le interesa, sobre todo, la idea moral de la unidad bajo la dispersión, la luz que disipa las tinieblas, la fe que mueve montañas, la gran tradición histórica del cristianismo.

La perfección es pasajera y el politeísmo, plagado de dioses y de creencias diversas, ya no correspondía con las luces de la época: incredulidad y superstición se sucedían, la moral debilitada, los sabios en contradicción. “No hubiera sido mejor para los hombres —señala Constant— adoptar como regla de verdad las enseñanzas de sus padres y que tomaran como guías a esos hombres favorecidos [...] ilustres antepasados de la raza humana y discípulos de los dioses desde el origen del mundo.” [*Ibid*, p. 44] Constant retoma la *chaîne* con sus elementos dispersos bajo el politeísmo y presenta el estado

inferior al que había llegado la humanidad. Los hombres querían creer y hacía falta un culto nuevo y fuerte, el teísmo.

En el sentimiento religioso natural hay una tendencia hacia la unidad. Del desorden al orden, de las tinieblas a la luz, el hombre necesita un cosmos. Por experiencia, afirma, “la ignorancia se disipa, el egoísmo se ilumina, la razón se perfecciona”. [*Ibid*, p. 45] La regularidad de los efectos confirma la unidad de la causa. Civilización y teísmo paulatinamente se corresponden y en la nostalgia de la unidad perdida se llega a la concepción de un dios único. Unidad que aparece en la noche de los tiempos y que ahora reclaman poetas y filósofos. En opinión de Constant el principio permanecía, sólo había que preservarlo y restaurarlo en toda su pureza.

Los intereses terrenales, la autoridad de los gobiernos y la de los sacerdotes se oponía a la marcha de las *lumières*, pero se produjo la “revolución memorable”. Para explicar, Constant se ve obligado a un *tour de force*: desde el punto de vista histórico es insuficiente la representación. Tranquilamente, añade: “no nos complaceremos en combatir el juicio que asigna a esta revolución causas sobrenaturales. ¿Osaremos decir que en esa época la piedad celeste vino en socorro del mundo [...] que una mano divina le ayudó a romper la barrera contra la cual se estrellaba?” [*Ibid*, p. 47] Constant formula una pregunta, ni afirma ni niega, ignora. Y el racionalismo se cubre de escepticismo, pues la razón no basta.

La unidad ya presente en el judaísmo, el platonismo, el neoplatonismo, Alejandría y la evolución natural de las luces prepara el surgimiento del cristianismo que adoptan ricos y pobres. Estaba en la naturaleza de las cosas que una religión que prohibía el amor a las riquezas, combatía pasiones innobles, anunciaba otro mundo, conmoviera los sentimientos todos.

El cristianismo proclamaba una “revelación, una comunicación con la divinidad”. Constant señala de paso este hecho capital: le importaba que el cristianismo “ofreciera a

los pobres el socorro, a los oprimidos la justicia y a los esclavos la libertad como un derecho". Moral superior, sin duda, alejada del egoísmo y el interés, el cristianismo visto como una religión natural, "y la fe en Jesucristo, añade, fue abrazada por la multitud". [Ibid, p. 50]

Pero la humana naturaleza no es perfecta, y en el momento mismo de su aparición el cristianismo llevaba ya los gérmenes de la intolerancia. El sacerdocio autoritario interpreta y vigila, la moral se debilita. El derecho que cada uno tiene de adorar a su dios como mejor le parezca, principio eterno de tolerancia, se torna imposible. Fatalmente, el cristianismo se ha convertido en una religión sacerdotal e impide el avance de las *lumières*.

Constant trata de separar la conducta de los fieles, los excesos, la crítica feroz, la persecución que ha propiciado rebeliones sin cuento, utilizar la religión en nombre de Cristo para propiciar las más insolentes tiranías. Cuando política y religión se mezclan, insiste una y otra vez, las arbitrariedades se suceden, ¿Cómo preservar el principio de unidad?

Termina el artículo con una cita de San Pablo: "cuando el hombre era niño y sujeto de las primeras y groseras instrucciones que Dios le había dado, y ya superado el estado de ignorancia, éste envió a Cristo a la Tierra para abolir la antigua ley. Reconocer la progresión en la bondad divina, ¿es mostrarse irreligioso?", concluye. [Ibid, pp. 57-58]

Gracias al cristianismo la humanidad avanza, no sin imperfecciones, y la *chaîne* prosigue en torno al principio de unidad entre lo positivo y lo negativo, entre el azar y la necesidad. Constant juega sus cartas con una habilidad consumada, pero el lector debe entender que las puede cambiar en dirección contraria; la opinión de ayer se modifica y todo puede ser: hasta un dios progresista. "Si algo es perfectamente justo, también lo contrario puede ser verdadero."¹⁷

¹⁷Georges Poulet, *op. cit.*, p. 67.

Se puede bordar al infinito sobre esta interpretación del cristianismo constantiano. Admira la moral del cristianismo primitivo. Después de todo Constant era protestante, es decir, cristiano. Importa la idea de unidad de teísmo, la posibilidad de preservar el principio para avanzar hacia la *perfectibilité*.

“Del desarrollo progresivo de las ideas religiosas” fue publicado en la *Encyclopedie Progressive* y más tarde en *Mélanges*. Todo lo que sostiene al hombre es necesariamente progresivo, es decir, variable y transitorio, no hay nada definitivo, la perfección es pasajera, ya lo había repetido una y mil veces.

A través de la mirada progresiva de Constant todo ha mejorado a lo largo de la historia: comercio, industria, organización social. Recorre una a una las etapas y comprueba que también la religión se ha modificado. Si las facultades intelectuales que nos ha dado el cielo nos permiten avanzar, es natural que el sentimiento religioso busque formas más puras y todos los poderes estacionarios serán impotentes para impedir su avance.

Constant ha encontrado en su largo estudio sobre las religiones que la universalidad del sentimiento religioso es un hecho y que hay una tendencia hacia el perfeccionamiento. El hombre siempre ha tenido dioses, y que sea devoto o irreligioso no es una fantasía. Si la progresión se hace lentamente no habrá problemas, las luces penetrarán, si los sacerdotes intervienen, todo se oscurece. De allí la irreligión.

El autor define sentimiento religioso como “necesidad de conocer las relaciones que existen entre el hombre y los seres invisibles que influyen en su destino”. [PUB, *op. cit.*, p. 110] Porque el hombre no se puede limitar al presente y hay un aliento permanente hacia el porvenir, el sentimiento religioso debe ser libre y de acuerdo con el estado de las *lumières*.

En la religión de Constant no se pronuncia el nombre de Dios, habla más bien de divinidades, “seres superiores”. Le importa el sentimiento interior, como centro común donde se reúnen las ideas todas de justicia, piedad, libertad, que en este mundo fugaz componen la dignidad humana; tradición permanente de todo lo que es bello, grande y bueno. El hombre solo y libre ante la divinidad, y su sentimiento religioso es la respuesta a ese grito del alma que nadie puede callar, a ese afán desconocido que traspasa los límites de la condición humana.

Sólo ese “rincón de religión” permite al hombre no someterse a la voz del interés y justifica el hacer; no se trabaja en vano cuando se cree en el ideal. Gracias a ese sentimiento religioso el hombre adquiere la fuerza que lo reconcilia consigo mismo y con los otros, para asegurarle su plena autonomía, puesto que lo arranca de la causalidad. Ideal ético por excelencia.

Constant pone en guardia contra una civilización osificada y petrificada, comparable a la de las abejas y a la de los castores, denuncia el espíritu burgués y el miedo al cambio; desarrolla la idea de que la libertad puede defenderse si el hombre no está dominado por el egoísmo y la civilización material. La libertad sólo tiene sentido si se sabe vivirla y merecerla, se nutre de sacrificios como condición del ideal y puerta abierta a lo desconocido. De cualquier manera que las cosas se presenten, no tenemos más tiempo que nuestra vida, y ella sólo tiene sentido en la libertad.

Así se dirige a la nueva generación:

como todas las generaciones nacientes se cree llamada a remodelar el mundo que sus predecesores no hicimos más que perjudicar y, no obstante, como todas las generaciones nacientes está bajo el imperio de los prejuicios y de las costumbres de sus predecesores que desprecia [...] Cree que la religión será extranjera a lo que constituye lo real de esta vida y se equivoca [...] De cualquier manera que se ataquen las hipótesis y las esperanzas que presiden a las creencias religiosas de cualquier anatema irónico o serio con que el siglo la golpee, lo que constituye su esencia sobrevivirá. [*Ibid*, p. 123]

El sentimiento religioso busca su forma y la quiere libre, pura, noble. Dejémosla actuar y la religión, por sí misma, progresiva y siempre proporcionada a las ideas se iluminará

con la inteligencia, se liberará con la moral. En cada época reclamaremos la libertad religiosa y entonces la religión tendrá una fuerza invencible y garantizará la perfectibilidad. [*Ibid*, p. 124]

La puerta abierta queda como la imagen por excelencia de ese vínculo misterioso entre el adentro y el afuera: comunicación de lo insondable.

V. MÉLANGES DE LITTÉRATURE ET DE POLITIQUE: LA SUMMA CONSTANTIANA

Constant reúne viejos artículos políticos y literarios en las *Mélanges* y agrega sus *Pensées Détachées* ya publicadas, algunas en *La Minerve Française* en 1819, y las cuales constituyen, de hecho, la *summa* por lo que a la marcha progresiva de la especie se refiere, acompañada por el sistema de la *perfectibilité* que aparece por primera vez publicada en las *Mélanges*. El final es un comienzo: la *chaîne* se abre y se cierra, y se defienden los principios profesados a lo largo de cuarenta años. Tal parece que Constant nos invita a leer de nuevo sus reflexiones con las *nuances* que sólo permite el tiempo.

La humanidad ha cambiado sensiblemente, piensa Constant, en 1829. Una nueva era se prepara en el orden de las ideas y en las instituciones, es necesario hacer un alto en el camino. ¿Qué tenemos hoy? Por lo que al gobierno se refiere, “hay una tendencia general hacia la igualdad absoluta de los derechos repartidos entre todos los individuos”, y sobre esta base se crean las formas de gobierno.

Límites precisos a todos los poderes (medios), ¿el fin?: conservación y ejercicio de los derechos en la elaboración de leyes para determinar la acción de los gobernantes. En economía política: respeto y protección a la propiedad, convención legal necesaria. La propiedad industrial: valor del hombre; la propiedad de la tierra: valor de la cosa. Neutralidad total por lo que toca a la opinión. “Compuesto de hombres de la misma naturaleza que los gobernados, no puede el gobierno ni debe jamás imponer una opinión.” [MEL, *op. cit.*, p. VII-XII] Este es el estado social por el cual la humanidad marcha. Querer ir más allá sería imprudente; retroceder, peligroso. ¡A cada siglo sus problemas!, solía decir Constant.

1. *Notas sobre el industrialismo*

La reflexión constantiana trata de los derechos individuales, las relaciones del hombre con el poder político, la libertad y perfectibilidad de la especie. Era natural que se

ocupara también del comercio y de la industria. *¡Tout se tient!* en la correspondencia entre las partes y en los diversos tiempos que se entrecruzan.

Desde los *Principios* de 1806 encontramos inquietudes sobre el industrialismo. La sociedad no tiene jurisdicción sobre este sector, puesto que su naturaleza es la libre competencia. Los gobiernos pretenden ejercer su poder, ya mediante prohibiciones, ya mediante privilegios, lo cual es funesto, según Constant. Él sigue muy de cerca las opiniones de Adam Smith y de J. Say por lo que toca a la división del trabajo, la fijación de los precios y todas las bondades de la riqueza de las naciones.

La intervención del Estado es un “mal inevitable”, pero hay que precisar cuidadosamente sus límites. Posteriormente, coloca a la libertad industrial entre los derechos individuales. La organización política vigila para que la libertad y la justicia diriman los conflictos, también inevitables.

En un discurso pronunciado en el Ateneo de París en 1825, titulado “Punto de vista sobre la tendencia general de los espíritus en el siglo XIX”, Constant señala que se anuncia una nueva era,

pero como el caos precede a la creación, las ruinas de lo que se quiebra se oponen a la distinción del edificio que debe elevarse. Un espíritu especial y una tendencia particular presiden invisibles este caos y dan a la desorganización del presente y a la organización del porvenir, un impulso a veces desapercibido, pero que termina siempre por ser victorioso. [PUB, *op. cit.*, p. 71]

Impulso, recuerdo, significa dimensión incalculable. Todavía reina el azar en Francia, apenas comienza el industrialismo y los trabajadores excluidos del país legal no han sido objeto de consideración alguna, salvo en los escritos saintsimonianos.

Constant celebra que la necesidad dominante de la época sea la independencia material porque permitirá, paulatinamente, eliminar la servidumbre. Los esfuerzos por obtener el bienestar físico constituyen un progreso indudable. La reflexión se torna política: lejos de favorecer al gobierno, ciudadanos autosuficientes exigirán garantías y la

burocracia disminuirá por añadidura. La población que soporta el inmenso edificio se beneficia. Un pueblo industrial y consciente de su independencia será el mayor obstáculo al despotismo. La moral pública y la razón tienen ahora oportunidad de perfeccionarse.

La naturaleza ha dado a los hombres los medios para adquirir riquezas. La industria es “el pensamiento principal”, tal vez “el pensamiento único del siglo”, “señal de una nueva era”, “favorable a la moral privada”. [*Ibid*, pp. 73-74] Pero necesita libertad y paz. El industrialismo permitirá el ocio necesario para las especulaciones filosóficas, beneficiará a las artes y a las ciencias, la nación exigirá derechos políticos y *¡tout se tient!*¹

Para Constant, la propiedad industrial es “el valor del hombre”, la autoafirmación que se juega todos los días en la libre competencia. Lejos de las bondades de la propiedad *foncière*, “valor de la cosa”, los ciudadanos activos emprenden el camino, arriesgan, negocian, exigen garantías. Al hacerlo, la esfera política se modifica. Las consecuencias de la Revolución Industrial inglesa estaban a la vista. William Blake condenaba ese infierno producto del “pensamiento único del siglo”. Las premisas de Constant le llevarán a conclusiones diversas.

En un artículo publicado en 1826, Constant reseña el libro de Charles Dunoyer sobre “La industria y la moral en sus relaciones con la libertad”, que reaparece en 1829 en las *Mélanges*. Interesa, porque Constant fija su posición sobre el industrialismo y también sobre el socialismo utópico de Saint Simon, que parecía hasta entonces bastante inofensivo. *Le Producteur*, órgano de sus discípulos, recogía enseñanzas e insistía en la necesidad de un poder espiritual en la ciencia.

¹ Antes que Marx piensa, equivocadamente, que el ocio de la sociedad industrial moderna va a generar la creatividad, cuando en realidad ha generado la inutilidad y la pereza.

Dunoyer se separa desde un principio de “una escuela orgullosa de algunos conocimientos de detalle, adquiridos sin pena, empleados de prisa [...] prueba su ignorancia de la naturaleza humana y aspira a fundar, dice Constant, yo no sé qué teocracia diciéndose industrial, enemiga de todo examen y, por lo tanto, funesta para la industria y para la libertad”. [*Ibid*, p. 85]

Le Producteur exagera las doctrinas saintsimonianas, en opinión de Constant, y las “retoma radicales y funestas”. La nueva secta se horroriza con el individualismo e intenta fundar un “papismo industrial”. Toda disidencia le parece sospechosa, pues propicia la anarquía y para terminar con el escándalo “invoca el poder espiritual”. Entramos, por lo visto, en una época donde es más urgente coordinar que disolver, y en donde la teoría positiva debe suceder a las teorías críticas. [*Ibid*, p. 101]

¿Coordinar qué?, se pregunta indignado Constant. Si se trata de medios para garantizar la libertad, bienvenida la coordinación, pero “coordinar doctrinas, opiniones y esfuerzos es organizar la tiranía”. [*Ibidem*] ¿Acaso la autoridad de una secta puede imponer las ciencias y las verdades demostradas? Es cierto que los hombres ilustrados influyen sobre la sociedad, pero los sectarios son funestos, pues quieren imponer sin libertad de examen, son ortodoxos y asfixian, no iluminan.

Constant amonesta:

son ustedes seres instruidos, celosos, pero convencidos de que un privilegio especial les llama a fijar desde ahora la regeneración del mundo y, para emplear sus propias palabras, a transportarlo de un estado transitorio a un estado definitivo [...] nada es definitivo sobre la Tierra, lo que ustedes toman por definitivo es una transición como cualquiera otra y es bueno que sea así: porque todo lo que fuera definitivo sería estacionario y todo lo que es estacionario sería funesto. [*Ibid*, p. 103]

La civilización ha prosperado y tiende a la estabilidad o, si se prefiere, “al buen orden más que a la virtud moral”. El buen orden es sólo un medio, no un fin ; es útil a los progresos y a la prosperidad de las sociedades, pero nada más.

Si para mantenerlo se sacrifican las emociones generosas, se reduce a los hombres a un estado no muy diferente del de ciertos animales industriosos y a sus colmenas bien ordenada y chozas artísticamente construidas, ése no sería el bello ideal de la especie humana. [MEL, *op. cit.*, p. 135]

Constant no se resigna. Propone despertar sentimientos nobles y desinteresados, preservar la civilización misma de los peligros latentes en su propio desarrollo. El más inminente de los peligros, dice, “sería una especie de resignación fundada sobre el cálculo”. [Ibidem] Una situación tal sería el mejor caldo de cultivo para el despotismo, provocaría guerras y calamidades sin cuento. El materialismo, en una palabra, en nombre de la civilización.

Es cierto que una gran suma de goces puede proporcionar la civilización, pero ¡cuidado!, “nos puede volver más tímidos, menos dispuestos a arriesgar lo que nos podría hacerlos perder”. [Ibid, p. 134] El valor personal puede, tal vez, sobrevivir, pero el valor público se tambalea. La razón es muy simple, reflexiona Constant,

con tal de que se mantenga el orden, los goces de la civilización subsisten por un tiempo más o menos largo, no importa quiénes sean los amos, pero las transacciones, las capitulaciones, las concesiones son medios más seguros para conservar el orden que las resistencias que siempre atraen la violencia y que aun victoriosas llevan con ellas la anarquía. [Ibid, p. 138]

Es peligroso el “buen orden”; el medio puede ser funesto para el fin supremo y último. De ninguna manera se trata de entorpecer, maldecir, o criticar el avance, puesto que la civilización es el destino de la especie humana.

El hombre ha sido creado para instruirse, para iluminarse y, por lo mismo, para avanzar y mejorar. Vergüenza y desgracia, comenta Constant, a los que por la fuerza o el engaño la quieren apartar de la ruta que está trazada. Si la civilización tiene inconvenientes son momentáneos y ella misma aporta el remedio. El mal que una civilización imperfecta produce a veces, otra más perfecta lo hace desaparecer. Nos puede quitar una porción de nuestra energía y algunos bárbaros pueden aprovecharlo. Pero extended la civilización ahí donde la barbarie reina todavía y ya no habrá bárbaros [...] Sólo luces [...] el despotismo puesto al desnudo se romperá por falta de apoyo. La civilización es como la lanza de Aquiles, cura los males que causa. Los males son pasajeros, la cura es eterna. [Ibid, p. 140]

Después de cantar las glorias de la civilización natural, espontánea, advierte sobre los peligros. Es necesario “conservar las ideas nobles, las emociones generosas que los goces tienden a sofocar. No podemos aceptar —dice— esos sistemas estrechos que como fin ofrecen sólo el bienestar físico. En esta vida corta e imperfecta, monótona y agitada, limitada a necesidades materiales, nada nos distinguiría de los animales”. Y vuelve Constant al sistema de la *perfectibilité*: “Honremos y animemos el poder del sacrificio, la facultad de abnegación.” [*Ibid*, p. 141]

En el mismo artículo Constant vuelve a Bentham, con quien dialoga desde 1806 en los *Principes*. El “publicista inglés”, le llama, niega los derechos naturales, inalienables e imprescriptibles, y sólo le importa la utilidad. Constant se indigna y los distingue cuidadosamente. “No se puede, dice Bentham, razonar con fanáticos armados de un derecho natural que cada quien entiende como quiere y lo aplica como más le conviene.” También se puede decir lo mismo de la utilidad, replica Constant, y hay un peligro evidente en el uso de esta noción porque “despierta en el hombre la esperanza de una ganancia y no el sentimiento de un deber. La evaluación de una ganancia es arbitraria y decide sólo la imaginación, pero ni sus errores ni sus caprichos cambian la noción de deber”. [*Ibid*, p. 144]

El derecho es un principio, la utilidad un resultado, el primero es una causa, la segunda sólo un efecto. Querer someter el derecho a la utilidad “es querer someter las reglas eternas de la aritmética a nuestros intereses de todos los días”. [*Ibid*, p. 145] La noción de derecho es clara, satisface la lógica severa, responde a sentimientos íntimos.

Y *monsieur* Dunoyer, el autor del libro comentado por Constant, habla de diferencia de razas. Constant se molesta y exige apartar esta idea fatal cuidadosamente de la política, le parece peligrosa y denigrante para la especie humana. Han sufrido durante trescientos años los colonos toda una serie de horrores y pretenden justificarse con el cuento de la raza superior. Cita algunos ejemplos: los negros de Haití² se han convertido

² Toussaint Louverture (1743-1803), nombrado general de división luego de que Haití fue cedida a Francia en

ahora en legisladores razonables y tuvieron que vencer obstáculos sin cuento que nuestra llamada civilización les impuso para dominarlos. Hoy, su constitución es más avanzada que la de muchos países europeos. [*Ibid*, p. 149] Si las *lumières* se extienden, desaparecerán las desigualdades dolorosas, pero es inaudito justificarlas con el racismo.

Todo el artículo de Constant defiende “ese estado natural, deseable y feliz de una sociedad en la cual cada quien sigue sus propias luces, sus ocios, su disposición de espíritu, crea o examina, conserva o mejora, hace, en una palabra, uso libre e independiente de sus facultades”. [*Ibid*, p. 160] Tal parece que una suerte de anarquía es necesaria a la vida intelectual, pues en ella cada quien descubre la verdad, pone límites a la fuerza, razona. Y la suma de individuos razonables permite el avance de la civilización.

Constant exige respeto absoluto a la libertad de examen. No se necesitan pedagogos intolerantes, pues la libertad intelectual es la posesión más sagrada. Nadie, absolutamente nadie, puede imponer una opinión. Se comprende que la pretendida misión divina de los nuevos profetas del industrialismo le pareciera a Constant *contra natura* y un insulto a la independencia individual y moral.

Sí al industrialismo como posibilidad de mejoramiento, de ocio, de satisfacción de necesidades que puede conducir a la humanidad por caminos luminosos. No podía prever sus efectos terribles y compartió el entusiasmo de sus contemporáneos por el progresismo industrial. Advirtió, sin embargo, que el materialismo a ultranza cancelaba todos los fines nobles y elevados.

2. De los efectos del Terror

Publicadas desde 1797, Constant retoma sus reflexiones, pues quiere que Francia distinga lo que es digno de admiración de lo que es causa de horror. El llamado Terror no fue un

1795, se convirtió en el jefe de los insurrectos decididos a crear una república negra. En 1802 fue derrotado por el ejército enviado por Bonaparte. Prisionero en Francia, murió poco tiempo antes de ser proclamada la independencia de Haití (1804).

accidente en la historia de la nación, ni fue tampoco una fatalidad. Debe ser juzgado como un mal gobierno, ilimitado y abusivo.

Un sistema que regulariza excesos y les quiere dar una apariencia, no de legalidad sino de orden y simetría, “es un peligro permanente e incalculable”. El simulacro confunde y pervierte. Había tribunales, es cierto, pero no había leyes precisas, formas ni defensores, sólo hombres revestidos de un poder ilimitado y embriagados por él. Y para Constant “bajo ninguna circunstancia puede ser necesario un poder ilimitado”. [*Ibid*, p. 346] Ya lo había dicho a lo largo de todos sus escritos: sólo límites precisos a todos los poderes podían destruir el despotismo. No se cansa de repetirlo.

El régimen que sufrió Francia no contribuyó en lo más mínimo a su salud; por el contrario, puede decirse que la nación se salvó a pesar de su gobierno. Tantos obstáculos creó el Terror que es necesario, en plena Restauración, señalarlos una y otra vez. No falta quién admire a Robespierre o a Marat, y se trata de evitar el regreso a un simulacro que perjudicó a todos y en nombre de la libertad terminó con ella. Los efectos del Terror no desaparecen por decreto, sus huellas no se borran y el “despotismo de la libertad” engolosina a muchos ciudadanos que confunden hechos con palabras.

Constant distingue cuidadosamente la “parte legal” coercitiva que necesariamente se da en todas las formas de gobierno y es la base de su existencia y la “parte atroz” del régimen del 93. [*Ibid*, p. 347] Quiso imponer la disciplina con ambas y se confundieron, inevitablemente. Condenaba por igual a inocentes y culpables y generalizó la “parte atroz”. Justicia y arbitrariedad eran la misma cosa; ningún sistema político puede ser indiferente a los medios y la parte legal debe prevalecer.

Separar derechos del gobierno y las medidas que adopta; sin duda tiene derecho de enviar a los ciudadanos a la guerra si los enemigos de la nación la atacan, pero no se pueden abolir los tribunales militares. El gobierno puede y debe actuar contra los conspiradores y vigilar la seguridad pública, pero “no puede asesinar sin juicio a sesenta

víctimas diarias". [*Ibid*, p. 349] Debe evitar excesos de los miembros del clero, pero no puede tratarlos como traidores.

Hizo mucho mal el Terror y ningún bien. Se equivocan quienes piensan que las circunstancias obligaron, porque dicha época creó obstáculos insospechados ya que "el crimen necesita del crimen". La ferocidad del Comité de Salud Pública sublevó a todos los espíritus y había que reprimirlos. No existiría sublevación si hubiera justicia; para prevenir grandes peligros resultan innecesarios los remedios terribles.

Fue tal el abuso de la fuerza que las luces se disiparon. El pueblo, alejado por completo de la libertad, "sufrió el yugo, dobló la cabeza, degradó su espíritu". En realidad, el Terror, dice Constant, sirvió a los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la especie humana. [*Ibid*, p. 351]

Desde entonces, Francia a la deriva goza apenas de las bondades de la monarquía constitucional, pero es indispensable separar épocas y hechos para evitar confusiones. La revolución fue obra del 89; el Terror fue una larga noche de despotismo. Se necesita una y otra vez desenmascarar los simulacros, criticar implacablemente a todos los poderes ilimitados, pues estos jamás se pueden justificar.

3. La marcha progresiva de la especie

La imagen de la marcha progresiva puede conducir a error, como toda imagen simplificadora. Algo se oculta en la representación. En profundidad, es una marcha espiritual y, al mismo tiempo, un destino en medio del inmenso caos que la envuelve. Se trata de forjar un orden más allá de la imagen para quien quiera ver el adentro, el sentido que pretende nada menos que humanizar a la humanidad en el tiempo simultáneo. Buscar lo que la une al cosmos y el individuo —el microcosmos— la conoce, la siente y la proyecta. Defiende su *uno mismo* en el tiempo de la vida.

Para Constant el fin supremo y último es la libertad; la igualdad y la justicia están en la *nature des choses*: orden espontáneo y contrario a la violencia. La naturaleza tiene sus inconvenientes, pero repara una y otra vez; como la lanza de Aquiles cura sus heridas —metáfora frecuente en el análisis constantiano. La experiencia —presencia invisible de la vida, al decir de María Zambrano— va formando y haciendo las correcciones necesarias.

Natural/artificial o *factice* se oponen y se complementan. La naturaleza es creadora, lo *factice* es convención (leyes, legitimidad, constituciones) que los hombres construyen para organizar su vida. La infinita capacidad inventiva del hombre y su responsabilidad para transformar y adaptar naturaleza y convención al estado de las *lumières*, permitirá disipar paulatinamente las tinieblas que impiden el orden progresivo. Vivir es corregir, inventar y reinventar. El fin supremo y último, afirmará a lo largo de sus escritos, se nutre de sacrificios; la marcha progresiva se basa toda ella en la *perfectibilité* que nos une al mundo, al orden sacramental del cosmos.

A fines del siglo XVIII y, aparentemente, muy lejos de consideraciones metafísicas, se anunciaba el advenimiento del positivismo. Nadie como Constant denuncia la falacia de su discurso y se pronuncia por la necesidad de que teoría y práctica coincidan. Los principios —no vanas teorías— son verdades que se sostienen y sólo pueden comprenderse dentro de la *chaîne*. Constant insiste en que son resultado de combinaciones de hechos particulares que responden al interés de todos, aunque rodeados de principios intermedios y de prejuicios aparezcan como abstracciones. Es difícil, sin embargo, comprenderlos sin ir un poco “más allá”: son atemporales, metahistóricos, pueden asumir formas diversas pero son los nudos fundamentales de la *chaîne*.

Piensa Constant que las ideas razonables se imponen tarde o temprano porque

hay en el mundo dos principios: la fuerza y la razón, y siempre están en cantidad inversa uno del otro. Cuando la razón se impone, se necesita que la fuerza retroceda, puesto que la razón no puede retroceder. Si la fuerza resiste, se suscitan luchas

desastrosas. No es culpa de la razón, es culpa de la fuerza. Sería ir en contra de la esencia de la razón no extenderse o retroceder. [*Ibid*, p. 441]

Hay en Europa, afirma, una disposición general a la marcha progresiva. Otros parecen caminar en sentido opuesto, y piensan que pueden esperar, o quieren ganar tiempo. Se equivocan rotundamente porque “el tiempo es auxiliar de la razón y no presta socorro a aquellos que desdeñan los deseos razonables de la especie humana”. [*Ibid*, p. 437]

En esta lucha permanente entre fuerza y razón se juega la marcha progresiva. El tiempo auxilia en los cambios insensibles que se dan sin rupturas dolorosas. “Los seres morales no pueden ser sometidos a las leyes de la aritmética. El pasado crea en ellos profundas raíces que no se quiebran sin dolor.”³

El tiempo político retoma costumbres, tradiciones y creencias; es prudente. Constant se niega a lastimar el tiempo; las verdades no se pueden introducir sin medida. El arte de gobernar se impone porque falsos cálculos pueden llevar a funestas consecuencias: “hay que partir de la verdad proclamada, aunque sea intempestiva, y rodearla de evidencias, a la mayor brevedad. No se puede defender el error porque desacredita a la razón”. [*Ibid*, p. 439] De la prudente relación entre gobernantes y gobernados, en su diálogo permanente, se impone la verdad. ¡Obedecer al tiempo!, no a reformas prematuras, no a sacrificios a nombre de la estabilidad, no a la violencia uniformadora. Sí a la razón que vence a la fuerza. Moderar siempre las evidencias.

Todo ha servido en la marcha, sin embargo; abusos de hoy pueden haber sido necesarios y útiles ayer; combatirlos cuando ya no son indispensables los hace caer por su propio peso. Someterse, en una palabra, a la marcha progresiva, pues “sólo la resignación evitará a los hombres luchas y desgracias. Si se reconoce la marcha los sacrificios se iluminan, las vanas resistencias se evitan al igual que las exageraciones y las direcciones

³ Georges Poulet, *op. cit.*, p. 168.

falsas". [*Ibid*, p. 441] Las *lumières* son indispensables; importa reconocer el campo de batalla porque la ignorancia del terreno impele a precipitarse en el abismo.

Atrás quedaron prejuicios y equívocos, la marcha avanza hacia etapas superiores. Lo esencial es que la *chaîne* reúna los elementos dispersos y se deslice en torno a los principios. De la dispersión a la unidad que se encuentra ya en la noche de los tiempos. Muy lejos de la idea de uniformidad que siempre criticó Constant; la diversidad es vida, no mecanismo; los elementos se unen, como en la naturaleza, en una polifonía de luces y colores. La unidad en la diversidad en los múltiples tiempos de la vida. Si bien se mira, la marcha no es lineal, es ondulante como la razón en su tarea permanente hacia la *perfectibilité*. Renace, despierta, combate.

Los derechos individuales son sagrados; ni siquiera se discuten como tampoco son objeto de leyes y constituciones, pues son naturales. Las asociaciones humanas, numerosas y complejas, los envuelven y el yo y el mundo se corresponden. Al espiritualizar la marcha todos y cada uno cuidan su centro, su microcosmos y la multiplicidad de elementos que lo conforman, la *liaison intime* de todas sus facultades intelectuales. De la circunferencia al centro llegan rayos que turban el reposo. El *uno mismo* busca la solución a sus enigmas. Constant sabía muy bien que el camino más intrincado es el que va hacia el interior.

Una élite se autotitula misionera espiritual de la humanidad, digna heredera de antepasados ilustres, una aristocracia en el sentido más puro del término, defensora de las *lumières*, garante de la marcha progresiva al cumplir con su deber y fijarse sí misma el alto honor de encarnar la *perfectibilité*. Su arma fundamental es la razón, es decir, el sacrificio. En aras de la verdad abandona prejuicios y errores y tiene el derecho a equivocarse. Nada se construye en un día ni en mil. Como en el mito de Sísifo, la humanidad porta la piedra luminosa y no desespera porque siempre hay obstáculos en el camino, inevitablemente.

La oposición de los contrarios apoya secretamente. Medios/fines, *naturel/factice*, progreso/retroceso, antiguos/modernos. Si se cancelara la oposición ya no habría marcha, sería el paraíso terrenal. En el eterno peregrinar, las contradicciones se esconden o se manifiestan de muchas maneras. Hay que distinguir lo que prevalece o lo que se anuncia. El razonamiento se impone y tal vez descubra lo que se oculta.

Retrasos accidentales siempre los ha habido. Constant recurre a la historia y encuentra una “ley de progresión”. Las querellas del mundo exterior se desvanecen cuando se las contempla en lontananza, lejos del torrente. La mirada se centra en los principios, en los eslabones de la *chaîne*, e interesa demostrar el paso de etapas inferiores a etapas superiores, esquema en boga desde finales del siglo XVIII. El tiempo simultáneo constantiano comprende el ayer que es hoy y es mañana y viceversa.

Ningún estadio superior se alcanza y se conserva de una vez y para siempre, y lleva en sí lastres y peligros de los estadios inferiores que pueden retornar o están allí sin más. Toda perfección —ha dicho Constant una y cien veces— es pasajera, nunca definitiva. Si la lucha se abandona los elementos se dispersan, provocan desordenes y exigen ser reconducidos al orden. De hecho, la humanidad se aventura por un camino sin fin lleno de escollos, donde los prejuicios se acumulan y las *lumières* difícilmente penetran. Hay que proseguir la marcha armados con la razón. Constant confiaba en la fragilidad de la especie, en su dignidad que rechaza servidumbres, en su capacidad de abnegación. Su destino es no claudicar.

La marcha es progresiva, los poderes son estacionarios; contradicción fundamental, oposición permanente. El individuo débil y poderoso a un tiempo, exige el respeto irrestricto a sus derechos, auténticos límites a todos los poderosos para el goce de sus libertades. Nunca pasivos, vigilan, no dejan hacer. Si bien la autoridad es necesaria para servir al orden público, perjudicar en lo más mínimo los intereses privados es sinónimo de despotismo. Una sola arbitrariedad y las calamidades se suceden.

Las convenciones legales *factices* y, por lo tanto, imperfectas y sujetas a reinvencción permanente, deben fijarse en una arquitectura constitucional compleja para garantizar los derechos ciudadanos y funcionar como un mecanismo de relojería; sin embargo, no basta:

también la garantía tiene inconvenientes, pero hay que resignarse —afirmaba Constant en sus *Principes* de 1806— no es un bien absoluto, es relativo, pero vale más que el mal que impide. Debiendo ser compleja y asegurada para lograrla hay que hacer todos los sacrificios indispensables. Y añade: no agreguemos lo superfluo. [PRII, *op. cit.*, p. 621]

Sabe que los límites nunca son suficientes y hay que adaptar las convenciones al estado de las *lumières*. Por ello critica la falta de imaginación de los modernos y encuentra en la libertad política el medio de perfeccionamiento más alto que nos ha dado el cielo, la única posibilidad de atenuar, dentro de lo posible, la eterna contradicción entre libertad y poder.

Todo el sistema político constantiano está estructurado de tal modo que no entorpezca la marcha de las *lumières*. La opinión reina en el mundo, crea instituciones, rompe despotismos, limita todos los poderes. Las ideas constituyen la verdadera propiedad. Gracias a ellas el individuo es dueño de su destino, conserva su independencia moral, su fuente de dignidad. Las ideas son activas porque se manifiestan:

A las solas opiniones ha sido dado el imperio del mundo. Son las opiniones las que crean la fuerza, dando sentimientos o pasiones o entusiasmos. Se forman y se elaboran en silencio, se reencuentran, se electrizan por el comercio de los individuos. Sostenidas y completadas unas con otras, se precipitan en una impetuosidad irresistible. Nunca idea verdadera y puesta en circulación ha sido retirada y una idea dominante reaparece y triunfa. [MEL, *op. cit.*, p. 443]

La opinión toma fuerza y se erige en autoridad. Nadie puede callarla.⁴ Sin libertad de expresión —llave maestra de los modernos— todas las otras libertades fenecen. Las reglas constitucionales —garantías— deben ser fijas porque la opinión es móvil, pero al mismo tiempo deben modificarse de acuerdo con esa movilidad. La opinión es natural, las

⁴ La libertad de opinión es una libertad de relaciones, "cada uno tiene la posibilidad de dirigirse a los otros y de escucharlos, se instituye un espacio simbólico sin fronteras precisas sustraído a toda autoridad que pretenda regirlo y decidir lo que se pueda decir o lo que se puede pensar. La palabra como tal, el pensamiento como tal, se revelan independientes de todo individuo particular, no son propiedad de nadie". Claude Lefort, *Essais sur le politique XVIII^e-XX^e siècles*, p. 45.

normas son *factices*. Difícil el arte de la política porque tiene que reinventar las convenciones legales sin lastimar el tiempo.

El gobierno mismo es producto de la opinión:

la costumbre nos impide sorprendernos del milagro de la autoridad. Vemos el movimiento pero desconocemos el resorte. La sociedad nos parece un grosero mecanismo, tomamos el poder por la causa, no siendo más que el efecto y creemos que es posible servirnos del efecto contra la causa. Gracias a las opiniones invisibles se da la existencia de poderes visibles. [*Ibid*, p. 443]

La imagen desconcierta. Hay que analizar los distintos planos. La opinión forja al poder y, al mismo tiempo, lo limita y le dicta su querer aunque difícilmente se corresponden. La esfera política depende de la comunicación permanente entre el efecto y la causa. Si ninguna autoridad puede imponer una opinión, lo cual sería una tiranía, el diálogo es indispensable. Las formas de gobierno no importan, lo esencial es la correcta relación; la opinión dicta, el gobierno escucha obligatoriamente. Tal vez tiene razón Constant cuando habla del “misterio de la autoridad”.

La opinión también se equivoca, desde luego. La ventaja es que puede rectificar, iluminarse y extenderse. Constant pide moderación, prudencia, lucidez. Las ideas se combaten sólo con ideas razonables y las convenciones legales distribuidoras de derechos se modifican, no pueden ser estacionarias. Constant busca en las *lumières* del tiempo simultáneo todo lo que se necesita para la corrección: innovaciones que no han sido advertidas todavía, semillas de *perfectibilité* entre antiguos y modernos, ejemplos y enseñanzas para comparar situaciones —razonar es comparar— a las que se ha enfrentado la humanidad en su ya larguísima marcha. Sólo descarta lo que ha sido injusto.

Porque cuando hay libertad todo es posible. De lo contrario, “la especie humana cambia de rostro y una suerte de división en castas se introduce en la inteligencia como en la organización social”. [*Ibid*, p. 480] Si se pierde de vista el fin supremo y último cada quien se refugia en su interés particular, en el egoísmo, en la profesión y en mil

pequeños detalles. El despotismo se anuncia cuando el individualismo sólo busca el *bonheur* doméstico. Éste no es el porvenir.

Los principios éticos sustentan la marcha. Por ello, el camino no es fácil, y son los hombres quienes actúan y no creaturas angélicas. De allí la inagotable capacidad de sorpresas. Y, sin embargo, todo es posible: “La Revolución francesa rompió compartimentos *factices* por medio de los cuales se enmarcaba a los hombres para gobernarlos y la inmensa mayoría de la nación sentía que tenía derechos y las facultades necesarias para que los hechos se consagraran.” [*Ibid*, p. 472] Benjamin Constant recuerda que los principios habían triunfado, y una vez reunidos todos los elementos la marcha avanzaría a pesar de retrasos accidentales.

Para alcanzar la libertad, principio decisivo, capaz de iluminar los esfuerzos del presente y darles significado, Constant confía en la razón y el tiempo: ni mantener lo que se quiebra ni apresurar lo que se anuncia. Límites precisos a todos los poderes para evitar que se desencadene la violencia. El orden que pretende construir dentro del caos que lo envuelve es frágil y se basa en el carácter sacrificial de la existencia. Todas las convenciones *factices* son parciales y fragmentarias y están obligadas a adaptarse a la pluridimensionalidad que les dicta el acontecer mismo.

Durante su larga actividad política Constant cumplió con su deber, otros recogerían los frutos. Tiempos políticos difíciles y cambiantes mientras la *chaine* transmite, perfecciona y hereda y se puede recorrer una y otra vez, como un rosario, la tarea nunca definitiva, siempre pasajera, entre el sueño y la historia.

Constant sabía muy bien que razonar conduce inevitablemente a la duda y la convicción es inalcanzable, pero apostó por la gradual perfectibilidad de la especie gracias a las bondades de la razón. Sólo la perseverancia obstinada en el error impide avanzar. No se puede tachar de equivocación lo que no se comprende, pero el sacrificio ilumina.

EPÍLOGO

“He defendido durante cuarenta años el mismo principio: la libertad”, dice Constant al final de su vida. El principio ordenador por excelencia es el centro, punto de partida y de llegada. La circunferencia —la historia— gira sobre su núcleo en movimiento perpetuo. En el lenguaje simbólico constantiano, la *chaîne* tiende al principio y algún día se une y coincide con él para volver a empezar. Se fundamenta en las correspondencias que existen entre todos los ámbitos de la realidad, que los liga unos a otros y se extienden desde el orden natural, tomado en su conjunto, al orden espiritual o ético si se prefiere. En virtud de estas correspondencias, la naturaleza no es en sí misma más que un símbolo, un soporte para elevarnos en el espacio de la libertad.

La *chaîne* es, al mismo tiempo, el símbolo que presenta la unidad pasado/presente y el que rompe la supuesta autonomía de una esfera de acción. Es también símbolo del cosmos en el ir y venir por el delicado equilibrio entre el orden y el caos. La política, siempre amenazada, puede perderse con cualquier movimiento en falso y su significado puede de pronto oscurecerse, de allí su fragilidad.

Sólo aquellos que mediante la razón —el sacrificio— pueden superar las limitaciones y reconocerlas como impedimentos que son para el deslizamiento eficaz de la *chaîne*, tienen la capacidad, y deben, actuar en consecuencia. Los principios son excelsos y no se demuestran. Se percibe directamente su verdad porque la especificidad del individuo constantiano está en su libertad y en la capacidad de sacrificio para luchar por ella día tras día hasta conquistarla. Si ha brillado esa luz es porque prevalecen, sin duda, rodeos y desvíos, pero no hay regreso. Luz en su sentido más profundo: solar, espiritual. Pero la luz perfecta es inimaginable sin la oscuridad; la luz puede abandonar su camino, su rumbo, se puede perder y sumergir en estadios inferiores. Hay que evitarlo valerosamente. La luz sin caminos unidireccionales, sin garantía de dominio, anclada en portadores siempre finitos, pero igualmente refulgentes que sacrifican y saben que la perfección es inalcanzable, pues ésta haría superflua la libertad.

Constant lucha con sus principios en medio de la azarosa vida de Francia. El centro permanece, la rueda gira. El hilo que sostiene los eslabones de la *chaîne* puede quebrarse. Se preocupa entonces por las formas constitucionales que, frágiles como todo acuerdo humano, permitan la transmutación. Insiste, a lo largo de su actividad política, en los principios ordenadores de las relaciones entre los hombres en ese espacio social que antes se llamaba ciudad. Apasionada y seriamente se ocupa del derecho, porque está consciente de su responsabilidad en los asuntos de los hombres y se compromete en la contienda política de su tiempo al convertir el poder legislativo en soberano dentro del precario equilibrio de fuerzas. Sabe que existen varias formas de derecho, no sólo la legalidad estatal, de ahí que defienda la multiplicidad en la unidad, los derechos anteriores al estado que no son un mero *factum*.

Como Montaigne, Constant sabe que las leyes se obedecen no porque sean justas sino porque son leyes y allí reside la fuerza mística de su autoridad; como Montesquieu, piensa en ese delicado juego de pesos y contrapesos que permite organizar el reino de lo social. Contra Rousseau y la subjetividad del yo colectivo, opone el individuo oscuro, que es al mismo tiempo plural pues se encuentra inmerso en una colosal red de relaciones, lo cual no impide defender su sacrosanta libertad política, que no es una graciosa concesión del poder público sino el derecho de resistencia del ciudadano frente a la arbitrariedad de los poderes todos.

Stendhal advirtió hace ya muchos años que el despotismo se presenta como un gobierno normal, de ahí su peligro porque oculta un amo. Constant ya había reparado en el simulacro y lo puso en evidencia bajo el régimen napoleónico. También el Terror se invistió como un gobierno de la mayoría y camufló el hecho de que esa instancia política, que de hecho no pertenece a nadie pero en la cual todos se reconocen, estaba en manos del "despotismo de la libertad".

Muchas opiniones se han vertido sobre Constant. Tal vez sus contemporáneos advirtieron los matices, errores y limitaciones de su humana naturaleza mejor de lo que nosotros podemos hacerlo a la distancia. Las acusaciones, falsas o verdaderas, en realidad no interesan. El juicio —facultad humana por excelencia— no puede basarse sólo en abstracciones, requiere también del pensar y el sentir. Constant mantiene abierto el símbolo, ese antiguo fondo donde lo pasajero se borra y queda el sentido esencialmente sintético, punto de apoyo que despeja posibilidades de comprensión.

La política se acompaña siempre de un modelo “ideal”, de lo contrario se convierte en una mera gestión administrativa. Al mismo tiempo es empírica: verifica sobre los hechos, corrige y vuelve a corregir. Si no fuera así se mudaría en una abstracción. Aun cuando el modelo —la dimensión imaginaria— sea a largo plazo, la política tiene que manejar los diversos niveles de la realidad, que aparecen simultáneamente como en una escena teatral; la necesidad y el tiempo.

Constant participó activamente en la política armado con sus principios de política aplicables a todas las formas de gobierno, ya fuera monarquía o república, para que garantizaran el ejercicio de la libertad. Ello explica sus ires y venires y también su “alianza” con Napoleón tras la aguda crítica al emperador. Fue acusado de oportunista por tirios y troyanos. Cabría preguntarse entonces ¿en qué consiste el oportunismo político?¹ Constant defendió sus principios con y frente a Napoleón, lo que evidentemente no era fácil; con y frente a los borbones y los *ultra*, y también con amigos y enemigos de la *classe intermédiaire*. Desesperó, es cierto, pero como Ariosto siguió en la lucha hasta el fin.

¹ Nadie como Shakespeare nos puede dar una abreviada lección. En *Hamlet* (III, 2) se entabla un diálogo ejemplar entre el príncipe de Dinamarca y Polonio. El primero dice: “Veis aquella nube cuya forma es semejante a un camello”, y Polonio: “parece un camello realmente”. Hamlet: “Yo creo que parece una comadreja”. Respuesta: “Tiene el dorso de una comadreja”. El príncipe: “O de una ballena”. “Exacto, de una ballena”, asiente su interlocutor.

El lenguaje de Constant es incisivo, no un mero objeto a la manera del positivismo decimonónico que pretende reflejar como en un espejo la realidad social y que ya es historia. Permanece la imagen del individuo constantiano, quien no es la de un espectador pasivo, ni soberano sometido y empírico. Es aquel que exige, defiende a ultranza y comunica su libertad y resistencia a la opresión. Vive intensamente en su espacio social, no obstante las dificultades que supone llegar a puerto. Pero en su fortaleza, en su centro, permanece activo mientras gira la rueda del mundo.

Los principios toman tierra y se enfrentan a la precariedad, al azar y a la necesidad en medio de la historia que se vive y se hereda. El genuino pensamiento político pone a prueba sus principios en situaciones concretas y cambiantes. Las convenciones son *factices*, pero de ellas depende la continuidad y la conservación misma de la nación. Lejos del torrente, pero en la cresta de la ola, Constant forja los medios —normas constitucionales— para tratar de alcanzar el fin supremo y último: la libertad. Analiza cuidadosamente la legitimidad —convención *factice*—, cuya fuerza misteriosa exorciza el miedo y, paradójicamente, se realiza en el tiempo, no en las aguas pantanosas del origen que no existe y se inventa *a posteriori*. Al recurrir al poder neutro —ficción, ser abstracto, no humano, que está en todas partes y en ninguna, irresponsable como siempre— mantiene lo sagrado en el ámbito de la política. La consagración del poder es ahora constitucional, el derecho divino de los reyes se ha vuelto laico y está grabado con letras de oro en las nuevas tablas de la ley.

Comprender, no explicar. Nada está aislado, *¡tout se tient!*² El análisis constantiano se convierte en precursor de la antropología política al mirar el todo con los lazos invisibles que lo conforman, analogías y correspondencias insospechadas. Su mirada se mueve en diversos planos, su reflexión busca la unidad en la rica y variada multiplicidad

² Tal y como explica Claude Lefort, "la política no es un sector particular de la vida social. Ella implica, por el contrario, la noción de un principio o un conjunto de principios generadores de las relaciones que los hombres mantienen entre ellos mismos y con el mundo". (Claude Lefort, *op. cit.*, p. 8) Lefort busca la impronta de la política en los hechos, los actos, las representaciones, las relaciones en una forma de sociedad y su dimensión simbólica. Constant parte del *¡tout se tient!*, donde cuando un eslabón se rompe amenaza al conjunto.

que la conforma, su concepción del tiempo simultáneo le permite ir y venir por el antiguo presente mientras observa atentamente los acontecimientos y prepara el porvenir. Por ello, puede forjar principios y pretender que sean verdades —no vanas teorías—, faros que factiblemente iluminen la acción, dirijan la marcha y transmitan evidencias que garanticen la continuidad.

En la práctica parlamentaria y en la prensa, Constant hizo gala de su lucidez y de su pasión. Sus principios se enfrentaban a la realidad sinuosa y compleja cuando parecía posible volver al antiguo régimen, pero lo nuevo siempre se construye sobre lo viejo. Imposible inventar otro país. Como Talleyrand, su ilustre contemporáneo, contemplaba el panorama, no los retrasos accidentales. Se jugaba el destino de Francia.

Mesura, razón, equidad han sido motivo de preocupación a lo largo de la historia, pero su triunfo es impensable sin sus opuestos: la desmesura, el error, la desigualdad. Las pasiones, los instintos, el accidente —como señaló Tocqueville— tienen un papel importante aunque es difícil precisarlo. Sólo cuando la política actúa entre hombres libres, los límites se establecen por añadidura como quería Constant. El sueño parece irrealizable, pero hay que vivir como si fuera posible lo imposible.

A través de las reflexiones constantianas, algunas respuestas se dibujan para las preocupaciones actuales, pero las preguntas siguen formuladas, inevitablemente, porque no hay nada definitivo. Preguntar es la tarea, hacer un alto en el camino, ¿qué tenemos hoy?: ¡a cada siglo sus problemas!, solía decir. Igual que a principios del siglo XIX, el caos parece preceder al impulso —dimensión incalculable— y, por lo tanto, azaroso. No se perfila todavía con claridad el espíritu de la nueva época. Lo único seguro es la inseguridad y en ella tenemos que pensar la libertad de los modernos.

Benjamin Constant es un viejo conocido en México. José María Luis Mora era su atento lector; Lucas Alamán le conoció en París y seguramente le interesó ese liberalismo conservador atento a no lastimar el tiempo. El poder neutro se estableció en México en

1836. Mariano Otero —al decir de Jesús Reyes Heróles— siguió atentamente el escrito sobre la perfectibilidad y debió haberle llamado la atención la dignidad del Congreso en la obra constantiana.

No se ha hecho todavía un estudio sobre la influencia de Constant en México, pero es indudable que un pensador representante de esa difícil transición entre la revolución y la monarquía de Luis Felipe, iluminaba la turbulenta historia mexicana de aquellos años. La experiencia francesa era el espejo. Convidemos a Constant, otra vez, al escenario “posmoderno”.

Maestro para quienes se ocupan del análisis del discurso político, Constant pone en evidencia los simulacros, critica radicalmente el lenguaje de los poderosos y entonces el rey va desnudo. La opinión razonable desbarata eufemismos y deja mudos a quienes pretenden cubrir las apariencias con una retórica irracional.

Constant publicista estudia, confronta, busca asesoría en temas difíciles y exhibe a quienes, ya a la derecha, ya a la izquierda, sólo pretenden el consenso “popular” sin la responsabilidad indispensable de un poder legislativo digno de este nombre. Todos los poderes pasan por el cedazo de la crítica, los abusos se denuncian, los límites se establecen día tras día.

En el reducido espacio donde se juega la lucha liberal —hoy se llama democrática—, razonar es esencial. Quien no comprenda los discursos que no se sienta afligido: son incomprensibles. Hay verdades que rebasan los conceptos y han salido directamente del corazón de la propia historia. No es un problema de teorías, sino de sensibilidad y olfato político mientras los principios dirigen la acción. Jamás se puede permitir una arbitrariedad, pues una sucede a la otra.

Las garantías —normas constitucionales— no son perfectas. El estado de derecho que soñaba Constant y contribuyó a fundar, sólo se puede alcanzar en la lucha cotidiana,

y no se establece de una vez y para siempre. Multiplicidad de leyes perturban el orden. En el edificio constantiano, al igual que para los liberales de su tiempo, únicamente los ciudadanos activos tenían derecho a la representación, pero el voto popular, por importante que fuera, no garantizaba la voluntad general. Una nación es más que un resultado electoral y si no puede pedir cuentas a sus representantes coloca otro poder sobre sus hombros. Constant se detiene largamente en las asambleas representativas que deben ser animadas pero razonables y con límites precisos.

La convención legitimadora y su “fuerza misteriosa” va y viene y, sin embargo, sólo legitima el tiempo. Tal parece que el poder necesita un aura y en ella reside su verdadera fuerza. Constant pensaba que era difícil en la repúblicas rodearse de majestad. Tiene razón : si cualquiera puede representar, la representación pierde su encanto. La forma de gobierno se puede modificar en una convención y permitir la crítica implacable a los ministros responsables mientras un poder muy por encima de ellos preserva la nación. No es una persona, un rey o un iluminado, es un poder abstracto más allá de la representación.

Lo sagrado ha acompañado al poder a lo largo de la historia. Un sustrato de realidad oscuro y secreto, un aura, una sombra parecen dar sentido a su existencia. Sin aura, el poder es cuestionable y se rompe la relación profunda con los gobernados. El peligro de que el aura sea muy intensa se remedia con la constitución, mientras la libertad pertenece al individuo consciente de su poder y no dispuesto a ceder sus reservas de soberanía.

El poder abstracto da testimonio de sí y mantiene el orden, pero, a la vez, se diferencia de él. Constant construye el edificio con reglas precisas y el poder neutro vigila. No es un ejercicio inútil reflexionar sobre el tema: las sociedades modernas inventan también, para encubrir una realidad que duele o humilla y una vez “muerto dios”, poderes invisibles y lo sagrado permanece. ¿Cómo pensar entonces la política?³

³ “La paradoja es que toda la aventura que se juega con la formulación de una nueva idea de estado, de pueblo, de nación, de humanidad, tiene sus raíces en el pasado.” A pesar de la ruptura entre religión y política, hay una dificultad, sin duda, para evitar la dimensión imaginaria de la primera. Claude Lefort se pregunta: “¿no será un

Las barreras infranqueables para todos los poderes se encuentran en los sacrosantos derechos individuales. La mirada de Constant se posa en el individuo soberano, centro de toda su reflexión. Si bien se pierde en la multitud, en la profunda soledad del yo, aturdido por la opinión y sin ninguna influencia en el conjunto, tiene derechos inalienables. Mientras el discurso los exalta, la realidad los niega.

En la Francia napoleónica el individuo yacía bajo el honor imperial; en la modernidad los ciudadanos activos yacen bajo una inmensa red burocrática y financiera que los envuelve. El poder, señala Foucault, se ejerce también horizontalmente, no en la simple dicotomía gobernantes/gobernados; penetra en todos los resquicios de la sociedad. El individuo defiende su fortaleza contra viento y marea o se abandona en medio de la tormenta. Es una tarea urgente poner en evidencia el simulacro, de lo contrario es inútil hablar de democracia.

Interés especial merece la concepción constantiana del tiempo simultáneo. Vivimos en un culto al presente delirante, se ha borrado de un plumazo el antiguo presente no obstante que la historia la heredamos para bien o para mal. Los discursos la maquillan, hay que quitarles las máscaras. La ficción cubre la historia mexicana desde sus inicios: quiso ser liberal y es borbónica; quiso ser federalista y la tan ansiada unidad en la multiplicidad sólo está inscrita en las constituciones sucesivas.

La división de poderes es una bella promesa. Múltiples tiempos en el mosaico nacional, culturas que parecen haber permanecido en la Colonia, una minoría en la "posmodernidad". Las reformas borbónicas se suceden bajo el cielo liberal, la Revolución mexicana —hoy asunto de anticuarios— no cumplió sus metas de justicia social. Entramos desarmados al ciclo globalizador. Se ha lastimado al tiempo, diría Constant, las verdades intempestivas sólo pueden imponerse gradualmente al razonar.

problema para el pensamiento político y filosófico asumir sin disfraz lo trágico de la condición moderna?" Véase Claude Lefort, "Permanence du théologico-politique?", *op. cit.*, pp. 295-300.

No tenemos atrás el modelo griego para iluminar el presente; sí al despotismo como práctica. Se necesita la “mano temblorosa” de Montesquieu. Prestarse a los cambios insensibles, aconsejaba Constant, aprender de los fracasos, porque hay semillas de libertad en la propia historia desde sus comienzos legendarios, que han brotado una y otra vez a lo largo del camino. Allí están para transmitirlos al presente, y son principios que han tejido la cadena mexicana entre antiguos y modernos..

México tiene sus clásicos y su cultura no está al margen de Occidente, pero la historia maquillada ha impedido la comprensión del tapiz tejido por amigos y enemigos, héroes y villanos. Difícil distinguir el bien y el mal, las luces y las sombras en el claroscuro. Pensar la historia no para extasiarse en los archivos, sino para recuperar los hilos que la conforman. Dejar atrás errores y prejuicios, someter a la crítica más radical instituciones del pasado y del presente es una responsabilidad política. No podemos dejar de atender las reformas prematuras, la estabilidad *factice*, los anacronismos desmesurados. Constant deja como herencia la crítica y no podemos eludirla.

La opinión conforma a las instituciones que deben modificarse de acuerdo con el lento transcurrir del tiempo para evitar lo que ahora se ha dado en llamar ingobernabilidad. Las instituciones obsoletas son peligrosas para la conservación y el cambio, habría que reinventarlas, corregirlas una y otra vez y aterrizarlas en tierra firme. El tiempo político exige la correcta comunicación, porque si no se atenta contra el “misterio de la autoridad”. Si el gobierno es débil se obliga a la arbitrariedad; con límites precisos y debidamente vigilado tiene que conducirse con prudencia y escuchar a la opinión. El arte de gobernar no se improvisa a voluntad; hay normas precisas para ejercerlo, pero no tiene derecho a lastimar al tiempo.

Nada se logra con la pasividad, parece decir Constant. Sólo la lucha apasionada y permanente haría posible los cambios insensibles. ¿Ilusiones revolucionarias en el progresismo? Tal vez. El mundo liberal que dibuja Constant tiene por actores principales

a los individuos libres y soberanos porque la libertad no se delega, nadie la representa, es la única y verdadera propiedad.⁴ A mayor número de individuos concebidos a la manera constantiana, menor importancia de los poderes “estacionarios”. El liberalismo no es un simple problema político. Si bien se mira es una cuestión social y cultural. La mirada recorre la inmensa telaraña que rodea al centro hacia el panorama concreto, más allá de la política. Ver, solamente ver.

La compleja relación entre política, moral y religión señalada en el análisis constantiano invita a reflexionar. No basta separar Estado e Iglesia, el respeto a las creencias —imponer una opinión es tiranía— constituye la verdadera tolerancia. Hay que aprender a ser laicos y disfrutar del derecho a equivocarse. Un pueblo profundamente religioso por usos y costumbres, con pasiones exacerbadas que rayan en el fanatismo, se niega al discurso modernizador, y es su derecho. Siglos de religiones sacerdotales y de poderes arbitrarios unidos y desunidos cubren el paisaje mexicano. La miseria, una desgracia para Constant, era necesario abatirla si se quería pensar en la educación de un pueblo. ¿Por dónde empezar?

Se pueden separar política, moral y religión en el escritorio, pero la realidad es más compleja. Hoy se conjuga en todos los tiempos el verbo tolerar, pero la intolerancia es “salvaje”, señala Umberto Eco, se inicia desde la cuna y las bondades de la razón se muestran impotentes frente a ella. Migraciones o inmigraciones han puesto sobre el tapete la noción de identidad múltiple y compleja bajo la máscara del yo; no basta la “fortaleza”, ni los discursos teñidos de pluralismo; los derechos individuales tienen que respetarse en la práctica concreta, todos los días y a todas horas, pues son tan naturales, diría Constant, ni siquiera se discuten.

⁴ Los derechos del hombre y del ciudadano, defendidos a ultranza por Constant, son principios generadores de democracia. Lefort pone en evidencia la dimensión simbólica de dichos derechos y hace reconocer que ella es constitutiva de la sociedad política. Véase Claude Lefort, “Droits de l’homme et politique”, *L’invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire*.

Límites y más límites para evitar la desmesura, pero el problema es tan viejo como el mundo. Por doquier normas, leyes y prohibiciones conforman a las sociedades antiguas y modernas. En las convenciones *factices* se inventaron monarquías y repúblicas, limitadas ya por la voluntad del pueblo o por derecho divino: Roma tenía un senado y cónsules plebeyos, y los límites se rompían una y otra vez; Marco Aurelio soñaba con un estado de derecho. Las asambleas representativas datan del medioevo. En plena modernidad volvieron a ellas Inglaterra y su “gloriosa revolución”; y Francia, que inició la revolución con un clamor por lo estados generales silenciados por el absolutismo; España durante la invasión napoleónica, que recuperó las cortes vigentes desde el siglo XII. Todas ellas buscaron en lo antiguo el presente, reinventaron y transmitieron. Los límites se esgrimen en el quehacer político porque, desafortunadamente, no se establecen por decreto.

En el corazón de los escritos constantianos se encuentra la noción de límite. El acontecer mismo le llevó a insistir en ella, en medio del caos que rodeaba a las convenciones y cuando el optimismo ilustrado se perdía en la tinieblas. Había que construir, gradualmente, los peldaños que condujeran a la libertad. En este sentido, su reflexión tiene luz propia y representa la difícil transición posrevolucionaria.

1789 y sus secuelas modificaron las expectativas del siglo anterior con nuevas tareas y nuevos retos. Constant toma elementos del pasado y del presente para la conservación y el cambio. Se trataba de preservar Francia, nada más y nada menos. Se inventa en el camino, sobre la marcha, con la ayuda de los dioses y de los demonios. Un país no se dibuja en el escritorio. Constant siempre criticó la vanidad de quienes pretendían hacerlo y lanzaban consignas incendiarias irresponsablemente..

Los moderados construyen en medio de todos los radicalismos, operan con la ilusión de un orden aunque su funcionamiento se nos escape. No se trata de explicar solamente,

como pretende la fe secularizada, sino de comprender. El voluntarismo no edifica, pues no se puede partir de cero, cambiarlo todo.

La obediencia es misteriosa. La servidumbre voluntaria abate necesariamente el optimismo. Etienne de la Boétie ya lo hacía notar en el siglo XVI: alegre y caprichosa, la opinión se pliega a los deseos de los poderosos, busca seguridad, no libertad. ¿Tenía razón Napoleón cuando afirmaba que Francia le adoraba? Constant respondía que cuando sólo hay interés en el corazón del hombre todo puede ocurrir. El despotismo se sucede con la indiferencia, el egoísmo, el cálculo. Sin libertad política y la decisión de ejercerla plenamente, no puede haber un sistema liberal.

La Ilustración heredó del Renacimiento la idea del hombre como la medida de todas las cosas. El microcosmos de Marsilio Ficino, la dignidad humana en el famoso discurso de Pico della Mirandola, la "torre" de Montaigne. Voltaire, en el siglo XVIII, sólo quería "cultivar su jardín". El yo moderno se iba construyendo paso a paso con su arrogancia y sus limitaciones, y ponía el universo a su disposición. Todo parte del hombre y vuelve a él. ¡Vana ilusión! El caos nos envuelve y conquistar un cosmos parece una tarea sobrehumana, aunque los hombres piensan alegremente que son autónomos.

Constant lo sabía muy bien, y atendió al todo concreto para tratar de fijar un orden y un destino en el tiempo simultáneo, y las luces —el cosmos—, no las tinieblas —el caos—. Entre la luz y la sombra proseguiría la marcha, porque no hay nada definitivo. Al hacerlo, sacralizó la libertad individual al igual que muchos de sus contemporáneos. Baste recordar que el lema político-religioso con pretensiones absolutas y universales, "Libertad, Igualdad y Fraternidad", se pronunció por primera vez en el salón iluminista del conde de Saint Martin. Difícil explicar las nociones herméticas en la Ilustración, que posiblemente se transmitían en las sociedades secretas presentes en toda Europa.

El romanticismo acompañó a la Ilustración y colocó al hombre envuelto en el caos y en múltiples infinitos. La atmósfera de la época, aunada a la inestabilidad, hizo que

muy pronto se perdiera la confianza en la razón y el yo perdió su carácter de rey del universo. Hablar del individuo puede ser un sinsentido si aparece como algo condicionado por la sociedad y por la historia.

¿Dónde queda entonces la libertad? Alrededor de ella han girado reflexiones de poetas, teólogos y filósofos durante milenios. La libertad también es misteriosa; hay que pensarla, sin embargo, como meta atemporal. Tal vez sólo con un íntimo sentimiento de su existencia se pueda preservar y merecer. Pero si los políticos la ofrecen, desconfiemos, porque ellos deben limitarse a cumplir con sus múltiples obligaciones y no a turbar el reposo de los privados.

En el fondo de la representación constantiana el microcosmos preserva su centro espiritual y exige respeto a todos los poderes estacionarios, los limita, para buscar su propio orden, su propio destino, no sin dificultades. Busca la luz para abatir sus propias tinieblas.

La física contemporánea cambia una y otra vez sus paradigmas. La flecha del tiempo irreversible puede encontrar durante su trayectoria bifurcaciones, estructuras disipativas, agujeros negros. Ha tiempo murió la concepción mecanicista, el determinismo es obsoleto. Con una metodología rigurosa y un lenguaje matemático preciso, el científico, con toda modestia, lanza preguntas al universo. No siempre obtiene respuestas, pero la búsqueda prosigue. Hoy la ciencia se hermana con la filosofía y piensa el lugar del hombre en el macrocosmos igual que en la antigua Grecia, igual que en el Renacimiento.

La mirada de Constant puede ayudarnos a pensar nuestro mundo urgido de fantasía, sin descuidar la historia efectiva, pero lejos del torrente. La política parece haber quedado a la zaga de las grandes transformaciones mundiales. Lo nuevo se manifiesta en diversos signos. El tiempo político, en su lento transcurrir, se ha acelerado a niveles insospechados. El siglo de los grandes incendios, de las innovaciones tecnológicas,

parece haber cambiado el rumbo de la historia, pero su continuidad no se rompe a voluntad.

Constant apelaba a la imaginación y a la juventud de los antiguos para arrancar a los modernos del *bonheur* doméstico. El arte de la política, la creación de convenciones *factices* acordes con el nuevo siglo, es el reto y la condición indispensable para proseguir la marcha. Porque entre el sueño y la historia se trata de construir puentes firmemente anclados en la tierra, entre el cielo y el abismo, entre la fortaleza y la precariedad. Los caminantes los atraviesan armados con los principios, cargados de derechos y deberes, y avanzan gracias al sacrificio —la razón— para depositar sus frutos en la otra orilla. Eterno peregrinar de la marcha progresiva.

APÉNDICE

CRONOLOGÍA DE BENJAMIN CONSTANT

- 1767 25 de octubre. Nacimiento de Benjamin Henri Constant en Lausanne, Suiza. Hijo de Juste de Constant Rebecque y de Henriette de Chandieu. Su padre es capitán en un regimiento al servicio de Holanda. Su madre, quien muere el 10 de noviembre del mismo año, descende de una familia de hugonotes francesa que había abandonado el país galo tras la revocación del Edicto de Nantes.
- 1772 Benjamin es confiado a su primer preceptor, el alemán Strölin, quien le enseña griego.
- 1774 A cargo de su hijo, el padre de Constant le asigna un nuevo preceptor, el médico de la Grange, y permanece en Suiza hasta 1777, cuando la familia viaja por Bruselas y Holanda, para regresar nuevamente a la tierra natal. Nuevo preceptor en 1776: Gobert.
- 1779 Composición de la novela *Les chevaliers* en cinco cantos, que permanecerá inconclusa.
- 1780 Primer viaje a Inglaterra por dos meses en compañía de su padre. Regreso a Lausanne. Al cuidado de un cuarto preceptor.
- 1782-1783 Estudios en la Universidad de Erlangen.
- 1783 8 de julio. Benjamin y su padre pasan una estancia en Edimburgo, donde el joven se enlista en la universidad. Interviene activamente en los trabajos de la *Speculative Society*.
- 1785 Mayo-agosto. Estancia en París en casa de los Suard, donde probablemente conoce a filósofos importantes.
- Agosto. Bruselas.
- Finales de noviembre. Permanece durante un año en Lausanne y comienza sus estudios sobre el politeísmo.
- 1786 Retorno a París como huésped, nuevamente, del escritor Suard.
- 1787 Conoce a Isabelle de Charrière, muchos años mayor que él, con quien mantendrá una intensa correspondencia en los años siguientes. Publica de

manera anónima *Essai sur les moeurs des Temps héroïques de la Grèce*, traducción del segundo capítulo de la obra del escocés John Gilles.

23 de junio. Escapada a Inglaterra lejos de preceptores y familiares.

Septiembre. Regreso a Lausanne.

1788 Febrero. Se instala en Brunswick, donde obtiene un cargo como chambelán de la Corte del Duque.

1789 Mayo. Contrae matrimonio con Guillermina von Cramm.

Lausanne. Conoce a Carlota de Hardenberg. Problemas conyugales. Suiza.

1794 19 de septiembre. Entra en contacto con Madame de Staël y se precipita la ruptura con Madame de Charrière.

1795 25 de mayo. Llega a París en compañía de Madame de Staël. Antes viajan a Mézery.

24-26 de junio. Publica sus primeros artículos políticos, las *Lettres à un député de la Convention*, aparecido uno de forma anónima y el otro firmado, en el periódico de Suard *Nouvelles politiques*. Compra bienes nacionales

18 de noviembre. Obtiene el divorcio de Guillermina von Cramm.

Fin de diciembre. Acompaña a Madame de Staël a Coppet.

1796 Constant vive entre Coppet y Lausanne. Publica, en el mes de mayo, *De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s'y rallier*, con una segunda edición en junio y dos traducciones alemanas

26 de agosto. *Le Moniteur* publica su artículo *De la restitution des droits politiques*.

Noviembre. Compra el dominio de Hérivaux.

Diciembre. Coppet y otra vez París. Se consolida su relación sentimental con Madame de Staël y comienza las gestiones para obtener la ciudadanía francesa.

- 1797 30 de marzo. Publica *Des réactions politiques*, cuyo prefacio está fechado el 10 Germinal Año V, con enorme éxito.
- Fin de mayo. Publicación *Des effets de la Terreur*, que precede a la segunda edición de la obra publicada por primera vez en marzo.
- 8 de junio. Fundación del Círculo Constitucional en el hotel de Salm, donde Constant juega un importante papel. Nacimiento de Albertine de Staël, a la que algunos autores señalan como hija de Constant.
- 4 de septiembre. Golpe de estado de los partidarios del gobierno del Directorio.
- 20 de octubre. Talleyrand recomienda a Constant con Bonaparte, quien se encuentra en Italia.
- 5 de noviembre. Constant es nombrado presidente de la administración comunal de Luzarches (departamento de Seine et Oise), lo que supone un reconocimiento *de facto* de la ciudadanía francesa.
- 1798 1 de abril. Publica su escrito *Benjamin Constant à ses collègues du département de Seine et Oise*, destinado a apoyar su candidatura como diputado, empresa en la que fracasa.
- Junio. Se reúne con Madame de Staël en St. Ouen.
- Fin de octubre. Trabaja en Coppet y en Ginebra la traducción de Godwin *Political Justice*, que terminará en febrero y nunca será publicada.
- Noviembre. Publica *Des suites de la contre-révolution de 1660 en Angleterre*.
- 1799 Marzo-mayo. Fracasa en su tentativa de ser elegido diputado por Léman.
- Principio de julio. Segunda edición de *Des suites de la contre-révolution*.
- Septiembre. Comienza probablemente *De la possibilité d'une constitution républicaine dans un grand pays*.
- 10 de noviembre (18 brumario). Golpe de estado de Napoleón Bonaparte.
- 24 de diciembre. Es nombrado miembro del Tribunal.

- 1800 5 de enero. Primer discurso como tribuno: *Sur le project concernant la formation de la loi*. Desde el principio se manifiesta contrario a Bonaparte.
- 1802 17 de enero. Constant es eliminado del Tribunal, junto con otros miembros destacados de la oposición, en la primera renovación parcial de este órgano legislativo.
- Marzo. Vende Hérivaux y compra los Herbages.
- Invierno en Coppet y en Ginebra. Parece terminar su obra sobre la constitución republicana.
- 1803 En enero comienza la redacción de su primer diario, conocido con el título de *Amélie et Germaine*. Surge la posibilidad de contraer matrimonio y romper su relación con Madame de Staël.
- En agosto entra de nuevo en contacto, después de ocho años de distanciamiento, con Carlota von Hardenberg.
- 26 de septiembre. Staël recibe la orden de abandonar París. En octubre Constant le acompaña en su viaje a Alemania.
- Diciembre. Estancias en Göttingen y Weimar hasta marzo del próximo año.
- 1804 Constant se conmueve por la pureza del sentimiento religioso.
- Marzo. Constant y Madame de Staël viajan a Leipzig.
- 19 de mayo. Coppet.
- 6 de diciembre. Compañero de Madame de Staël en Lyon y después en París.
- 1804-1807 Continuos viajes por Alemania, Suiza y Francia con frecuentes estancias en Weimar, Lausanne y Coppet (Ginebra). Constant se relaciona con Goethe, Schiller, Schelling, los hermanos Schlegel, Schleiermacher y otros escritores y filósofos alemanes.
- 1805 Enero-junio. Estancia en París en los Herbages.
- 10 de julio. Regreso a Coppet.

- 1806 Comienza a escribir sus *Principes de politique*, extraídos y adaptados probablemente de su Constitución republicana. Redacta el primer capítulo de su texto sobre religión, especialmente la parte que se refiere al sentimiento religioso.
- Junio. Se reúne con Madame de Staël en Auxerre.
- Octubre. Proyecto de matrimonio con Charlotte von Hardenberg.
- 30 de octubre. Comienza a escribir *Adolphe*.
- 29 de noviembre. Se reúne con Staël en Maulan.
- 1807 27 de abril. Madame de Stael se exilia provisionalmente en Coppet.
- Agosto. Problemas con Staël, lo que lleva a Constant a refugiarse en Suiza.
- Agosto. Entra en contacto con el grupo pietista de las "Almas interiores".
- Septiembre. Comienza *Wallstein*, adaptación de una obra de Schiller.
- 6 de diciembre. Se reúne con Charlotte en Besançon. El 27 de noviembre había interrumpido la escritura de su diario, que retoma en mayo de 1811. Probablemente redacta la primera versión de *Cécile*.
- 1808 5 de junio. Contrae matrimonio en secreto con Charlotte.
- 9 de junio. París. Retoma su trabajo sobre el politeísmo, así como *Wallstein* en Coppet.
- A fines de año publica con gran éxito su tragedia *Wallstein*.
- 1809 Prosigue su trabajo sobre religión.
- 1810 Nueva entrevista con Madame de Staël.
- 1811 Fin de su relación con Madame de Staël.
- 15 de mayo. Vuelve a recobrar su trabajo acerca del politeísmo en Alemania.
- 2 de noviembre. Instalación en Göttingen con su nueva esposa y redacción de *Le cahier rouge*.

- 1812 Trabajos sobre religión.
- 1813 Prosigue sus estudios sobre religión.
- 6 de noviembre. Encuentro con Bernadotte en Hanover.
- 22 de noviembre. Utilizando los *Principes de politique* y manuscritos sobre la Constitución republicana, trabaja febrilmente en un corto tiempo en *De l'esprit de conquête et de l'usurpation*.
- 1814 30 de enero. Aparece *De l'esprit*, que se imprime y difunde rápidamente.
- 6 de febrero. Constant entra al servicio de Bernadotte, a quien sigue a Lieja para fines de marzo. Los asuntos del príncipe y de Constant no prosperan.
- 15 de abril. Después de la toma de París, Constant y Augusto de Staël parten hacia París.
- 22 de abril. Tercera edición de *De l'esprit*, que después será publicada en Londres, París y a principios de julio con una cuarta edición.
- 24 de mayo. Publicación de *Réflexions sur les constitutions, la distribution des pouvoirs et les garanties dans une monarchie constitutionnelle*. Da a conocer varios artículos en la prensa; *brochures* sobre la libertad de expresión. Prepara discursos. Actividad desbordante ligada a la preparación de la *Charte* de Luis XVIII, promulgada el 4 de junio, y a las iniciativas del nuevo régimen para restringir la libertad de prensa.
- 31 de agosto. Pasión por Juliette Récamier.
- 12 de noviembre. Escribe *De la responsabilité des ministres*.
- 1815 2 de febrero. Publica *De la responsabilité des ministres*.
- 5 de marzo. Desembarco de Napoleón en las costas francesas después de que huye de la isla de Elba.
- 11-19 de marzo. Artículos incendiarios contra Napoleón en el *Journal de Paris* y el *Journal des Débats*.
- 20 de marzo. Luis XVIII huye de París con su corte.

23 de marzo. Constant deja París ante la inminente llegada de Napoleón y se dirige a La Vendée para encontrarse con Prosper de Barante. Regreso a la capital francesa el 27 de marzo.

Abril. Se dibuja la entente entre Constant y los antiguos depositarios del Imperio, quienes buscan a un publicista liberal susceptible de conferir a la monarquía un nuevo lustre ideológico.

14 de abril. Primera entrevista con Napoleón seguida de algunas otras. El emperador le encarga la redacción de un texto que se convertirá en el Acta Adicional, un nuevo proyecto constitucional, con el auxilio de algunos consejeros de estado.

20 de abril. Nombrado consejero de estado. Es duramente criticado y publica diversos artículos en favor de la nueva constitución.

30 de abril. Para combatir a la extrema derecha propone un texto intitulado *Lettre a l'empereur*, pero no lo publica. Sin embargo lo utiliza como parte de sus *Principes* de 1815.

1o. de junio. Aparecen los *Principes de politique applicables à tous les gouvernements.*, que completa, a ojos de Constant, el Acta Adicional.

21 de junio. Manifiesto de apoyo a Napoleón.

23 de junio. Probablemente redacta una proclamación a los franceses firmada por Fouchet.

25 de junio. Es nombrado miembro de la comisión encargada de las negociaciones con los aliados, que a la postre no se realizaron.

Comienza a escribir la apología de su adhesión al imperio liberal, primer esquema de su texto ulterior. Somete el escrito a Decasez, lo que le valdría la orden de Luis XVIII de ser tachado de la lista de proscripción.

Constant publica varios artículos, lo que provoca que los periódicos receptores sean suspendidos o suprimidos.

19 de julio. Después de la derrota de Napoleón en Waterloo, Constant es condenado al exilio por el gobierno de la monarquía.

31 de octubre. Abandona París y parte a Bruselas.

- 1816 27 de enero. Se instala con su esposa en Londres.
- 8 de mayo. Publica *Adolphe*.
- Fin de septiembre. Regresa a París y termina el día 26 su diario.
- Diciembre. Aparece *De la doctrine politique qui peut réunir les partis de France* en respuesta a *De la monarchie selon la Charte* de Chateaubriand.
- 1817 En enero aparecen los primeros ejemplares del periódico *Mercur de France*, patrocinado por Constant, que da cuenta de los trabajos en las cámaras; suscita cuestiones de orden político y religioso y de vez en cuando incursiona en la literatura. Inicia a sus lectores en la visión liberal. Al margen de sus escritos periodísticos publica, según su costumbre, *brochures* de circunstancia.
- 14 de julio. Muere Madame de Staël en París.
- Agosto. Fracaso de Constant en las elecciones de la Cámara.
- Fin de diciembre. El gobierno suprime *Le Mercure*.
- 1818 El hecho importante a subrayar para este año es la creación de *La Minerve française* por Constant, Aignan, Etienne, Jay, Jouy y otros. *La Minerve* aparece semanalmente y se convierte muy pronto en arma prestigiosa contra la derecha y salvaguarda de las libertades individuales. La palabra orden es el respeto a la *Charte* interpretada según el espíritu del 89.
- Constant destaca por su defensa valerosa de la justicia.
- Conferencias en el Ateneo Real sobre religión.
- Octubre. Nuevo fracaso en las elecciones.
- 2 de diciembre. Constant pronuncia en el Ateneo Real su *Eloge de Sir Samuel de Romilly*.
- 1818-1820 Comienza la publicación de su *Cours de politique constitutionnelle*, que reúne sus grandes obras políticas y escritos de circunstancia. No figuran los *Principes* publicados durante los Cien Días, pero sus *Réflexions sur les constitutions, la distribution et les garanties dans une monarchie*

constitutionnelle traen nuevas notas importantes extraídas en lo esencial de sus antiguos manuscritos.

1819 Febrero. En plena campaña electoral, Constant pronuncia una vez más en el Ateneo Real su célebre conferencia *De la liberté des anciens comparée à celle des modernes* recogida en su *Collection complète des ouvrages publiés sur le gouvernement représentatif... formant une espèce de Cours de politique constitutionnelle*.

25 de marzo. Constant es elegido diputado por la circunscripción de La Sarthe. Goyet organiza la campaña electoral tal y como lo había hecho por La Fayette.

15 de junio. Constant y sus amigos fundan *La Renommée*, órgano cotidiano y medio poderoso para la definición de una política liberal, tanto en sus desarrollos teóricos como en sus aplicaciones prácticas.

Septiembre. Publica en *La Minerve* sus *Mémoires sur les Cent Jours, en forme de lettres*. Desde su elección en la Cámara, la participación de Constant marca los anales parlamentarios de Francia.

1820 Febrero. Asesinato del duque de Berry.

27 de marzo. Supresión de *La Minerve* y otros periódicos.

13 de junio. Supresión de *La Renommée*. Constant se une a la redacción del *Courrier français*.

Se opone valerosamente a las leyes de excepción.

Cartas de La Fayette, Constant y otros diputados de La Sarthe son confiscadas a Goyet en Mans.

20 de septiembre. Visita de Constant a La Sarthe. A su paso por Saumur graves incidentes. Viva polémica sobre el tema en la prensa. Constant publica un escrito bajo la forma de *lettre* al ministro de la Guerra.

1821 Gran actividad en la Cámara y en la prensa en contra de la reacción que se instaura y la trata de negros.

Marzo. Se lastima una pierna y queda inválido.

Constant publica *Du triomphe inévitable et prochain des principes constitutionnels en Prusse d'après un ouvrage imprimé, traduit de M. Kneff avec un avant-propos et des notes de M. Benjamin Constant, député de La Sarthe*. Probablemente la traducción fue hecha por Constant. La importancia de la *brochure* radica en la profesión de fe del prefacio y el comentario que ilumina el texto.

1821-1822 Constant retoma sus trabajos sobre religión.

Gran actividad en la Cámara y en la prensa.

1822 Enero. Publica la primera parte de su *Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri*, lo que le permite exponer sus ideas a favor de las tesis enunciadas por el autor de marras, muy conocido. La segunda parte aparecerá en 1824.

6 de junio. Duelo con Forbin-des-Issarts, quien lo insultó en la prensa.

Julio. Anuncia la publicación de su obra sobre religión por seis entregas y que se reunirían en tres volúmenes. Este proyecto no se realiza hasta 1824.

13 de noviembre. Constant fracasa en las elecciones de La Sarthe, a pesar de los esfuerzos de Goyet.

1824 26 de febrero. Constant es elegido diputado por París.

Fin de mayo. Aparece el primer tomo *De la religion considérée dans sa source, sa forme et ses développment*. Los siguientes tomos se irán publicando en 1825, 1827 y 1831.

Agosto. Aparece la 3a. edición de *Adolphe*.

1825 Actividades en la Cámara y en la prensa.

Prepara el segundo tomo de *De la religion*.

Septiembre. Publica *L'appel aux nations chrétiennes en faveur des Grecs*.

Diciembre. Pronuncia una importante conferencia; *Coup d'oeil sur la tendance générale des esprits dans le XIX siècle*. Sus comentarios sobre los saintsimonianos causan polémica en la prensa.

- 1826 Continúa con sus labores en la Cámara y en la prensa. Prepara el tercer tomo de *De la religion*.
- 1o. de febrero. Importante informe de Constant que, según su costumbre, se convierte en una verdadera exposición de su propia doctrina a partir de la obra de Dunoyer, *L'industrie et la morale considérées dans leur rapport avec la liberté*. Constant señala los límites del industrialismo y los peligros del saintsimonismo. El trabajo es más tarde reeditado en las *Mélanges*.
- 1827 Actividad notable en la Cámara, donde la pequeña minoría liberal combate por la libertad de expresión. Activo, asimismo, en la prensa.
- Agosto. Viaje triunfal por Alsacia.
- Noviembre. Constant es elegido diputado por París y el Bajo Rin, aunque opta por la representación del segundo caso.
- 1827-1828 Publicación de los *Discours à la Chambre des Députés* en dos volúmenes.
- 1828 Prosigue su intensa actividad en la Cámara y en la prensa.
- Septiembre-diciembre. Publica en los *Annales Romantiques* un pasaje del prefacio a la tercera edición de *Adolphe*. Llamada discreta a la Academia Francesa.
- 1829 Agosto. Publica *Mélanges de littérature et de politique*, donde reúne viejos artículos y otros inéditos como *Sur la perfectibilité*. Las *Mélanges* constituyen una verdadera *summa* del pensamiento constantiano.
- Agosto. Acepta colaborar en *Le Temps*.
- Octubre. Impresión de la segunda parte de su estudio *Réflexions sur la tragedie* que aparece posteriormente en la *Revue de Paris*.
- Noviembre. Nueva reimpresión de las *Mémoires sur les Cent Jours*.
- 1830 Gran participación en las páginas de la prensa.
- Febrero-julio. Publicación en la *Revue de Paris* de tres importantes artículos: *Souvenirs historiques, À l'occasion de l'ouvrage de M. Bignon y Aristophane*.

Junio. Reelección de Constant por Estrasburgo.

Julio. Constant, gravemente enfermo, es llamado a París para tomar parte activa en la instalación del nuevo régimen. Redacta, junto con Sébastiani, una declaración en favor de Luis Felipe de Orleans. El nuevo rey le nombrará poco después presidente de una sección del Consejo de Estado.

19 de noviembre. Pronuncia su último discurso ante la Asamblea defendiendo a los impresores y a los librereros.

8 de diciembre. Muerte de Constant.

12 de diciembre. Funerales nacionales y entierro en el cementerio de Père-Lachaise.

BIBLIOGRAFÍA

a) Obras citadas

BALZAC, Honoré de. *Los decadentes*. EDISVENSA. Barcelona, 1968.

BARBERIS, Mauro. *Benjamin Constant, Rivoluzione, Costituzione, Progresso*. II Mulino. Bologna, 1988.

BENICHOU, Paul. *La coronación del escritor*. Fondo de Cultura Económica. México, 1981.

CASTORIADIS, Cornelius. *L'institution imaginaire de la société*. Editions du Seuil. Paris, 1975.

CONSTANT, Benjamin. *Adolphe, Le Cahier Rouge, Cécile*. Editions Gallimard. Paris, 1951.

----- *Mélanges de Littérature et de Politique*. Pichon et Didier. Paris, 1829.

CHATEAUBRIAND. *Mémoires d'outre-tombe. Tome II*. Librairie Générale Française. Paris, 1973.

DEGUISE, Pierre. *Benjamin Constant méconnu*. Librairie DROZ. Genève, 1966.

DUMONT-WILDEN, L. *La vie de Benjamin Constant*. Librairie Gallimard. Paris, 1930.

FURET, François; RICHET, Denise. *La révolution française*. FAYARD. Paris, 1973.

GAUCHET, Marcel (ed.). *De la liberté chez les modernes*. Librairie Générale Française, Collection Pluriel. Paris, 1980.

HARPAZ, Ephraïm (ed.). *Benjamin Constant publiciste, édition critique*. Editions Slatkine. Genève, 1987.

----- *Benjamin Constant. Recueil d'articles*, Le Mercure, La Minerve et La Renommée. 2 tomes. Librairie DROZ. Genève, 1972.

----- *Benjamin Constant et Goyet de La Sarthe, correspondance 1818-1822*. Librairie DROZ. Genève, 1973.

HOFMANN, Etienne (ed.). *Les "Principes de Politique de Benjamin Constant", la genèse d'une oeuvre et l'évolution de la pensée de leur auteur, 1789-1806. Tome I.* Librairie DROZ. Genève, 1980

HOFMANN, Etienne (ed.). *Les Principes de Politique de Benjamin Constant, texte établi d'après les manuscrits de Lausanne et de Paris avec une introduction et des notes. Tome II.* Librairie DROZ. Genève, 1980.

LEFORT, Claude. *Essais sur le politique XIX^e-XX^e siècles.* Editions du Seuil. Paris, 1986.

----- *L'invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire.*
Fayard. Paris, 1981.

MARIÁS, Julián. *La filosofía en sus textos.* Editorial Labor. Barcelona, 1963.

POULET, Georges. *Benjamin Constant par lui-même.* Editions du Seuil. Paris, 1968.

ROULIN, Alfred; ROULIN, Suzanne (introduction et notes). *Benjamin et Rosalie Constant, correspondance 1786-1830.* Editions Gallimard. Paris, 1955.

STENDHAL. *Le rouge et le noir.* Editions Gallimard. Paris, 1972.

THOMPSON, Patrice. *Benjamin Constant. Deux chapitres inédits de L'esprit des religions, 1803-1804.* Librairie DROZ. Genève, 1970.

TOURNIER, Michel. *El vuelo del vampiro.* Fondo de Cultura Económica. México, 1988.

b) Estado actual de la bibliografía sobre Benjamin Constant

De entre la inmensa cantidad de libros y artículos sobre Benjamin Constant, se ofrece a continuación un listado con solamente los trabajos recientes más importantes relacionados con el pensamiento político del autor.

BASTID, P. *Benjamin Constant et sa doctrine.* 2 vols. Armand Colin. Paris, 1966.

BOÏTUZAT, François. *Un droit de mentir?: Constant ou Kant.* Presses universitaires de France. Paris, 1993.

CALL, Michael J. *Back to the garden: Chateaubriand, Senancour and Constant.* Anma Libri. Saratoga, 1988.

- CANDAUX, Jean-Daniel (ed.). *Correspondance (1787-1805) / Isabelle de Charrière, Benjamin Constant*. Editions Desjonquères. Paris, 1996.
- CONSTANT, Benjamin. *Cent lettres/Benjamin Constant*. Choies et présentées par Pierre Cordey. Bibliothèque romande. Lausanne, 1974.
- *Fragments d'un ouvrage abandonné sur la possibilité d'une constitution républicaine dans un grand pays*. Aubier. Paris, 1991.
- COURTNEY, C. P. *A guide to the published works of Benjamin Constant*. Voltaire Foundation. Oxford, 1985.
- CRICKSHANK, J. *Benjamin Constant*. Twayne Publishers Inc. New York, 1974.
- DENTAN, Michel. *Le texte et son lecteur: études sur Benjamin Constant, Villiers de l'Isle-Adam, Ramuz, Cendrars, Bernanos, Gracq*. Editions de l'Aire. Lausanne, 1983.
- DIEZ DEL CORRAL, E. *El liberalismo doctrinario*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1945.
- DODGE, G. H. *Benjamin Constant's Philosophy of Liberalism*. University of North Carolina Press, 1980.
- FILANGIERI, Gaetano. *La scienza della legislazione*. Comento de Benjamin Constant. Istituto poligrafico e zecca dello Stato. Roma, 1984.
- FONTANA, Biancamaria. *Benjamin Constant and the post-revolutionary mind*. Yale University Press. New Haven, 1991.
- HARPAZ, Ephraïm (ed.) *Positions de combat à la veille de juillet 1830: articles publiés pour Benjamin Constant dans le Temps, 1829-1830*. H. Champion. Paris, 1989.
- HILT, Douglas. *Ten against Napoleon*. Nelson-Hall. Chicago, 1975.
- HOLMES, S. *Benjamin Constant and the Making of Modern Liberalism*. Yale University Press. New Haven, 1984.
- JASINSKI, B. W. *L'engagement de Benjamin Constant. Amour et Politique (1794-1796)*. Minard. Paris, 1971.
- KELLY, George Armstrong. *The humane comedy: Constant, Tocqueville and French liberalism*. Cambridge University Press. Cambridge, 1992.

- KLOOCKE, K. *Benjamin Constant. Une biographie intellectuelle*. Librairie Droz. Genève-Paris, 1984.
- NICOLSON, Harols George. *Benjamin Constant*. Greenwood Press. Westport, 1985.
- SÁNCHEZ MEJÍA, María Luisa. "La actualidad de Benjamin Constant", *Revista de Occidente*, núm 67, enero de 1987.
- SCHEMERHORN, Elizabeth. *Benjamin Constant. His private life and his contribution to the cause of liberal government in France (1767-1830)*. Haskell House Publishers Ltd. New York, 1970.
- THOMPSON, P. *La religion de Benjamin Constant. Les pouvoirs de l'image*. Pacini Editore. Pisa, 1990.
- UNWIN, Timothy A. *Constant, Adolphe*. Grant & Cutler. London, 1986.
- VERREY, Dominique; DELACRÉTAZ, Anne-Lise (coords.). *Benjamin Constant et la Révolution française, 1789-1799*. Librairie Droz. Genève, 1989.
- VIOLI, Carlo. *Benjamin Constant: per una storia della riscoperta: politica e religione*. G. Gangemi. Roma, 1985.
- WENLIE, Annaliese. *Le thème de la liberté dans l'itinéraire spirituel de Benjamin Constant*. Juris Druck & Verlag. Zurich, 1968.
- WINKLER, Markus. "Décadence actuelle": *Benjamin Constant Kritik der französischen Aufklärung*. Frankfurt am Main. New York, 1984.
- WOOD, Dennis. *Benjamin Constant: a biography*. Routledge. London-New York, 1993.